



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Albuera, Ardañaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bosa, Borja, Borrozo, Bueno, Brea, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorra, Corvino, Chelst (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Galvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivaz, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Felgueroso, Eguiluz, Escocena, Estrella, Eulata, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Angusto Suarez de), García Gutiérrez, Garangos, Galvete de Molins (D. Juan), Gracía, Giménez Serrano, Girón, Gómez Marín, Gudiol y Rente, Gudiol, Guerrero, Incenza, Harzenbusch, Iserte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Lavraña, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, Lafuente, Macaniz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mahé y Fiqueroa, Maroto, Montosinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgós, Ortiz de Pinedo, Olsaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual D. Agustín, Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poej, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ros y González, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Saiz Pérez, Saiz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Veza (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Agosto de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por don Manuel Becerra.—Estudios sobre biología social: El Estado, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Los Juegos Florales de Valencia: del renacimiento leno-sin, por D. Victor Balaguer.—Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Turzua, por D. Antonio María Fabié.—La enseñanza primaria en Francia, por D. Eusebio Asquerino.—El lazo indisoluble, por D. José Navarrete.—El último rey de la dinastía austriaca y su primer Ministerio, por D. Eugenio Sellés.—La esclavitud de los negros, por D. Justo Zaragoza.—El Cristo de la Misericordia (tradición toledana), por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

No conozco asunto alguno tan complicado, que entrañe tal número de dificultades políticas y graves consecuencias trascendentales a la paz europea, como el asunto de las cuestiones turcas, las cuales tienen la extraña cualidad de recrudescerse, según que buscan y encuentran los Gobiernos soluciones á sus varios y enmarañados problemas. Toda la diplomacia, sus más acreditados representantes, á quienes congregó el cóncilave de Berlín, sobre cuya cabeza flotaba la inmensa inteligencia de Bismark, no pudieron, no, traer las fórmulas indispensables á iluminar un asunto lleno de dificultades sin número, que surgen y se atropellan, á medida de los conjuros empleados para desvanecerlas y sobrepujarlas. Seméjante al caos, la inmensa tierra, término medio entre el Asia y Europa, contiene tales elementos contrarios, que la guerra parece allí perdurable, y no se alcanza todavía en los horizontes el Dios que ha de separar la luz y las tinieblas y ha de traer la paz y la armonía. Preservada Constantinopla de los bárbaros durante diez siglos por el laberinto de mares que se estiende á su parte meridional y el laberinto de montañas que se estiende á su parte norte, purga hoy esta incalculable ventaja, siendo víctima y esclava de la terrible barbarie turca, cuyo venenoso poder ha cubierto de lepra casi incurable uno de los territorios más hermosos de Europa, quizá el llamado á presidir en los naturales desarrollos del tiempo, los tres continentes, por excelencia históricos, del planeta.

El árabe, confinado en los restos maravillosos del naufragio de sus antiguas grandezas; fiel á su Dios único, cual en los días en que el desierto se lo revelaba á voces, mira con pena la superioridad, cada vez mayor, de los cristianos sobre los musulmanes, y la atribuye en su nativo y natural coraje, á desmayo en los sultanes para desenvainar la

cimitarra del profeta, y ejercer el apostolado propio de su raza, el apostolado de la conquista sin piedad y de la guerra sin cuartel.

Además de los árabes, los turcomanos se plañen, rugiendo como panteras, del abandono en que los dejan, tristemente entregados á la codicia de rusos, ingleses y persas. En el Asia menor claman los armenios, que se quejan de la tiranía ejercida sobre ellos por los kurdos, y claman los kurdos, que á su vez se quejan de la tiranía sobre ellos ejercida por los armenios, armando una guerra de notas y despachos parecida, en verdad, á ese centelleo de electricidad en noches tranquilas y serenas, anuncio seguro, cuando no hay ni siquiera una ligera nube en los horizontes, de próximas tempestades. El rumano, primero entre los pueblos sometidos á Turquía en levantarse contra la suprema autoridad turca, se conjura y conjura á sus correligionarios despues de los desengaños sufridos en las victorias rusas, y que rompan la tutela del imperio moscovita, y formen una liga que pueda libertarles de desmembraciones tan dolorosas como su desmembración de la Besarabia y de aditamentos tan inútiles como su aditamento de la Dobroutzka. Entre tanto no se puede dejar ningun cristiano á merced de la autoridad musulmana, ni ningun musulmán á merced de la autoridad cristiana, sin que todos griten y pidan justicia, llamándose víctimas de una mútua insufrible intolerancia, exacerbada por las complicaciones de los asuntos públicos y lo dudoso de su inmediata suerte.

Para comprender lo enmarañado de la cuestion de Oriente, no hay sino oír lo que unos pueblos dicen de otros en cuanto tienen opuestos intereses. En sentir de un eslavo, ruso ó bohemio, no hay raza en el mundo que posea las virtudes cívicas y militares de la raza eslava diseminada en el imperio turco, la cual, despues de caída en Kosservo ha guardado energía bastante á componer con sus miembros dispersos otras tantas nacionalidades autónomas. Al revés, el húngaro, por ejemplo, se burla del eslavo, del eslavismo, del panslavismo. Si los oís, componen una manada de pueblos más bárbaros que los tureos, dulcificados por una superior cultura y por la complexión propia de su origen mongólico. En la última asamblea búlgara, los diputados no sabian leer ni escribir, y prolongaban las sesiones por allegar diez francos de dietas, codiciadas hasta el extremo de que jamás se disolvieran sin una terrible amenaza del Czar, pronto á dispersarlos por las armas. Y dicen que algunos diputados se constituían en aguadores del propio Congreso de que forman parte y en mozos de cuerda por las calles, tan sólo para ahorrar-

se los diez inesperados francos, llovidos todos ellos del cielo de Rusia. Pues no digo nada de esos armenios, por los cuales tanto se interesa la diplomacia europea, cuando aparecen á nuestra vista retratados por sus enemigos y rivales los kurdos, que los tachan de crueles en su corazón, de salvajes en sus costumbres, de ignorantes hasta el extremo de desconocer su propia lengua. Laberinto como la cuestion turca no se ha conocido jamás en ningun tiempo, ni en ningun período de la historia. Y es tan cierta tal observacion, que un hecho, sencillo á primera vista y en el fondo grave, trascendental, viene á corroborarla con una corroboracion irrefragable. Los panslavistas nos hablaban de la necesidad que habia para aquietar el Oriente, de estender los territorios del Montenegro, dándoles la autoridad y la solidez que necesarias para amortiguar, como Bélgica, choques entre los grandes territorios y resolver mil dificultades á primera vista insolubles.

A mayor abundamiento, y para facilitar más esta solucion, tenían un príncipe como el príncipe Nicolás, montañés y cazador, amigo de la guerra y de la libertad, acostumbrado como un templario antiguo á la defensa de su Dios y de su feudo, y que parece apercibido por la misma Providencia al ministerio de atraerse aquellos pueblos albaneses, de complexión tan heroica y de fantasía tan poética, que su vida, por los desfiladeros y las riberas, se asemeja en todo á los argumentos de caballerescos romances. Para estender el Montenegro no habia más remedio que tocar á la Albania, la cual tiene la magnitud de treinta y ocho mil kilómetros cuadrados, la posicion más magnífica en el Adriático y en el mar de la Jonia, la dulzura de un clima suave, la fertilidad en granos que el antiguo Egipto, y una familia de pueblos sobrios como lacedemónicos, aunque piratas de suyo como los antiguos venecianos; pueblos que, en medio de la prosa moderna, visten clámide como los griegos y blanden á la continua sus armas como los cruzados; capaces de irse, por tanto, con ese heroico reyezuelo Nicolás, y con esa libre region del Montenegro, con la que confinan en sus fronteras del Norte, y á la cual admiran por su antigua historia y su genial bravura. ¿Quién podia dudar de todos estos apotegmas dichos con tanta formalidad? ¿Quién podia desconocer la exactitud de todos estos cálculos aducidos por los que atienden hasta á la respiracion de los pueblos eslavos? Pues bien; con asombro ha visto Europa que los redimidos no querian dejarse redimir: que los anexionados no querian dejarse anexionar; que, en vez de recibir á los montenegrinos como los sici-

lianos á los libertadores, recibíanlos con el yata-gán apercebido al degüello y con el rifle asolador que ha tronado en tantas sublevaciones y guerras.

Los inteligentes dicen que todos estos guerreros, tan exaltados y feroces, reciben sus armas y sus consignas, y hasta sus trajes, de Turquía, y en el ejército turco se reclutan y se instruyen. Mas hay en todo esto mucho de convencional y de arbitrario. Los albaneses viven allá en sus montañas con una libertad parecida ciertamente á la libertad del águila, y como los animales montaraces tienen ojo avizor, oído delicado, olfato finísimo, agilidad sorprendente; y discurren bienhadados cuando los dejan gobernarse á su arbitrio por sus tierras, con la alegría y la felicidad de ciervos abandonados á sus selvas, pero de ciervos que se trastuecan en leones, en panteras, en tigres, así que les atacan su libertad personal, y desde las crestas y los picachos, removiéndolo todo, arrastrándolo todo, con fragor extraordinario y extraordinaria pujanza, caen despeñados como el torrente, como el alud, como la tormenta, y abisman á quienes quieren abismarlos á ellos, convirtiendo sus inaccesibles eminencias en volcanes que llevan por sus laderas los sacudimientos de continuos terremotos y las cataratas de hirvientes y encendidas lavas. Lo que todo esto indica es la necesidad cada día mayor de que cada familia de pueblos quede separada del imperio turco, sin quedar unida á ningun otro pueblo por fuerza, componiendo dentro de sí una personalidad autónoma, y juntando todas estas personalidades autónomas en una grande confederación democrática.

Cuanto más se estudia la cuestión de Oriente, más se persuade el ánimo de que no hay solución posible en ella, sino arrancando de cuajo el poder político de los sultanes y destruyendo para siempre el imperio abominable de los turcos.

La última reunión diplomática de Berlín, decidida en todos sus movimientos y en todas sus resoluciones á ejercer una acción colectiva sobre el imperio turco, demuestra que ha sonado en el reloj de los tiempos la última hora señalada por decretos incontrastables de la Providencia celeste á tamaña monstruosidad. Nosotros, que hemos visto el Austria lanzada de Venecia y de Milan; el pueblo griego redimido en gran parte; los tiranos despeñados de sus tronos de Nápoles y Parma; los Césares huidos de Francia; la teocracia concluida en Roma; la esclavitud rota en América entre el incendio de Richmond, nosotros estamos destinados á ver en días no remotos la ruidosa ruina del imperio turco, que hace cuatro siglos acampa, como un eterno extranjero, en el Oriente de Europa. Si el género de estas REVISTAS lo permitiera, yo me elevaría en alas de mi recuerdo, ahora que está cerca la caída del Imperio turco y la restauración del pueblo griego, yo me levantaría de grado á recordar al nefasto día en que supo el mundo la rota definitiva de los griegos y el cautiverio irreparable de la antigua y prestigiosa ciudad á la cual se fiaba por todos la custodia del cristianismo en Oriente.

Pues bien, creedlo; el día en que la media luna se borre de las cúpulas de Constantinopla, será uno de los primeros y más fecundos días de la historia. La última conferencia de Berlín, lo he dicho ya y lo repito ahora, escribe la sentencia inapelable que ha de caer como una losa de plomo sobre el vorto cuerpo de Turquía. Al verla resistir á las reformas en Armenia, malbaratar los últimos restos de su tesoro en Constantinopla, combatirlos progresos de Atenas, oponer á los decretos de Europa el pasivo silencio de la muerte, los intereses opuestos se han callado por un momento, las voces discordes se han unido en una armonía perfecta, las pretensiones batalladoras se han detenido al borde oscuro de los abismos insondables, y todo el mundo ha convenido en que precisaba dilatar el territorio helénico y conseguir del sultan que sancionase esta dilatación y engrandecimiento del mayor y más ilustre entre todos sus enemigos históricos, si no de grado y voluntariamente, por los terribles decretos de la fuerza. Los radicales ingleses, á pesar de que su política tradicional suele inclinarse á cierta indiferencia; los ambiciosos austríacos, á pesar de que sueñan á una con la tentadora conquista de Salónica, y hasta con la inmemorable herencia de Constantinopla; los perturbadores rusos, á pesar de que ambicionan organizar en legiones los esclavos de los Balcanes y ponerles al frente, como una especie de general asiático, su Czar montado en uno de esos caballos guerreros, cuyas crines suelen destilar humana sangre; los felices italianos, á pesar de que aspiran á las orillas del Adriático, en otro tiempo dominadas por Venecia; los humanitarios franceses, á pesar de sus recientes derrotas; los fuertes germanos, á pesar de su enemiga constante á Francia, todas las naciones á una, y todos los diplomáticos sin excepción, á pesar de tantos pesares, han llegado á convenir en la urgencia imperiosa de apelar á la coacción y á la fuerza para imponer un nuevo sacrificio al imperio turco, forzándole á que ceda Janina á los griegos, y les dé fronteras capaces de asegurar su libertad y su independencia.

No es tan grave, no, que Turquía, despojada de la Dobruztzka, despojada de la Bulgaria, casi despojada de la Rumelia; sin Chipre, britanizada; sin una parte de Albania, cedida al Montenegro; sin la Bosnia y la Herzegovina, mediatizadas en favor del Austria no es tan grave que deba ceder parte de su territorio: la Thesalia, el Epiro, casi independientes, ya estén bajo los albaneses, ya estén bajo

los griegos, como que deba ceder en virtud de un mandato de Europa equivalente á una sentencia de muerte, porque las naciones mueren el día en que pierden su dignidad y su independencia.

Este nuevo golpe ha herido en el corazón al sultan. El infeliz, por mucho que le haya probado la desgracia, no puede medir con exactitud la profundidad del abismo á que lo ha arrastrado un destino adverso, imponiéndole tristemente la representación de un imperio en decadencia. Cuentan que hace pocos días se sublevó contra el envío de un representante como Goschen, el cual, en su condición de financiero y economista, quiere inspeccionar los tributos turcos y tratarlos poco más ó menos que si fueran tributos egipcios. Y todas estas contrariedades, unidas á la terrible notificación europea, demuestran, con demostración incontable, como muere un imperio. ¡Oh! Día verdaderamente apocalíptico el destinado á presenciar la noche eterna sobre la media luna turca; la resurrección de la cruz griega en las cúpulas de la Santa Sofía bizantina; el renacimiento de la Grecia heroica que ha dado sus inspiraciones más bellas á la humanidad y sus obras más luminosas á la tierra; día feliz, en que podremos dar un gran consuelo á los manes de los Corsinos, y de los Dórias, y de los Cervantes, y de los Austrias, y de los Dandolos, y de todos aquellos que en mar y tierra han combatido con igual constancia contra el imperio turco y su terrible fatalismo.

Bien puede decirse que este gran destino de acabar con el imperio turco se le ha reservado á Grecia por virtud de su heroísmo y de su paciencia. Cuando nosotros lo vemos, cuando lo recordamos, nos dan tentaciones de saludarla como la saludaban sus poetas, y decirle todas las frases que sus grandes géneos han dejado esparcidas en sus aromáticos aires. «Salud, salud, ¡oh Grecia! santa madre del género; salud, tierra de la hermosura y de la armonía. El mar celeste se pliega en tus doradas costas de mármol, sobre cuyas arquitectónicas líneas tienden su verde follaje los laureles y los mirtos, gratos á la inmortalidad. Las ondas del Egeo te arrullan; las brisas del Asia, perfumadas en los pebeteros de esencias que forman las islas del Archipiélago, teorean; el sol embota sus rayos para no encender tu bienhadado seno, templo antiquísimo de la sabiduría. En tus áuras van las nueve musas, siempre en coro, trezando sus divinas danzas sobre la alfombra de tus nubes teñidas por infinitos arbores de una luz sin igual. La diosa de Chipre se baña en el Iliso, recoge sus ondas y las evapora á fin de refrescar los céfiros, que como gases corren sobre tus templos y tus bosques, y coronando de rosas sus amocillos, los manda á que animen con sus besos el vino en tu tierra, la sangre en las venas de tus hijos, los cánticos en los labios de tus poetas. Yo quiero verte, ¡oh hermosa! tenuemente unida por el istmo de Corinto á la tierra que no te merece, como una hoja de morera que hubiese caído sobre el mar; yo quiero verte rodeada de tu cintura de islas; vestida de tus brillantes granados y de tus oscuros cipreses, de tus claros pámpanos y de tus negros olivos, cortada por tus altas montañas donde se refugian los dioses, y por tus colinas, á cuyos pies, desde la gruta que las ninfas habitan, salen cantando los murmuradores arroyos. Entre los troncos de los árboles corren los caballos en pelo, y entre las ramas cantan los ruiseñores en coro, mientras los sátiros de pié hendido vierten por doquier voluptuosa alegría. Quiero beber las aguas del Cephiso cantado por Sófoles; coronarme con las purpúreas hebras del azafran y los ramos del oliente narciso, antigua guirnalda de las diosas; seguir las procesiones celebradas con carreras de mancebos que fuesen modelos de Fidas y danzas de vírgenes que inspiraran á Anacreonte; contemplar el mar Egeo cruzado por las naves doradas donde los sacerdotes celebran flotantes sacrificios entre las armonías de las cítaras y los coros que entregan á las brisas bellas é inmortales canciones.»

Todos los sacrificios que podamos presentar en aras de Grecia deben parecer livianos á Europa, que tanto á su favor está obligada. Pero ¡ah! que la triste política se relaciona muy mal con el lirismo de nuestro entusiasmo. Y salta esta reflexión tristísima en seguida á la vista. Si el sultan se niega de alguna suerte á obedecer á Europa, ¿quién le obligará? ¿Será por ventura Inglaterra cuyos estadistas profesan sistemática repugnancia á la guerra? ¿Será por ventura Francia que teme, suscitando una grave cuestión europea, engendrar una guerra como la anterior, de la cual no se ha re-puesto todavía? ¿Será Rusia que sólo desvainará su espada en favor de los eslavos? ¿Será Austria que tiene con Grecia rivalidades y competencias en los Balcanes? ¿Será Alemania, que no puede emprender ninguna hazaña sin herir la susceptibilidad de Francia? No se sabe quién promoverá una guerra; pero todo el mundo sabe que Constantinopla, la manzana de la discordia, engendrará bien pronto una horrible guerra en Europa.

EMILIO CASTELAR.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

IV

Al tratar en artículos anteriores del descubrimiento de Colon y todos los demás que á él sucedieron, y que tienen relación con las que han sido

ó son posesiones españolas, hemos procurado, apropósito, separar tanto como ser pueda los descubrimientos de países, y la conquista de éstos, y además, conscientemente hemos discurrido, no sólo acerca de los reconocimientos geográficos llevados á cabo por españoles, sino también, con la misma imparcialidad, pero con igual entusiasmo, de los que, al mismo tiempo y con no menos fortuna ni menos heroísmo, y tal vez con más ciencia, daban cima los célebres navegantes y geógrafos de la nación lusitana. Dos razones hemos tenido presentes para adoptar este procedimiento: la primera, separar todo aquello que es exclusivamente del dominio de la ciencia, y que con la civilización general tiene una relación más íntima, ó dicho de otro modo; hemos hecho un somero balance de lo que, en el asunto que venimos tratando, debe la cultura europea de aqueude y allende los mares, á las dos naciones que ocupan la Península ibérica, y que, por desgracia de las dos, no forman una sola nacionalidad, siendo de esperar que ningun hombre de Estado, ni publicista, ya hable la hermosa lengua de Camoens y la no menos galana, más enérgica, pero menos dulce de Cervantes, es de esperar, repetimos, que ningun ciudadano de uno y otro país, cualquiera que sea su posición social, deje de contribuir con su óbolo, á fin de conseguir este que debe ser hoy el ideal de los dos pueblos; y escusado es decir que, *a priori*, rechazamos todo intento de dominio por la fuerza, que sobre ser altamente injusto, es además una pretensión tan absurda como ineficaz, y que no lo sería menos toda idea de unitarismo á la francesa, que sobre ser imposible, por condiciones naturales é históricas, no haría más que despertar antiguos y dolorosos recuerdos de un pueblo amigo y por naturaleza hermano, y cuya historia nada tiene que envidiar á las épocas más brillantes de la nuestra. Hay que pedir la solución de este problema al principio federal, que no será seguramente la primera vez que con buen éxito se ensaya en uno y otro hemisferio, y con distintas formas de gobierno. No puede ocultarse que á este patriótico deseo se oponen de consuno intereses familiares, que pudiéramos llamar interiores, y egoísmo de naciones poderosas; pero los primeros los ha pasado el tiempo, ó, por lo menos, está tocando á sus límites, y en cuanto á las otras interesadas influencias exteriores, ocasiones han de presentarse en que ocupaciones de otra índole no han de permitirles oponerse de una manera ostensible á lo que tengamos por conveniente hacer dentro de nuestra propia casa. La solución del problema ha de buscarse, por lo tanto, trabajando un día y otro día para llevar al convencimiento de todos los ciudadanos de los dos pueblos ibéricos, la conveniencia, y aun necesidad, de unir sus destinos, reservándose cada uno la justa independencia que su dignidad reclama.

Era además, si no imposible, sumamente difícil, separar los descubrimientos geográficos, con tal fortuna y heroísmo llevados á feliz término, lo mismo por navegantes españoles que portugueses. Y antes de concluir este punto y pasar á otro, séanos permitido hacer una ligera observación, y es la siguiente: que si entre los navegantes de las dos naciones, ó los extranjeros que á las órdenes de ellos contribuían poderosamente al éxito de las empresas llevadas á cabo en los siglos xv y xvi se nota alguna diferencia, seguramente esta no es en desventaja de la nación lusitana. Obsérvese, desde luego, que proporcionalmente al número de habitantes de cada país, el de hombres que han dejado un rastro luminoso en la historia de aquellos tiempos, con relación al asunto que nos ocupa, es mucho mayor en la nación portuguesa que en la española, siendo de notar que aquellos pertenecían de una manera más marcada á las clases aristocráticas, directoras ó superiores, socialmente hablando. Y se explica este fenómeno, porque en el vecino reino, y debido en primer término á la iniciativa de un ilustrado príncipe, no sólo se han hecho toda clase de sacrificios para montar escuelas ó academias de matemáticas y cosmografía, á una altura tal como no se conocía en otras naciones, sino que, y debido á esta iniciativa misma, las clases dominantes lusitanas recibían una educación á la vez científica y militar, que había de dar los resultados que el mundo conoce; porque entonces, como ahora, no hay cosecha más segura ni de mayores beneficios que la que resulta de haber sembrado la educación y difundido las luces. Más tarde, y por las leyes artificiales de la herencia en el poder, Portugal fué unido á España, y cuando después se ha separado, ni aquella aristocracia, ni la nación portuguesa, volvieron á ser lo que habían sido. Ya fuera por otra clase de enfermedades sociales, ora por aquel proverbio vulgar que lo malo se pega pronto, aquella nobleza abandonó el camino que nombre tan brillante le diera en tiempos, se metió á cortesana y mogigata, y los nietos de aquellos que tanta energía y valor habían desplegado para ser útiles á su patria y á los suyos, dirigieron esta bizzarria natural á ensayar la destreza para matar toros; y aquella constancia, paciencia y sufrimiento de que tantas pruebas habían dado con grandísima utilidad para su país y tanta honra y provecho para ellos, trocáronlos en la menos expuesta, pero también más vulgar paciencia, de asistir como hermanos á varias cofradías ó congregaciones, y en el arrojito, no muy grande, necesario para ser auxiliares de aquel Santo Oficio, que para mal de la patria y de la humanidad decretó Isabel la Católica; y en lugar

de los sufrimientos y privaciones anexos á largos y peligrosos viajes, tomaron el más meritorio, sin duda, para fines de ultratumba, pero bastante más cómodo y ménos provechoso á la sociedad, de privarse de ciertos alimentos en días determinados; así como, en vez de poner á los pies de la dama que su corazón había elegido, y á cuyos favores aspiraba, al retorío de sus aventuradas empresas, los triunfos conseguidos y laureles alcanzados, sólo podían ofrecerla, como homenaje, el número de disciplinazos que se habían suministrado en la última función ó ceremonia.

No es dudoso que pasados los tiempos de heroísmo primero, y de fervor religioso luego, hayan, á imitación de sus compañeros de aquende, inventado ó creado algunos clubs, en los cuales perdieran, á la par que los restos de sus antiguas fortunas, los últimos vestigios de la energía física que á sus mayores había distinguido. En las épocas de transición siempre largas, que los pueblos atraviesan hasta llegar al reinado de la libertad y del derecho, grandes servicios podían haber prestado á sus respectivas naciones con no pequeño beneficio para su nombre y su influencia; pero ellos han dispuesto las cosas de otra suerte, y careciendo en general, y con nobles excepciones, de méritos propios y personales réstales solo la ridícula vanidad de recordar los de sus antepasados, lo cual, según una sentencia del emperador Carlo-Magno, es parecerse á los perros cobardes que sólo viven de los huesos ó sobras que los más fuertes les dejan. No piensen, no, levantarse por medios artificiales ni por la protección humillante que un jefe de Gabinete, salido de las filas del pueblo elevado á aquel puesto por su propio mérito, y para sus fines particulares, momentáneamente pueda dispensarles. Escusado es decir que por severas que estas reflexiones parezcan no son, ni próxima ni remotamente, dictadas por aquello que Proudhon llamaba la plaga de las democracias, á saber: la envidia.

Tenemos la energía de carácter suficiente para rechazar toda imposición que intente lesionar nuestro derecho ó lastimar nuestra dignidad, venga de donde viniere, y por lo mismo, ni nos estorban ni nos disgustan las notabilidades de la fortuna ó del propio mérito; y si alguno de los que pueden creerse aludidos tuviera el mal gusto de perder su tiempo leyendo estas mal compaginadas líneas, oigan el consejo sincero de una persona que no los solicita ni los teme, que no busca sus amistades ni las desdena, ni deja de corresponder á ellas cuando la ocasión las proporciona. Tiempo es aún, no de recobrar lo perdido, que es imposible y anacrónico, sino de utilizar en provecho propio y de la patria la influencia que la fortuna y la posición heredada les han dado y aún les da, y que aun hoy día les presenta vencidas inmensas dificultades, que se oponen al camino que tiene que andar solo para llegar donde ellos se encuentran, el que todo lo debe á sus propios esfuerzos; pero no olviden, si algo quieren ser, que sólo pueden esperar de su constancia, de su trabajo y de la buena aplicación que sepan hacer de los medios que la fortuna ha puesto en sus manos. Los tiempos que alcanzamos son, afortunadamente, de democracia; pero así como todo cuerpo de nobleza ú oligarquía necesita constantemente una mezcla democrática, que lo atempere y vivifique, así las democracias necesitan algo de aristocrático, en el sentido científico de la palabra, algo, y aun mucho, del elemento resistente y conservador que mitigue sus impulsos de reforma, más de una vez, si justos, inoportunos y precipitados.

La otra razón que hemos creído atendible para separar, en cuanto ser pueda, los viajes de descubrimiento de los de conquista, es porque aquellos afectan más á la civilización en general, y estos, sin dejar de ser importantes bajo este punto de vista, como veremos luego, afectan más directamente al pasado, presente y porvenir de España, así en lo que pudiéramos llamar su honra histórica, como á su poder, á su riqueza y á su ilustración, ya por las fuerzas que hemos consumido en la conquista, ya por las posesiones que hemos adquirido, ya por el juicio que han formado los historiadores, ya por las leyes que hemos llevado á nuestras colonias, por el trato de los españoles con los pueblos vencidos y las relaciones de aquellos entre sí, ó sea entre españoles, peninsulares y criollos; y ya también por los dominios que aun conservamos y por las causas que determinaron la separación de todos aquellos territorios que formaron un tiempo el vasto imperio español.

Nuestros lectores comprenderán fácilmente que no es ni puede ser nuestro objeto hacer, si quiera sea someramente, la reseña histórica de las maravillosas conquistas españolas de aquellos tiempos, y si sólo tomar los datos necesarios para llegar á conclusiones verdaderas y para examinar con detenida imparcialidad los errores que hemos cometido, los que escritores extranjeros, sin razón nos han atribuido para evitar la continuación de los primeros en los restos que aún quedan de nuestra antigua grandeza y dejar los segundos reducidos á lo que los fueros de la verdad exigen. ¿A qué vendría, por otra parte, relatar los hechos á que van unidos los nombres de Diaz Solís, de Balboa, de Cortés, de Magallanes, de Pizarro, de Velazquez, de Soto, de Orellano, de Alvarado y tantos otros, si los lectores de LA AMÉRICA los conocen perfectamente, entre otras historias, por la de Antonio Solís, poeta é historiador de Felipe IV? Pero si hemos de hacernos cargo de los productos

de cada uno de los terrenos naturales que los españoles encontraron en los países conquistados nuevamente y que han importado en Europa, así como de otros de los antiguos continentes transportados á América, prestando de este modo numerosos servicios, no siempre bastantemente apreciados, á la civilización, y lo que es más, á la inmensa mayoría de los habitantes de este globo. Por lo demás, en lo poco que hayamos de decir referente al hecho de la conquista, veremos la comprobación de lo que hemos sentado en artículos anteriores, á saber: mientras que había peligros que arrostrar, obstáculos que vencer, la individualidad española, es decir, el hombre, la personalidad, se muestra á la altura de los héroes de Plutarco. ¡Qué valor, qué audacia, qué energía, qué constancia en el sufrimiento! Pero una vez vencidas las primeras dificultades, y en ocasiones aun antes de vencerlas, los amigos y compañeros del día anterior se truecan en enemigos implacables y no perdonan medio de cuantos están á su alcance para exterminarse mutuamente. ¡Qué de vanidades insufribles, qué ferocidad en el antiguo compañero y reciente enemigo vencido, qué intrigas puestas en juego, qué deslealtades y faltas á la palabra empeñada, qué ingratiudes de los conquistadores entre sí y de los Fernandos, Carlos y Felipe con todos ellos; en una palabra, ¡qué envidia, qué yo satánico!

A fin de unir la prueba á la afirmación, vamos á faltar al propósito que habíamos formado de no ocuparnos de la conquista de las islas que aún hoy nos pertenecen hasta haber concluido con todo lo que á las antiguas posesiones del continente se refiere.

Y así damos principio por el nombre de Vasco Nuñez de Balboa, natural de Jeréz, y que comprometido por algunos galanteos y calaveradas de jóven, se marchó á la isla La Española. Viéndose allí muy comprometido á causa de varias deudas contraídas, aprovechó la oportunidad de la expedición que partió de aquella isla en 1510 mandada por Enciso, y cuya misión era conquistar el territorio de Darien ó Panamá. Salió nuestro héroe de dicha isla escondido en un tonel, pero sucesos sobrevenidos en la expedición hizo que se colocara al frente de esta; conquistó el territorio antes indicado, y habiéndole enterado los naturales de que allí en Occidente había otro gran mar, se puso al frente de una pequeña columna, y en 1513 llegó al Océano Pacífico, y metiéndose en el mar hasta llegarle el agua á la cintura, tiró de su espada, y azotando con ella las olas, tomó posesión del grande Océano á nombre del rey de España. Un poco más tarde, y con notoria injusticia, fué nombrado por el emperador para mandar el territorio que aquél había conquistado Pedro Arias Dávila. Surgieron cuestiones entre los dos, pero Balboa, con grande abnegación, se contentó con ser el segundo de aquél; sirvió sumiso á sus órdenes, y las relaciones entre los dos llegaron, al parecer, á ser tan íntimas, que Balboa casó con una hija de Dávila. Todo inútil; más tarde, y por tener diferentes puntos de vista, volvieron á surgir dificultades entre el suegro y el yerno. El primero hizo arrestar al segundo, le formó una apariencia de proceso, y faltando á todas las formas que la defensa requería, lo mandó ahorcar; y así concluyó la vida de aquel hombre, que, cualesquiera que hubieran sido los extravíos de su juventud, se había portado como un héroe y había dado gloria y provecho á su patria. Se nos figura estar oyendo exclamar á los suscritores de LA AMÉRICA, cuando lean este párrafo: *estaban en carácter, los dos eran españoles.*

Contrista el ánimo el contemplar todo lo que á la conquista del Nuevo Mundo se refiere, el ver unidos, como la fuerza á la materia, á los actos de má: heroísmo y abnegación, á las cualidades más salientes, de grandes políticos y hombres de Estado de primer orden, condiciones tan deprimentes como la falsía, la baja intriga y la feroz intolerancia, motivadas por una avaricia insaciable, algunas veces, y las más, por una rivalidad desatentada, dictada por el amor propio más exagerado ó el pesar del bien ajeno, y como comprobación de ello nos permitimos recordar lo que sucedió con Velazquez, Grijalba, Cortés, Pánfilo Narvaez, Pizarro, Almagro y los parientes de estos dos últimos.

Fuó Velazquez encargado de la conquista de Cuba, la cual llevó á cabo sin encontrar apenas resistencia. Gobernó la isla con humanidad y buen tino, trató á los antiguos habitantes con una suavidad y consideración poco acostumbradas entre vencedores y vencidos. Hasta su muerte, la isla marchó en el camino del progreso, fundó la ciudad de Baracoa y otra media docena de poblaciones. Después de aquello, y en 1539, le sucedió en el mando Fernando Soto, con encargo, que cumplió, de conquistar la península de la Florida; fué el fundador de la Habana, á la cual tan gran porvenir le estaba reservado; pero trató con tal dureza á los antiguos moradores de la isla y se dió con tal fuerza á perseguirlos, que en 1561 habían sido completamente exterminados. Pero volvamos á Velazquez, á aquel hombre tan humano y de tan buen sentido, mientras no sintió el aguijón del famoso pecado capital. Como hemos dicho anteriormente, durante su mando en la isla estudió Grijalba las costas de Méjico en una estension de muchas leguas. Te nió Diego Velazquez que, como parecía natural, encargaran á aquel intrépido marino la conquista del territorio cuyas costas había estudiado, y no podía tolerar que otro español adquiriese esa gloria, y á fin de evitarlo, aprovechó la ocasión de haber lle-

gado á la isla su pariente ó sobrino Hernan Cortés, y le encargó de dicha expedición.

Era este un jóven de diez y nueve años, cuando llegó á la isla La Española, natural de Medellín y de una familia noble, y en temprana edad le mandaron á estudiar sus padres á la Universidad de Salamanca, con el propósito de dedicarlo á la carrera eclesiástica. Sucedió que, en este caso como en otros muchos, que la elección de los padres ó tutores fué tan poco acertada, que no es raro el que hagan un monge del jóven que ha nacido con el corazón de un soldado, y por la inversa, más de uno, viste el honroso uniforme militar, que le cuadrarian mejor los hábitos. Se conoce que estaba en el primer caso nuestro héroe, así, que dejando los estudios, determinó alistarse en los famosos tercios que á la sazón hacían la guerra en Italia; pero, por no sabernos qué coincidencia, cambió de parecer y se embarcó con rumbo á la isla antes mencionada, en la cual se encontraba su tío. Fué este encargado, como anteriormente dijimos, de la conquista de Cuba y llevó en su compañía al jóven Cortés. Distinguióse éste por su valor y disposiciones guerreras, y esto sin duda contribuyó á que Velazquez le encargara la conquista de Méjico, que si le parecía difícil, comprendía que de hacerla Grijalba adquiriría una gloria que le entusiasma-ba poquísimamente al conquistador de Cuba. Partió la expedición que tan vasto territorio había de adquirir para los dominios de España y llevando á su frente al hombre de que venimos ocupándonos. No era, en verdad, la columna invasora muy fuerte por su número: componían aquella 603 hombres y unos cuantos perseguidos por la justicia que se le agregaron luego, 18 caballos y 13 piezas de artillería de poco calibre. Llegó con felicidad á las costas del territorio que iban á invadir, y se comprende fácilmente el asombro de los naturales al saber la llegada de aquel puñado de hombres venidos por el mar, y los cuales creyeron seres sobrenaturales; y se comprende este asombro si se tiene en cuenta la estension de aquel vasto imperio, formado por una federación de tres Estados, á saber: Méjico, Tezcuco y Tacuba, con cierta autonomía cada uno de ellos; pero ejerciendo Méjico un dominio marcado sobre los otros dos. Comprendía toda la superficie terrestre situada entre los 83 y 120 grados longitud Oeste, y los 16 y 32, latitud Norte, con un Gobierno regular establecido y una civilización, la mayor que se encontró en América, con imperfecciones graves, sí, pero elevada á un alto grado en varios ramos de la industria, y otros de que nos ocuparemos más tarde.

Reinaba á la sazón el emperador Motezuma, el cual no solo tenía disgustado al pueblo y á los caciques por sus muchas exacciones, sino que había intentado conquistar el país de Trascala, lo cual no había conseguido merced á la energía de los Trascaltecas, los que resentidos de aquel ataque se aliaron desde luego con el caudillo español y fueron para él auxiliares de gran valía; así como la jóven y aristocrática Marina que se enamoró del afortunado capitán, de lo cual se deduce que en las indias, como en las europeas, el valor es la primera condición que la mujer quiere y admira en el hombre. Sea de esto lo que quiera, aquella mujer que vivió unida á él, que poseía algunos de los idiomas ó dialectos que se hablaban en el país, sabiéndolo ó sin saberlo, sacrificó el interés de su patria á sus sentimientos amorosos y prestó no pequeños servicios á Cortés, á que éste más tarde pagó con una negra y villana ingratitude; pero él á su vez será bien castigado pagándole abundantemente en la moneda que empleara Almirante Motezuma con la llegada de los españoles y el éxito obtenido en algunos encuentros, trató de averiguar qué deseaban tan extraños huéspedes. Cortés hizo llegar á su noticia que era embajador del Rey de España y necesitaba llegar con su comitiva hasta él para enterarle de su embajada. No debió satisfacer la contestación al emperador y trató de eludir á toda costa tan inesperada como poco deseada visita; pero Cortés insistió con fuerza y se dirigió á Méjico, y por sorpresa se apoderó del palacio y de la persona del emperador, sosteniendo siempre que no era más que un embajador del rey de España, pero haciendo que Motezuma diese las órdenes que á sus planes convenía. Hubo de antojársele á éste que la visita se prolongaba demasiado, y le indicó graciosamente que, cumplido ya su encargo, podría retirarse con los suyos. Entonces fué cuando Cortés mandó quemar las naves, y no al tiempo de desembarcar como han creído algunos, y contestó á Motezuma que no tenía buques para marchar, que los estaba esperando y que en cuanto llegasen se retiraría. El emperador contestó que mandaría construir las canoas del país, para lo que dió las órdenes oportunas. En este intermedio algunos de los 30 caciques, que eran como los grandes señores del país, atacaron y derrotaron el destacamento que Cortés había dejado en Vera Cruz, y cortando la cabeza á algunos españoles muertos, las hicieron llevar y enseñarlas por los diferentes pueblos con el fin de convencer á las gentes de que no eran inmortales y, según se cree, con anuencia del emperador.

Apurada era la situación del caudillo español, y vino á complicarla el que su segundo, Pedro Alvarado, hombre valeroso, pero inoportuno y feroz, en una fiesta popular, y sin motivo que lo justificara, atacó bárbaramente al pueblo reunido en Mejiro, lo cual, como era natural, produjo el disgusto consiguiente; pero no fué esta la mayor complicación, sino la que vino de parte de los españoles,

y que parecía concluir con la fortuna del famoso capitán, y fué, precisamente, su salvación. Sabedor Diego Velazquez de lo que ocurría en Méjico, declaró á Cortés traidor al rey, y mandó contra él una expedición harta más importante y numerosa que la primera, al frente de la cual puso á Pánfilo Narvaez; pero este segundo caudillo no tenía las condiciones á propósito y necesarias para luchar con el primero, y aquel hombre sagaz y de cualidades no comunes, reunió á los hombres que pudo y salió al encuentro de Pánfilo. No iban las gentes de éste muy contentas y no pelearon con gran denuedo: Narvaez fué derrotado y salió herido, y los guerreros que mandaba se pusieron á las órdenes de Cortés. La situación de éste había cambiado por completo, pero el imperio estaba en armas contra el invasor, y alrededor de la capital, y aun en esta, había todo un ejército de mejicanos. Dejó Motezuma su palacio, al parecer para tranquilizar y hacer poner orden á los sublevados, pero según otros para ponerse á su cabeza. Salió herido de aquella especie de alboroto, y al otro día murió; pero se puso al frente de las fuerzas mejicanas, y fué proclamado emperador, Guatimocin, sobrino de Motezuma, pero más querido que él y con más valor y energía. Sabido es de todos el resultado de la batalla de Otumba, debido al arrojo de Cortés, y al conocimiento que tenía de la gran preocupación de los mejicanos, que consistía en creer que si perdían la bandera era señal infalible de que el gran Dios les era desfavorable, y conociendo esto Cortés se rodeó de los hombres de más confianza, y se dirigió, abriéndose paso, hasta el sitio donde estaban las insignias, apoderándose de ellas, en virtud de lo que se dispersó el ejército mejicano. Conocidas son también de nuestros lectores las peripecias de la reconquista de la capital, en la cual cayó prisionero Guatimocin, el que fué atormentado á fuego lento, para que descubriera dónde estaban sus tesoros, y á los pocos días mandado ahorcar. Ni siquiera le queda á Cortés, para disculpar aquel acto de feroz crueldad, el que fuera dictado por un fanatismo cualquiera, y si únicamente por la sed de oro y la más sórdida codicia.

Como hemos visto ya, y veremos más adelante, el lujo con que adornaban sus personas y palacios emperador y caciques, la abundancia de oro, y plata y piedras preciosas, lo adelantado de la industria que á estos metales se refiere, como lo revela bien á las claras una carta dirigida por Hernán Cortés al emperador Carlos V en la que se habla de «alhajas tales y tan maravillosas que «consideradas por su novedad y extrañeza, no tenían precio ni es de creer que alguno de todos los «príncipes del mundo las pudiesen tener tales y de «tal calidad,» fuesen una gran desgracia, en primer lugar para aquellos habitantes, y en segundo para el porvenir de España, porque ellas no podían menos de excitar en alto grado la codicia de aquellos aventureros con doble motivo por el deseo de poseerlas y por el no menos importante para ellos, de poder hacer grandes regalos á la corte á fin de tenerla propicia, y esto determinó allí como en otros puntos de América, aquella punible conducta y feroz crueldad con que atormentaron de todas maneras á las personas más distinguidas por su posición ó riqueza, á quienes suponían poseedoras de tesoros queriendo arrancárselos por medio del dolor.

Ya hemos dicho anteriormente cuál era la fuerza é importancia de la expedición que le acompañó á la conquista de América. La que contra él dirigió Velazquez, ó sea la capitaneada por Pánfilo Narvaez, era muy superior en fuerza, pero no llegaba á triplicarla, de suerte que con poco más de dos mil hombres, gente allegadiza y aventurera, se llevó á cabo la conquista de un imperio cuya extensión superficial era de más de 120.000 leguas francesas cuadradas.

Estos pueblos meridionales son tan dados á hacer historia novela, que, llevados por el vuelo de su fantasía, viven, casi siempre, en la leyenda. Un buen ejemplo de ello es la vecina nación francesa, que no contenta con hacer esto con los catorce ejércitos de la Convención y sostener muy serios que no es indispensable el estudio de los adelantos que las ciencias prestan á ese hecho que con escasa propiedad se ha llamado ciencia ó arte de la guerra, no faltó entre ellos quien sostuviera hasta no há mucho que bastaba sólo llevar la nación á un grado de entusiasmo como aquel de la época á que nos referimos, y sobre el cual había mucho que decir, para llevar á la frontera legiones de jóvenes sin instrucción ni disciplina para que arrollaran no sólo el ejército de tal ó cual nación, sino los de toda Europa coaligada. A esta leyenda fantástica se agregaba otra que pudiéramos llamar más técnica, y consistía en que oficiales de alta graduación, desconociendo ó despreciando los adelantos del armamento moderno y el cambio que estos produjeron en la táctica superior, sostenían, repetimos, que el soldado francés llevaba la victoria en la punta de su bayoneta, y que toda táctica que había que emplear era simple y sencillamente dar la orden á las legiones, cargar al enemigo, el famoso *en avant* y abordarlo sin tirar un tiro; y tal insensatez era producida por la segunda leyenda, ó sea, la del Imperio, pues creían de buena fé la mayoría de los franceses, con sus generales y emperador á la cabeza, que conservaba su ejército la superioridad que un día había tenido sobre los de las demás naciones; imaginábanse, sí, sostener la gloriosa tradición de aquellos ejércitos que recorrieron vencedores toda la Europa por

la sencillísima razón de conservar en ellos las incómodas cuanto anti-higiénicas gorras de pelo, las grandes charreteras, los ridículos uniformes y otras antiguallas que habían pasado de moda. El orgullo nacional, ó la presuntuosa ignorancia, les hacía desconocer, no sólo el cambio que los tiempos habían traído, sino que una gran mayoría de los generales del primer imperio demostraron bien á las claras, cuando tuvieron que operar separados del mando inmediato del primer Napoleón, que no eran más que unos sargentones dotados de valor personal que no ha faltado nunca á la furia gala; y esto lo calificaba bien aquel gran capitán cuando decía que sus generales sólo sabían hacer la guerra por el camino de las grandes carreteras.

La campaña de 1870 vino á sacarlos de sus dorados sueños y los hizo pagar muy caro el error de vivir allí en las alturas de la loquilla de la casa y no en la realidad de los hechos. La lección fué durísima, pero hay que decir, en honor suyo, que han aprovechado la experiencia y se han dedicado, con constancia poco común, á corregir sus antiguos errores; y esto les enaltece sobremanera, porque no es menos glorioso saber aprovecharse de las lecciones de la desgracia que conseguir la victoria.

Hemos expuesto estas breves consideraciones porque algo tenemos que decir obediendo á los fueros de la verdad sobre la historia fantástica que hacemos cuando de la conquista de América se trata. Los hechos de nuestros mayores, en aquel hemisferio, revelan audacia, heroísmo y constancia, elevados á un alto grado; pero sucede con las naciones lo que con los individuos, á saber: que exajerando los hechos, llevados más por la imaginación que por la realidad, léjos de favorecer á las personas en quien recae una justa y merecida fama, lo que se consigue es disminuir su verdadera importancia. Acometer la empresa de conquistar con un puñado de hombres países de tal extensión, con Gobiernos constituidos y un grado de civilización determinado, acometer á enemigos mil veces mayores en número, revela, fuera de duda, una grandísima audacia y confianza en sí mismo. Atravesar mares y territorios ignotos arrojando peligros, no sólo de todas clases sino, lo que es más duro, desconocidos, sufrir las privaciones y los terribles efectos de climas insanos y completamente distintos, revelan un valor y una energía á toda prueba; pero esto sentado, preciso es confesar que los riesgos que pudiéramos llamar puramente de guerra, ó personales por la lucha de unos con otros individuos, no resultan tan grandes como nuestra fantasía y entusiasmo se complace en pintarlos.

Sea por la inferioridad de armamento y de táctica, ó sea por la debilidad ingénita de aquellas razas, es lo cierto que, con muy pocas excepciones que luego veremos, no supieron defenderse; y ahí están, para probar lo que decimos, dos hechos: el primero, que todas las naciones europeas que más tarde ó más temprano llevaron á cabo conquistas en aquel continente, lo hicieron poco más ó menos con la misma facilidad que nosotros; y el segundo consiste en que, en las refriegas ó batallas más cruentas de que nos hablan los historiadores al tratar de la conquista de Méjico y otros países, se hace constar que el ataque fué tan duro, que han muerto diez ó doce castellanos; lo cual seguramente, sin disminuir el coraje de nuestros antepasados, no revela una gran acometividad de parte del enemigo, como no tengamos á nuestra disposición algún milagro de los que tanto abundaban en aquellos tiempos, y que puede suministrar una explicación satisfactoria.

Nos vemos precisados á cortar aquí este artículo, por ser ya demasiado largo; pero téngase en cuenta que todo lo que hemos expuesto referente á la conquista de Méjico, es, en último término, lo que habíamos de decir respecto á las otras conquistas: por consiguiente, no es otra cosa más que un trabajo adelantado.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGÍA SOCIAL.

EL ESTADO.

XI

Dejando ya á un lado cuestiones de ménos bulto, permítaseme insistir un poco sobre la que me parece más cardinal, la de si el Estado es *fin* ó es *medio*; fórmula compendiosa del moderno individualismo, y que entraña y resuelve, aunque de soslayo, otras muchas cuestiones.

Los individualistas á *outrance*, como Macaulay, y hasta el mismo Laurent, que reconoce la autonomía del Estado, no consideran á éste más que como un *medio*; pero medio, ¿de qué ó para qué? «De asegurar, dice aquél, la existencia, la fortuna y la libertad privadas.» «Para favorecer, dice este otro, el desarrollo y el perfeccionamiento de los individuos.»

Por más que no nos parezca propia ni muy clara la locución con que se plantea el problema, nos damos por apercibidos de lo que quieren decir los individualistas. Y lo de ménos fuera concederles que el Estado sirve de *medio* para esas cosas, como para otras muchas: lo cual sería decirle, que el Estado tiene ese *fin* entre otros muchos. Pero no hay que engañarnos: el problema es otro, y Bluntschli lo ha planteado netamente. Lo que quieren decir los individualistas, es que el Estado, en vez de ser un *organismo* viviente, es un *mecanismo* que

puede simplificarse hasta lo infinito y que hasta podría desaparecer sin inconveniente. «La individualidad es el principio esencial, es realmente nuestro *fin*, nuestro ideal; dice Laurent: la unidad (el Estado), no es más que el medio, y medio subordinado al fin.»

Ese aserto, si Laurent y los individualistas todos fueran consecuentes con él, no solamente destruiría la sociedad y negaría la sociabilidad, sino que haría imposible el *medio* mismo á que destinan el Estado: es decir, el desarrollo y la perfección del individuo; puesto que le llevaría al aislamiento y á la degradación. Afortunadamente el propio Laurent se encarga de impugnar su aserto, y hasta de destruirle por la base. «La soberanía del individuo conduce fatalmente, dice, al predominio del egoísmo individual sobre el interés general.» Y en otro lugar de sus obras va más lejos y dice: «Actualmente, un individualismo excesivo amenaza destruir la sociedad.»

Cuando no hay fe en los principios, el hacer ostentación de ellos es desautorizarlos. Muchas gentes son individualistas, porque el individualismo está de moda. Pero el escritor de recta conciencia y de sano juicio, que se detiene á examinar ese famoso principio en su traducción á la vida, retrocede ante lo antisocial y funesto de las consecuencias y se esfuerza por aplicarle correctivo. Esto ha hecho el profesor de la Universidad de Gante. Nosotros hemos procurado demostrar en este estudio lo erróneo de los fundamentos en que apoyan ese principio sus partidarios. Reseñemos á la ligera sus consecuencias.

Laurent conviene en que la propensión individualista de los germanos condujo derechamente al feudalismo. Verdad es que ese escritor, como Thierry y como todos los anglófilos, ven en el feudalismo un gran germen de libertad y hasta de progreso. Como le ven de lejos y por un prisma de su invención, no es extraño que se les antojen oasis de verdor y cármenes de perfumadas flores los arenales del desierto. Pero el mundo que lo presenció y los pueblos que lo sufrieron, lo execraron á voz en grito. Hoy mismo causan horror las descripciones que de las proezas de los señores de *horca y cuchillo* nos han legado las crónicas del tiempo; y la historia y el mundo, á una voz, ensalzan la serie de sucesos y de esfuerzos gigantescos que han sido necesarios para acabar con el feudalismo, verdadera lepra moral, uno de los calvarios porque ha pasado la humanidad.

Montesquieu encaneció estudiándole, y creyó encontrar en él las fuentes de todo el derecho francés público y privado. Allí se las haya con el abate *Dubós*. Pero lo que nos refieren, como testigos de vista, los Gregorio de Tours y los Froissart y lo que nos dice como gran conocedor, el conde *Boulainvilliers*, basta y sobra para que formemos del feudalismo el mismo concepto que inspiró á *Servan* estas palabras: «Nada puede ser comparable á la desgracia de la triste humanidad en aquel tiempo desastroso, como no sean la ignorancia y la estupidez, que acaso dulcificaban entonces el sentimiento de la misma desgracia, siempre proporcionada, según se vé, á la extensión de las luces y al número de las necesidades.»

Recórranse con la antorcha de la razón y de la sana conciencia, por no decir de la sana crítica, las páginas de la historia, y se verá que en todas partes, y siempre que por cualquiera motivo se han cortado ó desatado los vínculos sociales, siempre que ha preponderado la tendencia individualista, siempre que el egoísmo, ó siquiera el aislamiento han reemplazado á la comunidad, al espíritu de colectividad, ha desaparecido la idea del derecho: se verá que en su lugar se ha entronizado el derecho de la fuerza, y como consecuencia se ha abierto la caja de Pandora: se verá que han desaparecido la justicia, el verdadero valor, la beneficencia, las tiernas afecciones, los sentimientos de humanidad, los nobles arranques del corazón, los actos y hasta los instintos que enaltecen al hombre, y que en su lugar se han apoderado de las almas el dolo y la perfidia, la ferocidad y el miedo, la astucia y la cobardía, la horrible envidia y los odios sangrientos, la insaciable codicia y la negra discordia, todos los horrores de la miseria y todos los vicios de la opulencia.

Recórrase la historia antigua, la de la Edad Media, la moderna, y ese fenómeno se hará patente en todas: porque ese fenómeno es de siempre: las mismas causas producen los mismos efectos. Ningún sér falta impunemente á la ley de su naturaleza: y como la del hombre es ley de amor, comunión de fuerzas y de afectos, mutualidad de servicios, reciprocidad de derechos y deberes, concierto armónico, sociabilidad, todo lo que tiende al aislamiento y al egoísmo, todo lo que conduce á la apteosis del yo, es anormal y es funesto.

Y los vínculos sociales no los corta solamente la barbarie, ni los afloja y desata solamente la tiranía, los relaja y los corta también la exageración de la idea individualista, cuando se la lleva á las instituciones, á las leyes y á las costumbres, con esa misma exageración. Cuando el hombre aprende en todas partes y por todos los caminos que *todo es él y todo es para él*: que la sociedad, es decir, el Estado, no es más que un *mecanismo* destinado á su solo servicio: que el pró-comun es una quimera: que el Estado se lo debe todo al individuo, para que este sea libre, rico y feliz: que el Estado «es una vaca cuyo ubre procura ordenar todo el que no es tonto:» cuando el hombre, decimos, aprende eso, no sólo de sus propias pa-

siones, que son siempre absolutas, por lo fatales; sino también de cuanto le rodea, instituciones, leyes, ciencia, arte, industria, hábitos y costumbres; cuando todos estos elementos de vida social respiran individualismo, es decir, egoísmo: ¿qué resulta forzosamente?... resulta indiferencia hacia los bienes y los males del resto de los hombres, desvío y desprecio de todo lo patriótico, de todo lo que es sacrificio, abnegación, deber y virtud, de todo lo que es de interés general, de todo lo generoso, noble y grande: resulta solo preocupación y amor exclusivo á su propia persona, de la cual hacen todos y cada uno el centro del universo... Desde entonces, ¿qué extraño es que hasta los individualistas tengan que exclamar, como Laurent: «*Actualmente un individualismo excesivo amenaza destruir la sociedad!*»

¡Ah! no por otras causas llegaron tiempos de espantosa recordación, en que el filósofo y santo obispo de Hipona exclamaba, con más energía que Laurent, á la vista de la gangrena moral de los Señores del mundo: «La única cosa que les importa es la de acrecentar sus riquezas para aumentar sus profusiones diarias... Los pobres nada piden más que una ociosidad tranquila á la sombra de su abyección y de su dependencia... Los pueblos aplauden, no á los que procuran sus verdaderos intereses, sino á los que proveen á sus placeres... La única libertad que desean es la de que cada uno, á su antojo, y en todo lugar, y á toda hora del día y de la noche pueda distraerse, jugar, comer, embriagarse, encenagarse en la crápula... La única institución pública por que se interesan, es la prostitución y los espectáculos. Se necesita que las prostitutas abunden en las calles para el placer de todos los que no tienen medio de mantener una concubina... Todo el imperio está convertido en un palacio de Sardanápalo.»

¿Y qué otra cosa revela aquella situación, si no es ausencia completa de verdadera sociabilidad, falta de espíritu público, sobra de egoísmo, de anti-social y ruin egoísmo? Pues Laurent lo ha dicho: «*La soberanía del individuo conduce fatal, necesariamente, al predominio del yo sobre el interés general.*» Y no solamente en la antigüedad se convertían los imperios en Babilonias; también en la edad moderna se han convertido más de una vez los reinos en palacios de Sardanápalo.

XII

A esas situaciones llegan los pueblos por diferentes caminos; es cierto. Pero lejos de ser uno de ellos la aspiración á la igualdad, como pretende Laurent, es la tendencia contraria, es la desigualdad, es el privilegio, es el egoísmo, es la soberanía del individuo, lo que conduce á esas descomposiciones, tras de las cuales vendría la muerte de los pueblos, si por efecto de una ley providencial no sobrevinieran entonces revoluciones saludables, esos grandes cataclismos, que regeneran las naciones; no de otro modo que las tempestades purifican la atmósfera y hacen respirable el ambiente que antes asfixiaba. Porque, ¿qué viene en pos del egoísmo, hijo del endiosamiento del yo? Viene primero la indiferencia para todo lo que es colectivo, y generoso, y grande; sobreviene despues la soberbia y la tiranía de unos, la abyección y servilismo de otros; y de todo ello la postración, el marasmo y la muerte de los pueblos.

¿Qué hubiera sido del mundo romano, sin la portentosa, sin la inmensa revolución del Cristianismo? Verdad es que la regeneración que entrañaba la doctrina del Cristo se dirigía al individuo y se verificó por el individuo. ¿Pero cómo? ¿Por qué medio? Dando vida al espíritu, y por medio del amor que une; no fomentando el egoísmo, que aísla, disgrega y mata. La asociación de las almas es inmensamente más fuerte que la de los cuerpos, y es además verdaderamente creadora.

No, no fué el amor á la igualdad lo que perdió á las repúblicas antiguas: fué el amor á los privilegios, fué el endiosamiento de los poderosos y la abyección de los débiles: fueron los egoísmos. «La mayor miseria á que puede llegar un pueblo es la de sufrir resignado y paciente la ironía del poder Supremo: dice un notable escritor portugués; y el mayor abismo en que puede caer, no es el del crimen, es el de la indiferencia.»

«Cuando los partidos se disuelven en fracciones, añade en otro lugar: cuando la sed de los empleos arde en las entrañas de los que no cuentan con méritos para obtenerlos y buscan protectores para explotarlos; cuando la virtud social esconde el rostro: cuando reina el egoísmo: cuando una nación hace girar la bandera de la justicia en sus variadas aplicaciones... todo se anarquiza y todo se disuelve.»

Que no es la comunidad de territorio, ni la del idioma, ni la de relaciones materiales y eventuales, las que dan fuerza, nervio y vida al Estado: es la comunión de afectos, de sacrificios y de glorias, es la comunión de ideas y creencias, que cautivan por su largo alcance, que entusiasman por su pureza, que provocan esas nobles expansiones del sentimiento y del espíritu, amor, caridad, abnegación, la gran virtud del sacrificio; son esos sentimientos, esas ideas y creencias que las débiles y poco espirituales al principio, se van poco á poco acentuando y condensando hasta enseñorearse de los hombres las que constituyen el elemento moral de la Sociedad, y las que dan vitalidad al Estado.

En cuántas ocasiones no han estado á punto de disolverse y de sucumbir muchos pueblos del

mundo moderno por efecto de la relajación ó de la desaparición de aquel elemento? Eso solo explica los retrocesos y los largos y angustiosísimos períodos de postración y de atonía porque todos ellos han pasado: eso explica también porque muchos solo á merced de fuertes sacudidas, de enérgicos de ellos, y viriles esfuerzos, merced á la exaltación de los ánimos que han osado rehacer aquel elemento y darle acerado temple han vuelto á erguirse y á entrar de nuevo en las corrientes de la civilización y del progreso. Fortalecer el elemento moral, dar nuevo vigor á ese poderoso resorte, este es el primero y el más importante servicio de las verdaderas revoluciones.

¿No lo creéis? Oid lo que se escribía y se decía en Francia á raíz de la gran revolución. «*Costumbres!.. ya no las tenemos,*—decía Loustalot en 1789:—*no existe nación más inmoral que la nuestra.*» Y recordando esas palabras y las opiniones del célebre Portalis, sobre la imperiosa necesidad del elemento moral y religioso en todo Estado, dice Laurent: «*Ahora bien, el hondo mal de la época moderna, ¿no es precisamente la ausencia del elemento moral; y nuestra civilización no es una civilización sin alma y sin fe?*» «*No es este el mal que mina á la Francia muy particularmente?*» Eslo en efecto: esa es la verdad; y á esta verdad respondía ya la Convención francesa en su *Manifiesto á los pueblos*, con estas palabras que explican la causa del mal, y la clase del remedio: «*Las leyes de la eterna justicia eran desdeñosamente llamadas sueños de los hombres de bien; y nosotros hemos hecho de ellas imponentes realidades. La moral estaba relegada á los libros de los filósofos; y nosotros la hemos llevado al Gobierno de las naciones.*»

La tiranía, es decir, el absolutismo de la unidad, ó sea del principio autoritario, queriendo concentrar, disgrega las fuerzas sociales, enerva, y envilece al hombre. Pero la apoteosis del Yo, el individualismo materialista le desnaturaliza y le perverte. A fuerza de mirar solo á sí propio, de considerarse árbitro y señor, centro de todo el universo, fin supremo de todo lo creado, el hombre no encuentra límites á su orgullo y su soberbia, pasiones que acrecientan su egoísmo, extravían su espíritu, endurecen su corazón y depravan su voluntad. Entonces es cuando «las leyes de la justicia eterna son para él sueños de pobres tontos;» y cuando «la moral se vé relegada á los libros.»

«Habéis oído que los príncipes de los gentiles se enseñorean de los hombres, y que los que son grandes ejercen sobre ellos potestad. Entre vosotros no será así; el que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro servidor. Y el que quisiere entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo. El Hijo del hombre no vino á ser servido, sino á servir y á dar su vida por muchos.» Estas palabras del Cristo entrañan un sentido profundo y una verdad inmensa. Son el correctivo de aquellas otras que depravan y que esclavizan á los hombres. Estas les regeneran y le emancipan.

Porque las pasiones que despierta y que exalta la apoteosis del Yo en los fuertes y astuciosos, enjendran con la soberbia y la ambición, todas las concupiscencias de la tiranía; y en los débiles con su abyección, todos los vicios de la esclavitud. Germinan entonces en todos los corazones semillas de odio, y sobrevienen los tiempos que ha descrito Tácito con sin igual verdad y maestría: tiempos sobre los que un célebre novelista francés ha lanzado esta terrible sentencia: «La sociedad se divide en dos clases de hombres: unos los que son ahorcados, y otros los que debieran serlo.»

Laurent, muy afecto á los holvacionos, se engaña tan grandemente como éstos, al decir que la doctrina del Crucificado conduce al ascetismo y á la abstracción del mundo y de la sociedad. Bien claro se vé en las palabras capitales que más arriba copiamos, que eso no es verdad. No, no tienen razón en eso los críticos volterianos: ó no dicen lo que saben, ó no saben lo que dicen. La doctrina del Cristo es la sociabilidad, es el amor, es la abnegación, es la virtud del sacrificio, que las abraza todas.

XIII

El amor á la libertad hace prodigios; es verdad. Pero el amor á la libertad que hace prodigios no es el amor á la libertad del yo: es el amor á la libertad de todos. Más claro: el resorte individual capaz de regenerar un pueblo abyecto, ó una nación oprimida y postrada no es la libertad egoísta, la libertad de medrar cada cual á costa del pró comun; es la libertad liberal, ancha, expansiva, hermana de la igualdad de condiciones y de la comunión del derecho, hermana de la justicia. Laboulaye lo ha dicho: «la verdadera libertad es otro nombre dado á la justicia.»

No, no es el individuo el fin de la sociedad ó del Estado. Ni este ni aquella se han hecho para que los explote en su exclusivo beneficio el individuo: se han hecho para que contribuyendo cada cual al bien de todos la humanidad llegue por la espiral ascendente del progreso intelectual, material y moral al término de sus gloriosos destinos.

Porque, despues de todo, no es verdad que el individuo sea verdaderamente dichoso viviendo por sí y para sí. Lejos de eso el hombre en semejante camino dejaría de ser hombre. Llega á ser tal y puede ser dichoso, en los límites de lo humano, cuando vive para los demás; cuando se educa, como ha dicho el Cristo, para servir, no para ser servido.

¿Me atreveré á citarlo? Un bandido español acaba de pronunciar en un momento lúcido de su conciencia, y como inspirado por una ráfaga luminosa del instinto moral, una frase que, en medio de su sencillez, será por siempre célebre. «*Ya que les ayudamos á comer, justo es que les ayudemos á trabajar.*» Y decía con ese motivo *El Liberal* una grandísima verdad: Sí; hay en el fondo de la conciencia humana una luz que jamás se apaga completamente y que constituye una esperanza infalible de redención.»

Es que «por más que el hombre se rebaje en su egregio carácter de ser libre, consciente y racional, jamás, jamás descenderá hasta la condición del bruto.»

Esa luz de la conciencia, ese instinto moral, ese sentimiento de justicia pueden entibiarse, eclipsarse, apagarse tal vez, en el individuo: donde jamás se extinguen, ni se amortiguan, donde jamás desaparecen es en las masas, es en la colectividad. «La idea de la justicia, ha dicho el mismo Proudhon, pierde su fuerza y corre peligro en el individuo, pero nunca en el grupo. Y cuanto es mayor, cuanto más grande es la colectividad ó el Estado, merced á la ley que preside á su formación, otro tanto es más intenso y más poderoso el sentimiento de justicia, mayor es la fuerza que adquiere: pudiéndose asegurar, que la justicia en la universalidad del género humano es incorruptible.»

«Roma, por no citar otros pueblos, fué grande como ningún otro Estado ni nación de la tierra, antes ni despues: fué grande cuando su Senado se confundía con el pueblo en los campos de batalla para gloria de la nación: cuando su juventud no conocía los pórticos y los anfiteatros: cuando sus legiones eran tan valerosas como sufridas y disciplinadas: cuando la religion servía de base y la familia de elemento incorruptible á la patria: cuando la pureza de los sentimientos y lo morigerado de las costumbres producían acciones heroicas y hacían resplandecer en todas las clases las virtudes más costosas. Pero cuando la patria ya no fué el sumo bien: cuando los ciudadanos ya no encontraron sus delicias en el amor y en el culto á esa divinidad; cuando ya embriagados con el poder y las riquezas se entregaron á todo género de disipaciones y de vicios, y las instituciones políticas perdieron para ellos su atractivo, y las doctrinas morales su fuerza... descreídos en religion, sin base en la moral, desconociendo la fraternidad, el amor, la belleza moral que encierran la ley del deber, y la religion del sacrificio... víctimas primero de sus concupiscencias y despues de las sediciones militares... el imperio dejó ver una ciudad disoluta, que solo vivía de la sombra gigantesca de su pasado: una Sociedad en la que faltaba á la nobleza la virtud, al pueblo la dignidad, el valor á los ejércitos, la decencia á la mujer, y á los hombres el pundonor.» ¿No pudiera servirnos ese ejemplo y ese mismo criterio para juzgar á más de una nación de la moderna Europa? Sí: grandes y poderosas cuando el Estado es grande y poderoso, cuando elemento moral tiene en ellas vitalidad y potencia. Pequeñas y aherrojadas cuando las ideas y los sentimientos elevados y nobles ceden su puesto á los egoístas cálculos del interés de casta, de clase, de parcialidad y de individuo.

XIV

¿Y los derechos individuales? dirá al oír esto algun individualista *enragé*. Queremos terminar este Estudio dedicando algunas palabras á los *derechos individuales*: porque se nos antoja que los amamos más y mejor que los individualistas á *outrance*.

Hay gentes para quienes los derechos individuales son una cosa parecida á lo que era la *Federal* para muchos de nuestros *cantonales*: la facultad libérrima de que cada individuo se despache á su gusto. No voy á contestar, ni á discutir siquiera esa aberración del juicio, ó esa depravación de la voluntad. Pero sí he de decir, que los derechos individuales no estrictamente consisten en que cada cual se cuide sólo de sí mismo, y haga ó pueda hacer lo que se le antoje ó lo que más le convenga, no: los derechos individuales no son, no deben, no pueden ser la divinización del individuo, la inviolabilidad de su egoísmo, ó de sus pasiones, ó de sus exclusivos intereses: son la santificación de la personalidad humana, la inviolabilidad de la conciencia, la libertad de hacer el bien en todas las esferas de la actividad humana, intelectual, moral y materialmente. Pero de esto á que cada cual pueda prender fuego á su casa, ó levantarla donde, como y hasta donde se le antoje, y educar ó no educar á sus hijos, y explotar á la sociedad sin darle nada, y sin que nadie intervenga en el modo, en el medio, ni en la forma... hay una distancia inmensa. Los derechos individuales de esta última manera entendidos y predicados conducen inevitablemente á la anarquía; y llevarían á la disolución social, si no condujesen antes á la tiranía.

Los individualistas padecen un gravísimo error. Los derechos individuales no tienen tanto por objeto el individuo, como la sociedad: existen por el Estado y para el Estado; en el sentido de que sin la fuerza colectiva que los garantiza no existirían; el más audaz, el más fuerte, el más astucioso haría bien pronto vanos y nulos los derechos de los demás; y también en el sentido de que la libertad de los ciudadanos, encaminada á producir la libertad y el bien de todos, hace al Estado grande, fuerte, próspero y feliz.

Los derechos individuales, reducidos al mísero y estrecho concepto de que nadie se meta con uno, y de que á cada cual se deje hacer lo que quiera y le convenga, son solo útiles para los poderosos, para los prepotentes, para los egoístas, para los hábiles explotadores de la sociedad. Para esos es para quienes el Estado es «una abstracción» cuando teorizan; y una vaca cuya ubre debe estrujarse en propio y exclusivo provecho cuando practican. Para esos tales, la voluntad general es una utopía, el sufragio universal un desatino, el pro-comun una quimera, la moral una anti-gualla, y la igualdad de condiciones un sacrilegio. Para esos tales, la panacea universal son los derechos individuales, practicados por ellos solos de la manera que ellos mismos los entienden ó no los entienden, pero les convienen.

¡Ah! Si no fueran los más fuertes, los más hábiles, los más poderosos... ¿de qué poco serviría que esos derechos individuales los tuvieran escritos en hojas de papel, ni aunque fuera en lápidas de bronce!

¿Pero qué necesitan de constituciones ni de tablas de derechos los poderosos y los hábiles y los fuertes? Con constituciones y sin ellas, con monarquías y con repúblicas, en el poder como en la oposición, para ellos siempre hay derechos individuales, es decir, facultad de gozar y exención de sufrir.

Los derechos individuales verdad los necesita el pueblo; y porque los necesita los quiere, pero no escritos en lápidas y constituciones, sino encarnados en la sociedad, en las leyes, en las costumbres, en la vida social. Solo un pueblo en Europa ha acertado á consignarlos donde deben estar: en el Código civil. Ese pueblo es Portugal.

Mas no basta que estén consignados en el Código civil, es preciso que entrañen en todas las instituciones, que estén perfectamente garantidos, que sean verdad.

Para esto es indispensable que exista el Estado; y que este sea lo que han dicho hombres de talla de Rousseau y de Schelling: un organismo viviente, cuyo espíritu se revele en la voluntad general, y cuyo modo de expresion sea el sufragio universal.

«Los defensores del antiguo régimen dicen, y no dicen mal, que los principios del 89 son una cosa muy vaga, y que ante todo es indispensable precisar bien qué es lo que se entiende por libertad.» Esto recuerda Laurent; y á seguida vuelve á su *delenda Carthago*, á su eterno prejuicio contra la soberanía nacional, y á su universal panacea, los derechos individuales. Laurent se engaña lastimosa y grandemente. No es la soberanía nacional la que ha producido los césares. Eso de la delegacion seria ridículo si no fuera hipócrita y horrible. Los golpes de Estado están bien lejos de ser delegaciones: y despues de los golpes de Estado, que facilitan, que auxilian, y á que abren camino todos aquellos que han explotado ó quieren explotar á los pueblos, los reaccionarios, los apóstatas, los partidarios de la libertad concupiscente, los sibaritas y los desechados... despues de los golpes de Estado triunfantes, los plebiscitos son la risotada de los vencedores, la bofetada en la mejilla de la libertad y del pueblo. El que los despotas invoquen el nombre del Estado, y se atribuyan su representación y la del pueblo... ¿qué significa? Lo mismo que el que los clérigos se atribuyan la única representación de Dios. ¿Y hemos de concluir de eso, que no hay Dios? Pues á tanto equivaldría deducir de aquello que no hay ó que no es buena la Soberanía nacional.

El pueblo no es una fuerza si no cuando es uno, cuando es verdadera nacion, ó ciudad, cuando es Estado. Y cuando no es uno no es fuerte; y entonces es cuando se le trae y se le lleva, y se le oprime, y por añadidura se le insulta.

Pero ¿qué es lo que le hace uno? Pues no es la libertad de ir y de venir, de hablar ó de reir, de trabajar ó de estar tumbado; no, no es la libertad de hacer cada cual lo que quiera ó lo que más le convenga á él sólo: es la comunión en el derecho y la igualdad ante la ley: es la colectividad, la concordia de intereses y la facilidad de medios de realizar el bien para todos. Porque es mucho más evidente y más seguro el que «del bien de todos resulta el de cada uno» que no lo de que «del bien de cada uno resulta el de todos.» Sobre que el hacer una colectividad potente y fuerte y próspera, es posible y aún fácil si se quiere. Pero el que cada individuo aislado y de por sí llegue á formar una nacion de potentados iguales en fuerza, poder y prosperidad... esto si que es utópico y nunca visto.

Lo repetimos para terminar: el mundo retrocedería, no al feudalismo, sino á las castas, si fuera posible que las modernas sociedades se dejasen llevar de las teorías individualistas que por desgracia han puesto en boga sucesos que no queremos recordar y escritores de grandísimo talento, que no transigen con Dios, por huir de los clérigos; pero que transigen con todas las aristocracias y hasta con algunas oligarquías, por huir de la plebe.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

LOS FUEGOS FLORALES EN VALENCIA.

DEL RENACIMIENTO LEMOSIN.

Discurso leído por el Sr. D. Victor Balaguer, en el Ateneo de Valencia la noche del 27 de Julio de 1880, con motivo de la velada literaria dada en su obsequio.

Señores: Llego, por benevolencia vuestra y con

honra inmerecida, á ocupar la sede que la muerte implacable dejó vacía al arrebatarnos á Vicente Boix, y faltaria, por lo tanto, al más sagrado de mis deberes, si lo primero de todo, antes que todo y sobre todo, no me apresurase á consagrar un tributo de honor á quien tanto amásteis vosotros, á quien yo tanto amé, á quien Valencia toda recuerda como á uno de sus hijos más ilustres y preclaros.

Yo sé bien, por lo demás, que al cumplir con este deber, para mí sagrado, vengo también á satisfacer uno de vuestros más caros deseos y á corresponder á uno de vuestros más íntimos sentimientos. La mejor manera de demostraros mi gratitud por la honra que me dispensais y por la hospitalidad fraternal y simpática que me ofrecéis, es la de recordar á Valencia uno de sus varones ilustres; á esa juventud entusiasta que se agrupa junto á la bandera del *Rat Penat*, uno de sus maestros; á la literatura lemosina una de sus glorias; á la patria ibérica uno de sus hombres. De esta manera, también, evito las frases de cumplida y estudiada modestia, que vienen á ser tema obligado al comenzar discursos de esta índole, frases que, por lo mismo que son impuestas, no son espontáneas, resultando con esto una situación difícil, para el que habla, porque la costumbre le obliga, mal que le pese, á ser modesto; para el que contesta ú oye, porque la urbanidad, mal que le pese también, le impone el ser cortés. A fin de evitar, pues, este momento, difícil para vosotros, delicado para mí, ¿qué mejor frase para comenzar, ni qué otro medio más propio á cautivar vuestra atencion, mover vuestros sentimientos y arrebatat vuestro ánimo que el de decir: «¿Tan obligado os estoy, que, á fuer de agradecido, voy lo primero de todo á hablaros de Vicente Boix?...»

¡Vicente Boix! ¡Ah! vosotros no sabeis, no podeis saber la impresion que me causa este nombre. Le conocí por vez primera, allá por los años de 1845, hace un siglo, cuando muchos de vosotros no habíais aun nacido. Acababa yo de llegar á la ciudad del Turia, que es decir á la ciudad de la poesía y de las flores, y llegaba joven, poco menos que errante y vagabundo, poco menos que enfermo, poco menos que visionario, con más caudal de ilusiones ciertamente que de realidades, y con horizontes ante mí que solo podian dejar de ser oscuros y borrosos á fuerza de empeñarme en verlos despejados y risueños.

A nadie conocia yo en Valencia ni pude llegar á imaginar jamás que nadie me conociera á mí. Júzguese de la sorpresa que debía causarme el recibir unos versos de Vicente Boix, los primeros que en mi vida se me dirigieron, y que desde entonces, como reliquia santa y como recuerdo sagrado, conservé entre los documentos de familia, á través de todos los azares y vicisitudes de mi agitada vida. Todavía suenan en mis oídos aquellos armoniosos versos:

Muy bien venido á la ciudad hermosa que reclinada del ameno Turia en la margen feliz, levanta al cielo su frente de oro, celestial y pura.

Bañarla en torno las suaves brisas de jardines sin fin, y entre la bruma del mar tranquilo que sus plantas besa, diosa de Hesperia el mundo la saluda.

Si el pálido fulgor de luengo llanto que allá bañaba tu modesta cuna, viene á bañar también tu joven frente en la antigua ciudad que baña el Turia, recuerda al menos que su cielo es bello, sencilla su amistad sin sombra alguna, y que si flores hoy á tí te ofrece, si en su nombre otro bardo te saluda, es que Valencia por antiguos lazos unida en otra edad á Cataluña, de recuerdos y glorias es el templo, de la amistad y del amor la cuna.

Estos versos nos hicieron hermanos. Comenzó, pues, nuestra amistad por donde las demás, concluyen, y nunca, nunca nuestro cariño fraternal se vió empañado por la más ligera nube. Confundidos en el mismo pensamiento y en las mismas aspiraciones, obedecíamos á la misma idea, éramos apóstoles de la misma religion y soldados de la misma causa. Se confundían hasta nuestros nombres, que Dios nos habia dado las mismas iniciales, y á causa de esto alguna vez ¡honra grande para mí! equivocaron con la suyas mis pobres poesías.

Y al nombre de Boix va en mi recuerdo unido otro, para las letras no menos ilustre, para la patria comun, no menos estimado; para mí, no menos querido: el de Jerónimo Borao. Era Borao aragonés, como Boix valenciano, como yo catalán, es decir, con un amor profundo á su país; y quiso Dios también que los tres fuésemos los cronistas de la corona de Aragon: Boix el de Valencia, Borao el de Zaragoza y yo el de Barcelona.

Un dia, en circunstancias críticas para nuestra patria, nos encontramos juntos, conspirando al mismo objeto, teniendo el mismo ideal, en el mismo campo y al pié de la bandera misma que las tres ciudades hermanas se disponian á enarbolat siguiendo el movimiento político iniciado en Vicálvaro y Manzanares. Un ilustre y venerable patriota, honra y gloria de nuestra España, nos habia sentado á su modesta mesa. Al terminar aquel frugal banquete, y cuando íbamos cada uno á salir para nuestros respectivos destinos, recibidas ya las instrucciones de labios de aquel patriarca de las libertades patrias, Boix improvisó unos versos,

que, borroneados en lápiz, me llevé en mi cartera, y que recuerdan un momento solemne, el más solemne quizá de nuestra vida.

Pobre Edetano, ni á invocar me atrevo la gloria que aparece en este instante. La fiera Cataluña está delante: la eternidad sus aras le guardó. Hacia los cuatro vientos desplegadas sus bélicas banderas se lanzaron; los pueblos sus girones veneraron y sus barras aquí el poder rompió! ¡Silencio! ¡No canteis!... Id á las tumbas, y allí podreis llorar... Hoy, peregrino, os hallo por mi bien en el camino, y os diré en voz muy baja: *Amor y union!* Envueltos en las sombras que nos cercan al alma libertad evocaremos, y en plena luz mañana arbolaremos cruz contra cruz, pendon contra pendon.

Cada uno de nosotros fué á ocupar su puesto. Tuvo lugar el movimiento que se esperaba, y para ayudar á este movimiento, fundé en Barcelona el periódico *La Corona de Aragon*, en el cual escribieron Boix desde Valencia y Borao desde Zaragoza. Fundóse aquel periódico, de comun acuerdo entre los tres, con la idea que nos habíamos propuesto y á la cual jamás faltó; la corona de Aragon como recuerdo, modelo y ejemplo de patrias libertades; España constitucional y regenerada como patria comun; la Union Ibérica como ideal y aspiracion suprema.

Ninguno de los tres abandonamos un solo momento nuestra idea. Fieles fueron á ella hasta su muerte Boix y Borao. Fiel á ella he de ser yo, mientras Dios no apague la luz de mi pensamiento, que es la vida.

Aún no habia yo comenzado á escribir entonces en catalan. Creo que tampoco Boix, pero ¡qué importaba! Escribíamos en castellano y pensábamos en catalan, y uníamos nuestras fuerzas para iniciar el movimiento que más tarde se llamó catalanista. A más, no habia necesidad de escribir precisamente en catalan para ser catalanista; uno de los que más hizo en favor del *catalanismo*, Camboulin, no escribió ni en catalan ni en castellano. Era catalan de la lengua de Oc, y sin embargo escribió en francés su *Ensayo sobre la literatura catalana*. Escribiendo Boix en castellano, hizo á favor del *catalanismo* tanto como el que más.

En buen hora que, por haber comenzado á escribir más tarde que otros en catalan, á él y á mí mismo tal vez, ¿por qué no he de decirlo? se nos niegue en documentos y en historias el puesto de honor que reclaman otros para sí; en buen hora sea. No he de disputar para mí, ni para Boix siquiera, la prioridad y primacia. A los ojos de aquellos que con imparcialidad estudien un dia el movimiento literario actual, cada uno ocupará el puesto que le corresponde, y puede muy bien suceder que la Providencia, siempre justa, dé un lugar distinguido por razon de prioridad y cronología á los que acaso no pudieran obtenerlo por razon de ingenio.

A más, al hablar de *catalanismo*, no entiendo en manera alguna lo que pertenece sólo á Cataluña. No. Cataluña, Valencia, las Baleares, son una en el renacimiento literario. Yo no sé, yo no quiero saber, en este instante y para este caso, si el renacimiento comenzó en Valencia con los versos y cantos patrióticos en nativa lengua de la primera época constitucional, ó en Cataluña con la bellísima poesía de Aribau, ó en Ciudadela de Menorca, donde años antes que Aribau y á la caída del sistema constitucional, un pobre desterrado, de nombre desconocido, escribía:

Desde 'l fondo de mon pit,
ab lo cos y 'l cor migrat,
jo te dich tot entristit;
Catalunya, Deu te quart.
Si la lengua de tos avis
no parla ningú ni sent,
jo la vull en los meus llavis
ab lo meu darrer accent.

¿Qué importa, repito, dónde comenzó el renacimiento, ni qué importa tampoco quien fué el primero en iniciarle? Question puede ser esta de localidad, de vecindario ó de amor propio, nada interesante para quien á más alto vuelo empuja su pensamiento. Acaso se inició por algun desconocido, que duerme hoy tranquilo en su ignorada tumba, como un oscuro soldado; héroe sin nombre, gana á veces la batalla que ha de dar á otros el laureo, la inmortalidad y la gloria.

El hecho existe. El renacimiento es un hecho, y es comun á Cataluña, á Valencia, á las Baleares, al mismo Rosellon, á la misma Provenza, y cada una puede reclamar la parte que le corresponda. ¿Qué importa quien hizo el sol, si el sol es para todos?

Lo propio sucede con la lengua. Aparte la variedad natural de acento y color, de prononciacion é inflexion, de region, localidad ó territorio, la lengua es una. Lláménla en buen hora *romana*, como suele acontecer entre sabios, y como es indudable que era llamada por antiguos trovadores; *provenzal*, como es costumbre en las Academias y como la apellidó Dante; *catalana*, como pretendemos los hijos del Llobregat, no tal vez con toda justicia; *romanizada*, como escribia Piferrer; *lemosina*, como dijeron Analdo Vidal, el marqués de Santillana, Aribau y con ellos los hijos del Turia; *mallorquina*, como no ha faltado también quien pre-

tendiera: *occitánica* (es decir; de Occitania, país de la lengua de occidente, de *oc* y de *citara*), como sienta la crítica moderna. ¿Por ventura no es la misma lengua? Me es igual el nombre. Acaso el más propio y ajustado sería el de lengua romana; acaso el más armónico y dulce el de lengua lemosina. ¡Qué importa! Dadme el espíritu, ya os doy el nombre. Dadme la savia, el vigor, la frescura, la originalidad, la lozanía de esa renaciente literatura y llamada como queráis. Pero estoy en Valencia, la ciudad hospitalaria, la ciudad de la armonía, de las flores y de la belleza, y aparte aún la justicia que pueda haber en ello, fuera en mí descortesía no llamarla como aquí se llama. La llamaré, pues, lemosina.

Mucho se ha hablado y mucho se hablará aun del renacimiento de la literatura lemosina. Falta decir sobre ello la última palabra, y tardará en decirse todavía; pero no hay que darle vueltas, ni hay que torcer las corrientes, como no hay que desvirtuar el espíritu de las cosas. El renacimiento lemosino solo ha tenido razón de ser, y solo ha sido, cuando el sol de la libertad ha brillado en los horizontes, cuando la idea de la libertad ha renacido entre nosotros. Y entiéndase para que no se confunda, para que no se desvirtúe mi pensamiento, que no hablo aquí de la libertad-partido, sino de la libertad-doctrina, como siempre que hablo de la lengua no hablo de ella en su manifestación, pues sé bien que jamás dejó de manifestarse, y por consiguiente, de existir, sino en su espíritu y en su géneo.

Hay que reconocer á la literatura lemosina un origen y un ideal que otras literaturas no tienen. No reconoce como fuente y como madre á Grecia y á Roma; no ha comenzado imitando los clásicos griegos y latinos; no tiene su arte poética basada sobre los preceptos de Horacio; no sigue su lírica los caminos que trazaron Tirteo, Anacreonte, Píndaro ú Ovidio; no están cortados sus poemas sobre el patron de los de Homero y de Virgilio.

No, no es este nuestro origen. Nuestra madre es Provenza; nuestra fuente la poesía de los trovadores; nuestra Roma, Tolosa; nuestra arte poética el Código de leyes de amor de los maestros del Gay Saber. Todo lo que sea apartarnos de Beltrán de Born, de Aymerich de Peguilhá, de Pedro Cardinal, de Bernardo de Ventadorn, en una palabra, todo lo que sea salir del ciclo de los trovadores, es desnaturalizar nuestro origen, renegar de nuestro pasado y desmentir nuestro linaje.

Los trovadores tuvieron una literatura esencialmente original y característica, de ninguna imitada, á ninguna parecida. Desconocieron total y absolutamente los clásicos griegos, y se duda de que llegaran ni siquiera á conocer á los latinos, excepción hecha únicamente de Ovidio, de quien se encuentran alguna que otra cita y alguna que otra ligerísima reminiscencia. La poesía de los trovadores no tiene ningún sabor clásico, en el sentido que damos á esta palabra. Lleva, por el contrario, el sello romántico. La literatura de los latinos no ejerció influencia ninguna en el nacimiento, progreso y desarrollo de la lírica lemosina, y ésta brotó fuerte y vigorosa, debiéndose todo á sí misma, sin más precedentes ni modelos que algunos himnos de iglesia y algunos cantos populares, y desarrollándose, creciendo y vigorizándose en medio de su independencia y de su individualismo.

Tal es, pues, nuestro origen; y si nuestro origen es este, nuestro géneo, nuestro espíritu, nuestro ideal es la libertad.

La poesía de los trovadores y la libertad de los trovadores, hé aquí la base y fundamento de nuestra literatura lemosina. El que esto ignore ó desconozca, desconoce é ignora la esencia, la idea, el géneo de nuestra literatura.

En los siglos XII, XIII y XIV brilló con todo su esplendor la poesía de los trovadores, en cuyo fondo se hallan dos sentimientos supremos, absorbentes, dominantes: el amor, pero entendiéndose por amor la virtud, la fuente de todo lo bueno y de todo lo bello; la independencia, pero entendiéndose por independencia la libertad del arte, la libertad de la conciencia, la libertad del pensamiento, y todo sin trabas ni obstáculos de ninguna clase, ni de ninguna especie.

Aquella literatura que iba marchando y haciendo su camino, hubiera acaso cumplido su misión y terminado su obra, á no estallar sangrienta y exterminadora la Cruzada contra los albigenses.

La Cruzada acabó con los hombres y con la raza, pero esto no bastaba; se había de acabar también con otra cosa superior á la raza y á los hombres, se había de acabar con la idea y con el pensamiento. De lo primero se encargó la Cruzada, que destruía la familia y el hogar; de lo segundo la Inquisición, que desenterraba los cadáveres. Contentábase la Cruzada con matar al hombre é incendiar el pueblo. La Inquisición desenterraba el cadáver para quemar sus cenizas y aventarlas, y aun hacia más, aun hacia algo peor, algo más horrible que todo esto; quemaba el libro, es decir, intentaba extinguir el pensamiento.

Fué la Inquisición el enemigo mayor que tuvo el espíritu de los trovadores. Nacida en aquellas tristes circunstancias, parece que su destino y misión fueron por de pronto los de matar la literatura lemosina. ¿Qué literatura no había de ser aquella que necesitó para desaparecer una institución tan poderosa como la del Santo Tribunal de la Fé!

¡La Inquisición! ¡Ah! Ya la conozco. Largas horas, largos días he pasado recientemente en el archivo de Alcalá de Henares hojeando causas y

papeles de las Inquisiciones de Toledo y de Valencia, de Valencia especialmente. Muchas horas hube de pasar en aquella vastísima sala llamada de la Inquisición, donde están amontonados á centenares y á millares los procesos, revolviéndolo todo, escudriñándolo todo, hojeando aquellos voluminosos procesos que al abrirse despedían olor á tumba, viviendo entre inquisidores, asistiendo á sus consejos y á sus conciliábulos, viendo funcionar su horrible tormento, oyendo los ayes y lamentos de sus víctimas, concurrendo á su tribunal, enterándome de sus cábalas y manejos, sorprendiendo sus secretos, pasando los días enteros con ellos, soñando con ellos todas las noches.

Así he visto pasar por ante mis ojos todos los horrores de la Inquisición de los siglos XV, XVI, XVII y XVIII.

He leído el proceso de un sabio y virtuoso médico denunciado por secreto de confesión y condenado porque consultaba libros árabes y usaba recetas de médicos árabes para curar á sus enfermos; el de un poeta valenciano, que hubiera llegado á ser ilustre de seguro, y que acaso hubiera dado nombre á su siglo, acusado de escribir versos amorosos del género de Ovidio, y condenados sus manuscritos á las llamas y él á enmudecimiento perpétuo y á severas penitencias; el de un honrado anticuario de Valencia, castigado por ser poseedor de una biblioteca de libros raros y de un museo de antigüedades donde figuraban ídolos romanos y vasos sepulcrales: el de una pobre mujer aplicada al tormento por haberse negado á comer carne de cerdo, la cual la hizo delatar como judía, y he visto reproducidos casi taquígraficamente sus ayes y lamentos, y me he estremecido al oír aquella á su sublime expresión de *Ságueme de aquí y díganme lo que he de decir, que yo diré lo que quieran que diga*, frase arrancada al dolor y que es toda la historia y toda la filosofía del tormento: he leído también los procesos de muchas víctimas sacrificadas solo porque alguna mujer en secreto de confesión las acusara de herejes ó de iluminados: el de... Pero ¿qué más? ¿qué más he de decir de todos aquellos procesos que pasaron ante mis ojos llenos de horrores y de infamias, testimonios vivos de la persecución encarnizada en nombre de Dios á lo que Dios ha dado de más noble al hombre: la inteligencia y el géneo? Yo no recuerdo ya todo lo que leí, espantado, en aquella mar de procesos, y me pesa aun recordar lo que recuerdo. Solo tengo bien presente que, después de aquella lectura, hube de exclamar: «Bendita sea mil veces y mil veces santificada la libertad, que aun cuando solamente nos hubiese dado por único bien el deconcluir con la Inquisición, bastaría esto solo para hacerla santa y bendita á través de las generaciones y por los siglos de los siglos!»

Si, la Inquisición persiguió de muerte el pensamiento de la literatura lemosina. En vano fué, por el pronto, que este pensamiento se encarnara, más allá de los montes, en Dante y en Petrarca, los grandes imitadores de los poetas provenzales; más acá de los montes, en Ramon Lull y Arnaldo de Vilanova, los grandes continuadores de los filósofos lemosinos. La Inquisición acabó por extinguirlo todo, por hacer olvidar hasta la existencia, hasta la memoria y el nombre de aquella literatura.

Hubo, durante los siglos que trascurrieron después de aquella horrible matanza que se llama Cruzada contra los albigenses, hubo varias épocas en que se intentó el renacimiento de la literatura lemosina. Consiguióse en parte, y en determinados períodos, aunque sólo en los intervalos en que florecían las libertades populares, pero sólo pudo alcanzarse, de una manera completa y satisfactoria, por lo tocante á aquella parte de literatura que es más hija del pensamiento que del corazón. No fueron, en efecto, tan felices los esfuerzos que se hicieron para el renacimiento de la poesía.

Hubo el de Ausias March, primero, que llegó á lo que llegan pocos: á fundar escuela; el de Pedro Serafi, después, con otros varios; el de Vicente Garcia, por fin; pero todo fué inútil: la poesía iba marchando visiblemente en decadencia. Y, ¿por qué? Porque, exceptuando á Ausias March y á algunos de su escuela, que parecieron heredar el espíritu de los trovadores, los demás se apartaron del camino, de la huella, de la doctrina. Cantaban el amor, pero no era ya aquel amor-virtud de los trovadores, sino un amor convencional y artificioso; cantaban la fe, pero ya no era la fe del corazón, sino la del fanatismo; y dejaban de cantar la patria, fuente, esencia, espíritu y simbolo de todo amor y de toda fe. Eran unos poetas incompletos. Les faltaba el espíritu de los trovadores, su libre pensamiento, su libre criterio, su misma salvaje independencia, su individualismo; y la poesía, después de esfuerzos impotentes, después de empujes atrevidos, que, si alguna vez pasaban el límite, tropezaban con la inquisición, pronta á parales, volvía á caer en su marasmo, en su indiferencia, en sus lugares comunes, arrastrándose haraposa y miserable, sin ideal y sin pensamiento.

Así hubo de ser, hasta que despertó la libertad á comienzos de este siglo. Con la aurora de la libertad vino la del renacimiento lemosino. Entonces fué cuando, sin darse cuenta tal vez de lo que hacían, sin conciencia quizá del acto, obedeciendo á un sentimiento hasta entonces desconocido, inspirados quizá por el espíritu de los trovadores que vagaba errante por los espacios, comenzaron á resonar en distintos puntos y en nativa lengua, voces aisladas y exparcidas, en unas la emigración

como la de Puig Blanch; otras en el fondo de una cárcel, como la del anónimo de Menorca, otras en los campos de Castilla, donde el amor de la lengua y de la patria ausentes, inspiraban á Aribau estos tiernísimos versos destinados á no morir nunca:

*En llemosi soná lo meu primer vagit
cuant del mugró matern la dolsa llet bebia,
en llemosi al Senyor pregava cada dia;
y cántichs llemosins somiava cada nit.*

Poco á poco, paso á paso, empujada por los sucesos, fué despertando la poesía lemosina, hasta llegar al punto en que hoy se la encuentra, floreciente y rica, gloria de naturales y asombro de extraños.

Efectivamente, próspera y en el apogeo de su esplendor y de su belleza se halla esta literatura, con sus líricos que han sobrepasado á los antiguos y de los cuales se hacen ya colecciones, que sin extrañeza se pueden llamar *el libro de oro*; con sus prosistas que no han de rehuir la comparación con Montaner y Desclot; con su teatro que ni en calidad ni en número debe temer la competencia; con sus historiadores, sus filósofos, sus sabios, sus literatos en todos los géneros y en todos los campos: pero, por lo mismo que esta literatura ha llegado á su cima, yo he de decirlo, yo he de decir la verdad, ¿qué nos queda á los viejos si no decimos la verdad? Por lo mismo, repito, que esta literatura ha llegado á su cima, corre el peligro que se corre en las alturas, el de la caída estrepitosa, precipitante, mortal.

A la altura á que ha llegado la literatura lemosina, no cabe ya mas que un medio. No puede volver atrás; ya no hay camino para la vuelta. No puede permanecer estacionaria, el vértigo la arrojaría al abismo. Solo un medio, solo un medio único le queda, el del vuelo.

O está perdida, ó tiene que lanzarse por los espacios rompiendo los viejos moldes, (es decir, aque los moldes que jamás fueron conocidos de los trovadores), inspirándose en nuevas tendencias preocupándose de los ideales que han de guiarnos en el porvenir, abandonando la inocencia primitiva de sus recreos pueriles y de sus pasatiempos cándidos, emprendiendo como el águila el camino hacia las alturas donde brilla la luz. Esta literatura debe hacerse propagandista y estender, ensanchar sus horizontes, como cuenta el poeta que se ensanchaba Castilla ante el caballo del Cid:

*Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.*

La literatura lemosina puede ya abandonar sin miedo el limitado espacio en que hoy campea. Le son, empero, indispensables dos circunstancias especiales: alma y fondo, porque, no hay que olvidarse de esto, nuestra literatura necesita ser traducida y en la traducción perece lo que no tiene fondo. Y que debe ser traducida es indudable, si no quiere desaparecer y morir. Falta á la literatura lemosina lo que ha tenido la pintura catalana; un Fortuny. No basta que tenga en Valencia, en Cataluña y en Mallorca hombres ilustres y verdaderamente superiores. Le falta aun, ya lo tendrá, pero le falta todavía, un Fortuny que la haga española para luego hacerla europea, que le dé carta de naturalización en España primero, en todas partes después.

Fuerza es también que no abandone su carácter especial y su sello típico: la sobriedad de la frase y la síntesis del fondo, que tal es la índole de la literatura lemosina y lo que le impone carácter. Nuestra poesía no puede vivir solo, como otras, del consonante y de la música de la rima. Todo lo que sea olvidar esto, es confundirse con otras literaturas y perder su carácter. Ni la ampulosidad y el orientalismo son nuestro género, ni armonizan tampoco con nuestra lengua.

A más, la sobriedad y la síntesis, propias de nuestro pueblo lemosino y de nuestra raza, están hoy conformes con la época en que vivimos y el siglo que hemos alcanzado, porque es preciso desengañarse, y el que no lo vé está ciego. Acabó ya en la literatura la época de los pasatiempos inocentes, como ha terminado en política la época de los discretos parlamentarios, como terminó en la prensa la de los artículos doctrinales. Concluyó el reinado de la palabra, como han concluido todos aquellos reinados que se fundan en la pompa, la imposición ó la soberbia. A los antiguos kilométricos artículos de fondo han sucedido en la prensa los sueltos y los interlíneas. A las novelas interminables, á las poesías de exuberante lirismo, á las disertaciones indigestas, á las soñolientas crónicas, han sucedido en la prosa y en el verso, en la ciencia y en la historia, el folleto, el extracto, el resumen, la filosofía, la síntesis. A las arengas ciceronianas y á los aparatosos discursos, sustituirán en el Parlamento la acción, la declaración, el acto.

Nuestra época es esencialmente práctica y hay que amoldarse á ella. No en vano es la época en que el hombre es conducido por el fuego y la palabra por el rayo.

Es preciso también abandonar toda idea de exclusivismo siguiendo aquella antigua misión de los trovadores, nuestros padres y maestros. ¿Se encerraron ellos por ventura en su localidad? No. Hacían como el ave: al sentirse con alas abandonaban el nido y emprendían el vuelo. Iban de castillo en castillo, de corte en corte, de pueblo en pueblo, llevando á todas partes con sus inspira-

das canciones, con sus sentidas elejas y belicosos serventesios la idea del amor, segun ellos la entendian, fuente de todo lo bello y de todo lo bueno; la idea de la patria, segun ellos la espresaban, sentimiento de todo lo elevado y de todo lo caballeresco; la idea de la libertad, segun ellos la practicaban, horror á toda vejacion y á toda tiranía, ódio á todo vicio y á todo monopolio, amor á todo lo puro y á todo lo noble.

Propagandistas se hicieron de esta idea, y así fueron á Italia, á Francia, á Portugal, á Castilla, á la misma corte de los árabes, con objeto de levantar en todas partes el espíritu, sembrar en todas la semilla, y en todas despertar sentimientos de honor y de nobleza.

Pues bien, lo que ellos hacian con la declamacion y con el canto, hoy puede y debe hacerse con la prensa.

La literatura lemosina debe ser propagandista, como tué en su origen y en su cuna; remontar su vuelo, arrojándose suelta, independiente y libre á devorar distancias y á salvar espacios, propagando los ideales del siglo, como fue por todas partes á propagar los del suyo la lírica de los trovadores. La literatura que no tiene una mision, no tiene razon de ser. Lo que no va con el siglo va contra el siglo, y languidece, y cae, y muere.

Es necesario que esto haga la literatura lemosina si quiere ser conocida, si quiere ser creadora, si no quiere morir oscura y abandonada en sus soledades, buena sólo y útil para honesto pasatiempo de la familia y del vecindario. Y más debe hacer aún. Tiene que conservar su originalidad antigua, su fisonomía propia, acomodándose todo lo posible, segun las exigencias del siglo se lo permitan, al carácter y espíritu de los trovadores, porque esta es la manera mejor de reclamar un puesto entre las demás literaturas peninsulares, á las cuales no debe imitar ni asemejarse.

Como literatura peninsular, marchando de concierto con las demás literaturas peninsulares, tiene la lemosina una elevada mision que cumplir. Sola, aislada, exclusivista, se pierde y se suicida.

Aquella entre las literaturas peninsulares que mejor cumpla su mision, será la que más popular sea y más gloria alcance, y á esto debe aspirar principalmente la lemosina, sin olvidar nunca que es fecunda rama del tronco pátrio, y que de su savia se alimenta; sin olvidar nunca, nunca, nunca, que en el seno de nuestra madre España, en medio de nuestras discordias políticas y entre los hombres de todos los partidos, hay un lazo comun á todos: el amor de la patria española, la integridad de la patria española, el sentimiento y el interés de la patria española, y flotando sobre todo esto, un ideal supremo: la esperanza sublime de la patria ibérica, que este es el federalismo, el único federalismo que ha de predicar y propagar la literatura lemosina, el federalismo del amor, de la union, de la fraternidad, de la concordia, de la alteza y del engrandecimiento de la patria.

VÍCTOR BALAGUER.

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

AMBOISE.

Los cincuenta y seis kilómetros que separan á Tours de Blois, se recorren en el tren rápido con esa velocidad vertiginosa que convierte los viajes en algo parecido á las fantásticas creaciones que suele producir el sueño: los aspectos de la naturaleza cambian como las decoraciones de un teatro; las ciudades se descubren cerca ó lejos como las vemos en ciertas láminas grabadas en madera que adornan las obras geográficas de los siglos XVI y XVII, entre las que recuerdo las de Abraham Ortelio y las *Grandezas de España* de Medina; de este modo se nos presentó al lado del camino, aunque á cierta distancia, en una altura rodeada de bosques la pequeña ciudad de Amboise que, aunque cuenta poco más de cuatro mil habitantes es de grande interés para el viajero; fundada al amparo de una de las muchas fortalezas romanas en la orilla izquierda del Loire, adquirió su actual importancia por la residencia que allí hicieron varios reyes, especialmente Carlos VII, Carlos VIII y Luis XII, para lo cual construyeron el castillo que hoy enseorea la ciudad, dividiéndose desde lejos la gran torre que tiene cuarenta metros de altura; la capilla es una obra de filigrana de lo más bello del estilo ojival, y últimamente sirvió este castillo de prision al famoso Abd-el-Kader desde el año 1847 á 52; inmediato á su salida está el campamento que estableció allí César, como otros que aseguraron su rápida y brillante conquista de las Galias.

Amboise, desde el último tercio del siglo XV, fué teatro de muchos sucesos importantes de la historia de Francia, pues hasta fines del siguiente fué la Turena el país predilecto de los reyes de Francia. Allí reunió Luis XI el Parlamento despues del tratado de Perona; allí murió el desgraciado Carlos VII el 7 de Abril de 1498, y allí pasó su luna de miel su sucesor en el tálamo y en el trono Luis XII.

Pero el suceso más interesante para los españoles, de cuantos ocurrieron en Amboise, fué la breve residencia que allí hizo nuestro invictísimo emperador Carlos V. Véase cómo refiere el suceso Sandoval. (1)

«Antes tenia el emperador ordenado, de partir de España para Italia, y de allí pasar á Alemania, para por fuerza ó por amor, reducir la religion cristiana á su antiguo ser, que los hereges tenían estragada. Pero como supo el levantamiento

de Gante mudó parecer y tomó el camino para Flandes atreviéndose á pasar por medio de Francia, sin reparar en muchas cosas de consideracion, que muchos prudentemente le advertian de lo poco que se podia fiar en el francés, siendo las pasiones viejas y graves y la codicia de Milan la misma que siempre, y que aunque el Rey era gran Príncipe y digno de que se creyesen sus palabras, al fin era hombre y sujeto á errores humanos que son inconstantes y con la codicia falsos.

Aviales ofrecido muchas veces el Rey de Francia camino seguro por su tierra, y como viese que el emperador se recelaba, le ofreció en seguro los hijos ó las personas que él quisiese. De aquí toman ocasion los autores que escriben las cosas de Francia, para decir que el emperador prometió al Rey, porque le dexase pasar seguro por Francia, el título de Milán: mas la promesa era grande, y de cosa que tanto habia costado por otra tan pequeña y no forzosa, pues tenia el Emperador tantos caminos sin el de Francia para pasar en Flandes. Fueron los caalleros españoles con quien el Emperador se aconsejó de parecer, que de ninguna manera conuenia poner su persona á tanto riesgo, dando hartas razones. El Emperador, suspenso algun tanto considerava lo que se le decía, mas su gran ánimo le hizo determinar en yr por Francia sin esperar seguro, fiado solo en la fé y palabra que el rey le auia dado, con la cual dixo que pleytearia con el Rey cuando le faltase; que Dios es el dueño de los corazones de los Reyes, y los lleva dónde y cómo quiere: que la yda con suma brevedad á Gante era forzosa, en la cual yba el servicio de Dios y de su Iglesia, y era causa suya aquella para poner luego en execucion lo que por su divino juyzio estaua ordenado, si no era que quisiese, que con los flamencos que estaban para se perder, él tambien se perdisese, que fueron palabras bien dignas de César. Embió la reina María su hermana unos caalleros dándole el parabien de su venida.

Por relacion que dellos vue, digo que el Emperador estana tan puesto con Dios que cada dia tenia tres horas de oracion hincado de rodillas en su retrete, sin quitárselo el trabajo del camino: por ella le libró Dios de mil peligros, porque en el solo puso su confianza. Y dicen más, que fué esta costumbre santa de toda su vida, orando en todo lugar y ocasion en que se hallase dos horas de noche y dos muy de mañana, y acabada la oracion oya missa, y luego atendia los negocios del Reyno. Quedaron en el gobierno de Castilla el Cardenal Arzobispo de Toledo D. Juan Tabera y el Comendador mayor D. Francisco de los Couos. Al Cardenal dexo los mismos poderes que dexaua á la Emperatriz, y orden á todos los Consejos que le consultassen como á él mismo en todas las prouisiones y negocios de gracia y de justicia, y que le acompañasse y guardase su guarda Española, y que se pasase á vivir en el palacio Real con el Príncipe D. Felipe. Y por el mes de Noviembre de este año de 1539 tomó la posta vestido de luto, como viudo y con moderado acompañamiento embió delante á Granuela con cartas para el Rey auifandole de su camino. El rey estana en Compieng conualeciendo de una enfermedad que le tenia muy flaco. Luego el Rey embió á su hijo Carlos, Duque de Orleans, que llegase á S. Sebastian á recibir al Emperador y al Delfin con el Condestable Ana Rontmozanzi, que le esperasen en S. Juá de Lus para que los dos Príncipes le acompañasen, y el Rey, flaco y decaydo por su mal, caminó en seguimiento de sus hijos, que en todo era cumplido el Rey Francisco. Dizen que quando Carlos, Duque de Orleans, mozo brioso y gallardo topó con el Emperador, que fué dentro en Francia, dixo á voces: César, César, date por cautivo; y el Emperador, sin responderle, con los ojos alegres y risueños, le abraçó y acarició prosiguiendo su camino. En el cual se le hizo por donde pasaua solenes recibimientos con las demostraciones de fiestas y plazer que hizieran en Castilla.

En el mes de Enero del año 1540 llegó el Emperador á Castellerao, donde le esperauan el Rey y la Reyna Leonor, de los cuales fué recibido con grandísima pompa. De ay entraron en Amboise siendo ya noche, y avia en el castillo que está puesto en un collado, tantas luzes de hachas y teas, que parecia medio dia. Tiene esta fortaleza dos muy hermosas y fortísimas torres, en las cuales se hizo el aposento para el Emperador. En una de ellas, despues de recogido á dormir, vno, con malicia ó sin mirar lo que hazía, pegó fuego con una de aquellas hachas á un tapiz. Fuéron encendiendo los paños, y el humo era tanto, que el Emperador y otros de su seruicio se uvieron de ahogar. Mandó el Rey hazer pesquisa, y prendieron los que se hallaron culpados, y mandaualo el Rey ahorcar, más el Emperador rogó por ellos y fueron perdonados. Acompañaron los Reyes al Emperador hasta Amboise, Blois y Orleans. En esta ciudad se detuvieron algunos dias, y dizen que se trató de detener al Emperador, y que vno parecere que se hiziese, y que una señora, Madama de Estampes, que valia mucho con el Rey, era de parecer que le detuviesen hasta sacarle á Milan; pero que el Còdestable Montmoransi lo contradixo, pareciéndole que seria un hecho muy feo indigno del Rey de Francia.

Despues del incendio de Amboise comenzó el Emperador á dudar de la fé del Rey, y así procuraua valerse de la Duquesa de Estampes por la mano que tenia con el Rey de Francia, y esta Señora, con mucha gracia y discrecion, dava gusto al Emperador que estana triste, melancólico. Sucedió, pues, que una tarde, el Emperador estana á la lumbre, y la Duquesa con él, procurándole alegrar, porque la mujer era por extremo discreta y el Emperador gustana de oírle sus buenas razones. Tenia el Emperador en el dedo un rico anillo con un diamante de gran precio: sacóle del dedo, y trayéndole entre ellos (como suele hazer un hombre pensativo), cayósele de las manos: la Duquesa se baxó por él, y con la cortesía deuida, dáuale al Emperador. El Emperador, sonriéndose, dixole: Ese es vuestro, Duquesa, por que siempre fue costumbre de los Reyes y Emperadores que lo que se les cae de las manos no lo buelvan á ellas. Y como la Duquesa Elena, de vergüenza, dixese que ella no merecia joya tan preciosa, el Emperador mandó que la guardase en memoria de aquella jornada que él auia hecho por aquella tierra, y de lo que entre los dos se auia hablado en Orleans. La Duquesa, dando muchas gracias, prometió que siempre se acordaria de tan señalada merced, favor y honra, como de su Majestad auia recibido. Valió tanto el anillo, y la Duquesa de Estampes

quedó tan obligada con él, que, con lo mucho que ella podia con el Rey de Francia, alcanzó que no se tratase de detener al Emperador. Otros dizen que en un sarao dixo al Emperador esta Señora: Monsieur, mira que te quieren prender. Tábien el Condestable Montmoransi fué gran parte para lo mismo, y le costó (segun juicio de algunos) caro, como veremos más adelante.

Resuelto el Rey de Francia en hazer todo el buen hospedaje que pudiese al Emperador, adelantóse de Orleans para hazerle recibir solenissimamente en todos los lugares. De Orleans fué el Emperador á Fontenebad, donde auia el Rey edificado un insigne palacio y tenia en el mucha caça de fieras y de volatería; detúvose el Emperador aquí unos dias con los grandes que con el yvan, y de allí llegó á París. El recibimiento que el rey mandó hazer al Emperador en esta ciudad, fué tan grande que, es razon se diga, con alguna particularidad, porque en él quiso el Rey mostrar la grandeza de su ánimo, y Reyno, y buena voluntad. Dixose por cierto que al propio Rey, la primera vez que entró en París á se coronar no se auia hecho tal: solo faltó que el Emperador por su modestia no quiso entrar en caballo blanco. Salió la Clerencia en procesion media legua de la ciudad, y eran tantos que de solo Frayles auia seiscientos Franciscos, cuatrocientos Dominicos, trescientos Agustinos y otros de otras Religiones que eran estudiantes. Venian casi doscientas mil personas con doscientos arcabuceros acuallo vestidos de librea de la ciudad, trescientos archeros, doscientos vallerstos de la misma librea con recamos de plata: todos los oficiales comunes vestidos de escarlata; veynticuatro Regidores vestidos de morado con forros de varias pieles, cien mancebos ciudadanos de los más nobles, en muy hermosos cauallos vestidos de terciopelo con guarniciones de oro, todos de una manera con doce vanderas ricas de la ciudad. Luego doscientos y cincuenta oficiales de la corte acuallo con ropas largas. Detrás iua el Preoste de París acompañado de los abogados y del Còcejo y Procuradores del crimé. Luego venia el Parlamento con doce Virreyes en mulas y vestidos de grana. Los Presidentes con capuces de lo mismo aforrados en armiños, acompañados de los Consejos Eclesiástico y seglar. Los cuatro Generales de los confines de Francia: los Señores de la Cámara de los Quétas de Francia, con otra mucha nobleza y oficiales del Rey. Venian despues los oficiales de la Chancillería y sobre una acanea trayá el sello real ricamente aderezados de seda y oro y allí junto el gran Chanciller de Francia vestido como los del Parlamento.

Seguíase luego el Consejo Real con muchos arcabuceros y piqueros con dos Preostes del Consejo del Rey. Luego la guardia ordinaria de Suyzos con doscientos Gentiles hombres, y dos Capitanes y los Caalleros de la ordé del Rey soberuamente vestidos. Luego yvan el Duque de Alua, Monsieur de S. Pablo y Granuela. Despues de dos Cardenales Tornon y Borbon, cerca dellos yua el César en medio de los dos hijos del Rey, el uno vestido de tela de oro y el otro de plata. Detrás dellos otros seis Cardenales y el Duque de Vadoma, y el de Lorena y otros Señores, y quatrocientos archeros de la guarda del Rey con su librea.

El Rey estana á una ventana, y el Cardenal Farnesio y la Reina á otra; con ella Madama Margarita, hija del Rey con otras muchas Damas. Hizose una gran salua de artillería. Fué recibido á la puerta de S. Dionis debaxo del palio de brocado labrado de aguilas. Auia muchos arosos triunfales y tata gente, que dijo el Emperador que serian unas seiscientas mil personas. Fueron de esta manera hasta la Iglesia mayor y de allí á Palacio donde cenaron juntos los Reyes, y con ellos el Cardenal Farnesio y Margarita hija del Rey. El dia siguiente visitó el Emperador las santas reliquias de la capilla santa, donde oyó Misa. Vio la corona de espinas y un pedazo de la cruz con gran deuocion. Estuuo siete dias en París hauiendole las fiestas y regalos posibles sin querer el rey Christianísimo haer el oficio de Rey, por que todo lo dejó al Emperador para que hiziese como si fuera Rey de Francia. Fué notado ver tá solo y triste al Emperador porque no llenaua más que un sayo de paño negro y una caperuça de luto.

Pero mayor admiracion ponía ver juntos y en tanta concordia los dos émulos que tantos años y có tanta porfia y sangre derramada auian competido teniendo al mundo alterado y en valança y terminos de perderse. Espantanse unos de la confianza y seguridad con que el Emperador se auia metido por las puertas de su enemigo y otros encarecian la grandeza y animo leal y generoso del Rey Francisco que así guardaba su palabra aquí tanto deseaba destruir. Quedó la Christianidad llena de grandes esperanzas que se prometia (si bien puesto se helaron y perecieron) que de estas vistas auia de resultar una perpétua paz y quietud á la República: ya se prometian los hombres unos siglos dorados.

Los franceses tenian creído, que pues el Emperador con ánimo tan seguro se auia metido en su Reyno, que no dejaría de dar al Rey lo que tanto deseaba, que era el estado de Milá, siquiera en agradecimiento de la buena acogida que allí se le habia hecho.

Confirmauan sus esperanças con que ya sauián que auia enviado los dos Príncipes sus Embajadores á Venecia (como dice) para tratar con el Senado de una nueva liga contra el Turco. Despues de los siete dias que el Emperador estana en París lleuó el Condestable Montmoransi al Emperador á una casa de recreacion que tenia que se llamaua *Gentilli*, donde le hizo las fiestas posibles. No se trató de negocios en todo aquel camino, y si bien el condestable lo apuntó algunas veces, el Emperador lo desuío diciendo que no era aquel tiempo ni lugar acomodado hasta que él se viese en su propia tierra, y queria demás de esto que se hallase presente su hermano el Rey Don Hernando, y aun al Rey le pareció lo mismo. Fueron acompañando al Emperador, el rey hasta San Quintin y los hijos hasta Valencianes, donde entró á 21 de Henero de 1540. En Valencianes estuvieron algunos dias los hijos del Rey y el Condestable y otros grandes caalleros de Francia, á los cuales todos la Reina María regaló con grandísima ostentacion de su mucho valor y ánimo. No entró el Emperador en alguna ciudad de Francia donde no saliesen todos en la forma que salen á recibir á su Rey el Regimiento y Nobleza con palio y colgado por las calles los mejores paños que tenian y le daban las llaves y besaban la mano gastando francamente con él y con los que le acompañaban. En

(1) *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V. Max. Fortísimo Rey Católico de España y de las Indias etc. por el Maestro D. Fray Prudencio de Sandoval Cronista obispo de Pamplona.*—Pamplona. En casa de Bartolomé Paris.—1634.—Parte 2.º libro XXIII § XVI pag. 38.º

Valencianos se despidieron del Emperador los Príncipes de Francia.»

Tal es el relato fiel de esta expedición del Emperador Carlos V, no menos digna de admiración que otros actos de su gran magnanimidad, pues mucha se necesitaba para ponerse en manos de su rival, que á pesar del renombre de caballero (*gentil home*) que le dan los franceses, no lo fue cuando tan generosamente le otorgó la libertad el César, de quien fué prisionero en Pavía, pues apenas se vió en Francia rompió el tratado que ajustó con el Emperador, y en cuyo cumplimiento empeñó su palabra; por lo cual, sabido el caso por Carlos, estando en Sevilla, para celebrar su matrimonio con la que fué luego Emperatriz, dijo á los embajadores de Francisco *q' il l'avoit fait mechamment et villenement*, expresión de que tuvo origen el famoso desafío entre ambos monarcas.

Algunos años más adelante, y cuando la política de Felipe II alcanzó tanta influencia en la corte de Francia, tuvieron en Amboise lugar los sucesos á que he aludido al referir los ocurridos en Chenonceau en tiempo de Catalina de Médici. Estaba el reino en plena guerra civil, y para ponerse á cubierto de un golpe de mano la reina viuda y los Guisas llevaron al castillo de Amboise a Francisco II y á su esposa María Stuardo, sabiendo ya que La Renaudie, que era uno de los jefes de los hugonotes, tenía urdido un estenso complot para apoderarse de los reyes. Aunque advertido de que estaba descubierto, y quizá por esto, La Renaudie apresuraba la realización de sus planes, y se reunieron para ello muchos protestantes en el castillo de Noizay; pero la prisión del barón de Castelnaud, que era uno de los principales conjurados, y otras traiciones, hizo abortar aquella trama. Castelnaud y los principales fautores de ella fueron públicamente degollados; los demás, metidos en sacos, fueron arrojados al Loire y algunos ahogados, y aún se muestran en Amboise los lugares en que estuvieron expuestos los cadáveres de los que fueron víctimas de aquella catástrofe.

En tiempo de Enrique III Amboise sirvió de prisión, después del asesinato de los Guisas, al Arzobispo de Lyon, al Cardenal de Borbon, al Príncipe de Joinville, al Presidente de Neuilly y á los principales jefes de la liga, que como se sabe recibió entonces el último golpe. Con Enrique IV aunque convertido al catolicismo; porque según su opinión «Paris bien valía una misa» se restauró la política de tolerancia que se resumió en el famoso edicto de Nantes, perdiendo con ella los hugonotes en entusiasmo tanto como ganaron ellos y la Francia en tranquilidad, con lo que la preponderancia política del reino creció á costa de España; y así continuó en el reinado de Luis XIII mediante la hábil política de Richelieu cuyos resultados aprovechó luego Luis XIV, que con ser un monarca político y con pretensiones de guerrero abandonó al fin de sus días las tradiciones del Cardenal ministro de su padre y con la revocación del edicto de Nantes emprendió un camino deque ya tocó las tristes consecuencias en los últimos años de su reinado, contribuyendo así no menos que los desórdenes de la regencia y de Luis XV á la revolución, que como suele acontecer hizo víctima al más benéfico, al más virtuoso, pero al mismo tiempo al más incapaz de los monarcas de la dinastía de Borbon que empezó á reinar bajo tan brillantes auspicios con el egregio boarnés que supo consolidar la unidad de la Francia y poner á raya para gloria suya, y desdicha nuestra, el poder hasta entonces incontrastable de la gran monarquía española, tal como existía en los últimos años de Felipe II.

ANTONIO. M. FABIÉ.

LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN FRANCIA.

II

El proyecto de ley de Mr. Paul Bert, establece tres categorías de títulos obtenidos por exámenes públicos; el primero, el de la escuela de la infancia que recibe á los niños desde la edad de los cinco á los seis años, y de los dos sexos, en la que se enseña la instrucción moral, la lectura y la escritura de las palabras y de los números, ejercicios elementales de gimnasia y de canto.

Los institutores, institutrices y maestras de estas escuelas revestidas de su título no le obtienen definitivamente si no después de haberse preparado dos años en una escuela pública, porque el título no debe hacer constar solamente cierta instrucción, si no la aptitud para transmitirle á los discípulos; y deben obtener el título de primer grado elemental los institutores é institutrices, directores y adjuntos en las escuelas primarias, las institutrices, y los institutores adjuntos en las escuelas primarias superiores; pero los directores y directoras de estas últimas obtendrán el título superior. Unos y otros no pueden ascender á la clase superior, si no han permanecido cuatro años en la inferior. Las escuelas de la infancia, primarias y superiores de niñas, y las primarias mistas en cuanto al sexo, serán dirigidas por mujeres, y las respectivas de niños por hombres, pero en las primarias de niños pueden ser admitidas á enseñar con título de adjuntas las mujeres, bajo la condición de ser esposa, hermana, ó pariente en línea directa del Director de la escuela.

Todo municipio debe ser provisto de una escuela primaria, y al que contenga 500 habitantes al menos le corresponde poseer una para los niños y otra para las niñas, aunque el consejo departamental puede acceder á la petición del Director, para autorizar á un municipio de más de 500 habitantes á conservar una escuela mista en cuanto al sexo.

Y escuelas de igual índole serán creadas en todas partes donde el Consejo del departamento las juzgue necesarias y posibles, extendiendo su circunscripción sobre muchos municipios.

Así mismo se establecerá una escuela primaria superior para cada sexo en cada cantón, siendo dispensados de esta obligación los cantones donde

existan establecimientos de enseñanza secundaria para las niñas y colegios públicos ó liceos para los niños.

Las de la infancia son obligatorias en los municipios que cuenten 2.500 almas, excepto en aquellos en que la población esté muy diseminada, y en Argel es también obligatorio el establecimiento de escuelas de la infancia y primarias superiores en los municipios que consten de 1.500 habitantes europeos. Obtenido el certificado por exámen público del niño de doce años en la escuela primaria, pasa á la superior, en la que se desarrollan con más extensión las materias que ha aprendido, y que hemos indicado en el artículo anterior, que abraza la educación cívica, geografía, historia, en especial de la Francia, elementos de Economía política, de moral, de ciencias físicas, naturales, de dibujo, modelado, música, ejercicios militares, nociones de oficios, etc.

Como es obligatoria y gratuita y lega la enseñanza en las escuelas públicas, cada año el alcalde, de acuerdo con la comisión escolar del municipio anota en una lista todos los niños de seis á doce años, y advierte á sus padres, parientes ó patronos de quienes dependen, que declaren en qué escuela van á ser instruidos, y si no contestan, se les inscribe en la escuela pública quince días antes de la apertura, lo que se anuncia á los primeros segunda vez, y esta lista se remite también á los directores de las escuelas privadas y al inspector de la enseñanza.

Los que son instruidos en escuelas privadas, que pueden visitar los inspectores de la enseñanza, son luego examinados, así como los que reciben la instrucción paternal.

Los inspectores no tendrán el derecho de penetrar en el seno de la familia, para hacer preguntas á los niños, y examinar sus libros, pero se presentarán ante una comisión examinadora al fin del curso, y si se encuentra en dos años insuficiente la instrucción recibida, se exigirá á los padres ó tutores que los envíen á una escuela pública, ó privada, señalando la que han elegido. Los inspectores ejercerán su vigilancia en las escuelas privadas, y al fin de cada mes, los directores remitirán al alcalde la lista de los discípulos que han faltado tres días á la escuela, y se hará responsable de esta falta á los padres, si después de avisados por vez primera, incurren en los doce meses en la misma indolencia; sus nombres, profesión y estado, serán inscritos al frente de la alcaldía refiriendo el hecho que se les imputa. La vez primera de ser llamados por el alcalde ante la comisión escolar, se les leerá el texto de la ley y se les recordará su deber. Y si reinciden por tercera vez en igual abandono de sus deberes, el juez de paz, por demanda del alcalde ó inspector, les impondrá la pena de contravención á la ley, y á los niños se les designará de oficio la escuela pública á que deben asistir.

Los institutores reprendidos por el director del departamento ante el consejo del mismo, suspendidos de sus funciones, y separados con intervención del consejo, pueden apelar á la junta que en la capital del departamento presida el rector de la academia, formada de dos profesores de medicina y de derecho, y de dos delegados de los Liceos nombrados por el ministro de instrucción pública.

El sueldo de los institutores é institutrices varía desde 800 á 900 francos los que no tienen título definitivo y los directores de las escuelas de la infancia, y los titulares de cuarta clase de 1.000 á 1.200 francos, los de tercera de 1.300 á 1.500, los de segunda de 1.600 á 1.800 y los de primera de 2.000 á 2.200. Se aumenta en 300 francos el de los directores y directoras de la enseñanza superior y en 200 el que ha merecido este título. A los que son recompensados con una medalla de plata, se les concede una pensión de 100 francos.

En todas las escuelas se creará una de adultos que obtendrá una remuneración especial. Y ya que hemos llegado á tratar esta materia, recordamos en este momento que hace dos meses presidió el ministro de Instrucción pública, Mr. Ferry, la escuela filotécnica (de adultos) de París, en la distribución de premios, y cuenta hoy más de trescientos profesores al rededor de doscientos cincuenta y cinco cursos y doce mil discípulos voluntarios, que por la asociación del estudiante voluntario, que toma sobre sus vigilias el tiempo del estudio y del profesor voluntario que toma sobre su reposo el tiempo de la clase, dan el espectáculo diario de la fraternidad.

Escuelas normales de aprendizaje son las escuelas primarias de la vida práctica; la organización de su enseñanza técnica profesional para el obrero es una de las grandes creaciones de nuestra época y el rector Gread en Francia ha prestado inmensos servicios á la enseñanza popular.

Para hacerla participar en esta admirable caja de las escuelas primarias, que no funciona sino hace diez y ocho meses, y que ha creado más de cinco mil escuelas, el jefe de la Universidad, el ministro Ferry, hizo introducir en el proyecto de ley el artículo relativo á las asociaciones libres, formadas para desarrollar la enseñanza popular y gana cada año un conscripto letrado sobre ciento. El consejo superior ha modificado profundamente la enseñanza elemental de los colegios. Ha repartido la clásica en tres períodos, de manera que cada uno de éstos constituye una enseñanza completa, útil, eficaz; así el pasaje del estudio primario á la enseñanza secundaria puede ser accesible á los hijos de los obreros que un desarrollo intelectual

más eminente inicie en los estudios clásicos, que antes ha sido el santuario de las esferas elevadas y de la clase media. De esta manera se grabarán en su alma los principios en que descansa la unidad moral é intelectual de la Francia.

Cada departamento debe crear y sostener dos escuelas normales, cuya enseñanza contiene las materias que hacen obtener un título superior, desarrolladas teóricamente y prácticamente; una de institutores y otra de institutrices, cuyos directores y directoras son nombrados por el ministro y separados con el acuerdo del Consejo superior. En la escuela Normal de cada sexo se establecen cursos especiales cada año al menos destinados á formar los profesores de las escuelas normales, los inspectores é inspectoras de las escuelas primarias. A cada escuela normal se agregará una primaria y su curso será dirigido por los discípulos de la escuela Normal.

Como la enseñanza es gratuita en los tres órdenes de escuelas primarias y normales primarias, son obligatorios para el municipio el destinar un local para la escuela, habitación para el profesor, proveer de mobiliario escolar, de alumbrado y calefacción de las clases, y la misma obligación se impone el departamento en todo lo que se refiere al sosten de la escuela Normal, de la vivienda y sección del director departamental de la enseñanza. Los municipios contribuyen por leyes existentes, con 14 céntimos y 4 los departamentos al pago de los maestros, que se han de concentrar en un fondo común á cargo del Tesoro público que además con las subvenciones del Estado satisface el sueldo del personal y de la administración de las escuelas públicas; y tanto el municipio como el departamento pueden eximirse de esta imposición de los 14 y 4 céntimos respectivos, dando al Tesoro público por donaciones, legados ó sus recursos personales la suma equivalente.

El municipio puede crear una caja de escuela para recompensar á los discípulos asiduos y aplicados, socorrer á sus padres indigentes y organizar bibliotecas y museos, con fondos adquiridos por cotizaciones de los particulares, subvenciones del municipio, del departamento y del Estado, cuya administración, á cargo de la comisión escolar y el servicio de la caja por el perceptor serán gratuitos. Muchos municipios pueden reunirse para formar una caja de escuela solamente. Todo francés de edad de 21 años, tiene el derecho de abrir una escuela primaria de uno de los tres grados enunciados, bajo la condición de no pertenecer á ninguna asociación religiosa no autorizada, y de poseer un título de institutor del grado correspondiente al de la escuela que quiere fundar.

Los institutores adjuntos deben llenar las mismas condiciones salvo en las escuelas primarias superiores, para las cuales basta el título elemental así como la edad de 18 años para las de niños y 17 para las de niñas. Y los directores de estas escuelas privadas son libres completamente en la elección de los métodos y de los programas según los cuales quieran enseñar las materias que hemos indicado. El director y la directora deben tener 25 años para recibir discípulos internos y no puede haber escuelas privadas mixtas en cuanto al sexo, en los municipios donde exista para las niñas una escuela pública ó privada; y la primaria privada no puede recibir niños de seis años si existe en el municipio una escuela de la infancia pública. El institutor que quiere abrir una escuela privada, debe dirigir al alcalde y al Director departamental la petición acompañada de sus diplomas, el plano del local, si pertenece á una asociación, y la copia de sus estatutos. Pero el director del departamento puede oponerse á su apertura en interés de la higiene ó de las costumbres públicas, y el institutor puede apelar al Consejo departamental y al superior. El que la abre sin reunir estas cualidades y condiciones es condenado á una multa de 50 á 500 francos y su escuela cerrada.

Los directores departamentales nombrados por el ministro, deben poseer el diploma de inspector primario y el de licenciado en letras ó ciencias de las Facultades del Estado; el de inspector primario será dispensado á los profesores de ciencias, y de las Facultades en ejercicio durante cinco años y el de licenciado á los inspectores primarios en función durante diez años.

Los inspectores é inspectoras necesitan un título de institutor superior, ó el de bachiller, haber ejercido cinco años al menos en una escuela pública y sufrir un exámen especial sobre la práctica y la legislación de la enseñanza primaria; divididos en tres clases, su ascenso á la más elevada no se realiza, sino después de tres años de grado; nombrados, ascendidos, suspensos ó separados, inspeccionan dos veces por año una escuela pública ó privada, y una vez á lo menos por trimestre, cuando contiene discípulos internos. Los inspectores generales inspeccionan las escuelas normales de niños, y las inspectoras las de niñas.

Un Consejo de enseñanza primaria instituido en cada departamento se compone del director presidente, del director, y de la directora de la Escuela normal de institutores é institutrices, un consejero general nombrado por el Consejo, un miembro nombrado por los directores de las escuelas primarias y superiores públicas en cada distrito, un inspector, y una inspectora primaria designados en escrutinio secreto por los otros miembros del Consejo, el prefecto que tendrá el derecho de usar de la palabra cuantas veces

lo juzgue conveniente, y pueden asistir como consultores, los inspectores y las inspectoras generales. El Consejo departamental se reúne una vez al menos, de derecho, por trimestre y siempre que le convoque el director departamental por las necesidades del servicio. Vela este Consejo por la aplicación de los programas, métodos y reglamentos, y establece los relativos al régimen interior de los establecimientos de instrucción primaria. Da su opinión sobre las reformas que se deben introducir en la enseñanza, discute todos los años una relación general del director departamental, sobre las necesidades de las escuelas públicas, privadas y normales, y este informe y discusión son dirigidos al ministro de instrucción pública. En caso de empate de votos, prepondera el del presidente, y los miembros de este Consejo pueden inspeccionar todos los establecimientos de instrucción primaria públicos ó privados del departamento.

En cada cantón un Comité de enseñanza se reúne bajo la presidencia del consejero general, formado de un consejero por distrito, de un director y una directora de las escuelas primarias elegidos por todos los directores y directoras de los demás primarios de la infancia, de los delegados por todas las escuelas municipales del cantón, á razón de una por cada cinco municipios, y de los inspectores é inspectoras primarias con voz deliberativa. Este Consejo se reúne cada tres meses en uno de los municipios del cantón, y cada uno de sus miembros tiene el derecho de visitar las escuelas públicas y privadas del cantón, una vez al menos por trimestre, de dar su opinión sobre las escuelas públicas que deben ser abiertas, de los municipios que pueden reunirse para establecer una escuela, de designar las horas de las clases y el tiempo de las vacaciones, de todas las reformas que merecen ser realizadas, ya sobre las escuelas de adultos y mixtos en cuanto al sexo, y al fin del año dirigirá un informe al consejero departamental que señale todas las mejoras indispensables para el perfeccionamiento y extensión de la enseñanza.

El Consejo municipal nombra una comisión escolar igual lo más á la tercera parte de sus miembros, presidida por el Alcalde, y está encargada de velar el cumplimiento de todas las disposiciones relativas á la enseñanza, teniendo el derecho y el deber de visitar las escuelas del municipio y de atender á la conservación del material y de los edificios de la enseñanza. El municipio de París nombrará una comisión escolar de cinco miembros por distrito municipal.

El ministro de Instrucción pública hará conocer por un informe presentado á las Cámaras, en qué límites los recursos del personal y del material le han permitido organizar las escuelas primarias superiores y las de la infancia.

Disposiciones transitorias autorizan al director y Consejo departamental á que los hombres dirijan las escuelas públicas mixtas en cuanto al sexo, donde el personal femenino sea insuficiente. Las donaciones y legados hechos con la condición de que las escuelas sean dirigidas por las congregaciones, serán distribuidos á los municipios salvo indemnidad á los donadores y á sus herederos, tomando por base el valor de los objetos en el momento de la donación. Las escuelas primarias ó normales privadas perteneciendo á congregaciones no reconocidas serán cerradas inmediatamente ó despues de la promulgación de esta ley, y se les concede el término de un año para presentarse ante las comisiones de exámen y obtener los títulos exigidos, porque el privilegio de la carta de obediencia no se apoya en razones sólidas. Si los congregacionistas son capaces de sufrir el exámen, es justo que sigan el ejemplo de las jóvenes legas, y no puede sostenerse el privilegio de que no se sometán á la ley civil.

En 1876, sobre 16.821 directoras de escuelas congregacionistas públicas ó privadas, 3.628 solamente, ó sea 21 por 100, tenían el título. Sobre 5.847 directoras de asilos de las mismas congregaciones solo 218 poseían el certificado de aptitud. Existen en Francia 13.200 directoras de escuelas religiosas, 2.078 adjuntos legos; 5.700 institutores adjuntos de las congregaciones, 2.006 adjuntos legos, 13.283 adjuntos congregacionistas; en conjunto de 41.267 sin título.

Una de las más importantes modificaciones de esta ley estriba en suprimir la facultad acordada á los municipios de reemplazar la escuela pública, por una privada subvencionada. Hoy no hay más de esta categoría que 1.746 escuelas. Como el personal femenino puede hacer falta, conviene esperar que la creación de escuelas normales para las niñas, dé por todas partes sus frutos.

El ministro de Instrucción pública ha establecido una escuela normal superior de institutrices preparatorias á la enseñanza y á la dirección de las escuelas normales de niñas. El presupuesto del ministerio de Instrucción pública provee á los gastos de instalación de este establecimiento, al que la escuela normal del departamento se anexiona como escuela de aplicación de dicho establecimiento. El municipio de París ha hecho inmensos sacrificios á favor de la enseñanza; se reveló que carecía de locales, para dar instrucción gratuita á 70.000 niños que no la recibían y se consignaron 25 millones de francos. Concluidas las mejoras, la ciudad aumenta 35.000 locales para la de la infancia, ó sean 16.587 de niños, 13.910 de niñas 4.980 de párvulos en las salas de asilo, para cuyo aumento ha creado de nueva planta 31 escuelas de ni-

ños, 29 de niñas, 26 salas de asilo, y trasladado á locales mejores 14 de niños, 17 de niñas y 13 de asilos. Se han agrandado 32, 24, y 4 respectivamente.

Para la enseñanza superior, ha construido un soberbio edificio nuevo destinado á la escuela Turgot, verdadero modelo de colegios, otro para la de Colbert, ha creado la escuela Lavoisier, la de J. R. Say y la de aprendizaje. Con la diputación provincial ha contribuido á instalar la escuela normal de maestros en Anteville y la del Boulevard de Batignolles para maestras. La innovación más notable en el proyecto de ley que examinamos, es la igualdad de sueldo entre los institutores y las institutrices, motivada por la igualdad de los servicios prestados y por que la pretendida inferioridad de las necesidades de las mujeres es una preocupación de la rutina que no descansa en serio fundamento. El máximo de los sueldos, 2.200 francos, no se refiere á los institutores de la ciudad de París, que los posee superiores.

En resumen: en este sistema todo contribuyente, deducción hecha de los dones y legados especiales que representan un millón de francos para toda la Francia, pagará por el servicio directo de la instrucción primaria 18 céntimos, valor al principal de las cuatro contribuciones directas. Los municipios republicanos tienen á honor de imponerse los 14 céntimos, para establecer en sus escuelas un régimen de igualdad, y antes de diez años la gratitud absoluta será establecida por todas partes.

Los gastos municipales de la enseñanza se han elevado con relación al sueldo del personal á 68.500.000 francos: el Estado ha contribuido por 10.500.000 id. Es preciso encontrar 52 millones á causa del producto de las donaciones y legados, que han sido pagados; 15.500.000 por las rentas ordinarias de los municipios, 10.900.000 por los cuatro céntimos municipales, 6.800.000 por los cuatro céntimos departamentales, 4.400.000 por los céntimos de la gratitud, 18.800.000 por la retribución escolar. Esta se ha disminuido de muchos millones en 1879, pagados mitad por los municipios, mitad lo menos por el Estado.

Peró conservando siempre como cifra de gastos los 52 millones de francos, los 18 céntimos al principal de las cuatro contribuciones directas, representan á razón de 3.400.000 francos el céntimo, una suma de 61.000.000, es decir, una suma superior á la que era indispensable encontrar. El pueblo debe recibir de la escuela una educación cívica y moral, más necesaria y más vivamente sentida en una democracia.

EUSEBIO ASQUERINO.

EL LAZO INDISOLUBLE.

Es achaque general humano el que rechazamos todo lo que nos es impuesto; basta que se nos imponga el deber de amar, el deber de acariciar á una mujer, para que si con los labios, por hipocresía, ó por timidez, confesamos el amor y formulamos la caricia, rechace confesión y fórmula nuestro espíritu. Pues bien, una ley que mata el sentimiento no es buena, no es racional, debe borrarse de los Códigos; el amor, como todo y sobre todo, necesita, para su perfecto, para su natural desarrollo, vivir entre auras de libertad; así, solo así, el lazo conyugal será indisoluble; pero con la indisolubilidad de dos inteligencias que piensan al unísono y cada vez más alto; de dos almas que se perciben unidas por el arte, por el sentimiento, por la magia de la palabra, por la mancomunidad de las bellezas propias del alma que se comunican, ó que juntas admiran de otros artistas; por el conocimiento de algo superior, claro y concreto en las estrellas y en los espacios y por la unión, finalmente, dichosa, de sus cuerpos, en lo posible libres de toda impureza, y no por ser cuerpos, sino por ser moldes de aquellas inteligencias y de aquellas almas; el que ama, no besa una mano por su belleza, sino por ser mano del alma que adora; en otra mano más estatuaría, más suave, más blanca, no imprimiría sus labios con igual pasión; es preciso, de marido como de amante, gozar la forma por ser envoltura del espíritu, no por ser carne; ¿no queremos hacerlo así? ¿hemos de ser exclusivamente materialistas? pues continuemos, que no continuaremos, y si posible fuera que continuáramos, la humanidad perecería asfixiada por los miasmas de la prostitución.

—Por ese camino se vá á la destrucción de la familia.
—Muy al contrario, amiga mía; se vá á la creación de la familia. La sociedad dice hoy: ó mujer casada, religiosa y civilmente, ó prostituta; y marca con el hierro de la infamia la puerta de la mujer que vive dichosa con un hombre, si no es su marido, porque no puede serlo; con el mismo hierro con que señala los burdeles; yo estoy asombrado de que Vd. y Carlos se hayan dignado cruzar su palabra con mi Sofía; por eso me inspiran Vds. profundo afecto: sucede así, que la mujer que se une á un hombre fuera de la ceremonia religiosa, ó de la ley civil, ya se juzga lanzada en el camino de la perdición, y aquella vida la considera como un paréntesis dulce de su marcha desatentada, como un oasis del desierto, y formada de tal modo su conciencia, prostitución por prostitución, le seduce más la que más brilla; no admite otro progreso sino el progreso del lujo.

Pues bien; ábranse las puertas, por medio de la ruptura de los lazos imposibles, á la legalización de esas familias que en número asombroso viven hoy fuera del concierto social: dignifíquese algo á la mujer desde el momento que alejada del escándalo constituya con un hombre hogar doméstico; que más vale transigir con el mal dentro de estos límites y haciendo comprender á la mujer que ese hogar es el crisol donde la gota de agua se evapora y deja el fango que la enturbia, que no tolerar y reglamentar la prostitución pública, que debiera perseguirse con ensañamiento; y por este camino llegaremos á tener innumerables familias indisolubles por el

carño, y esa terrible y esa espantosa estadística de mujeres que llenas de juventud y de hermosura, con inteligencias susceptibles de luz y con almas capaces de amar, viven hoy ahorradas de la pública consideración, sin otro porvenir que el hospital y el cementerio, decrecerá considerablemente, y al cabo llegarán á cegarse las pestilentes lagunas del más in mundo de los vicios, y con el aumento de población y de prosperidad crecerá también el nivel moral de los pueblos.

El matrimonio, ¿no es por su propia virtualidad, no es esencialmente bueno? ¿A qué, pues, ponerle la condicional de ser forzosa su existencia? ¿A qué esa indisolubilidad, prenda segura de infortunio, como he dicho antes, y que ni siquiera logra en la mayoría de los matrimonios descontentos la paz del sacrificio, pues el marido busca la barragana y la mujer el amante? ¿No sería mejor que, roto el lazo, surgieran, de una mala, tal vez dos excelentes familias, que nó la continuación de una familia infeliz, tronco de dos ramas ilegales?

—¿Y los hijos?
—Eso le pregunto yo á Vd., Amelia; ¿y los hijos? ¿Y los hijos de esas tres familias? ¿Los del tronco enfermo y los de las dos ramas podridas? ¿No son estos últimos hijos también? ¿Y en qué fuente beben su educación los primeros?

Advierto á Vd., que yo quiero que antes de romperse el lazo matrimonial, depuren las circunstancias del caso todos los tribunales; desde el juzgado municipal hasta el Supremo, y que queden perfectamente garantidos la educación, el sustento y el porvenir de los hijos.

—Me asusta Vd., amigo mío.
—Pues no hay razón para ello. La ruptura del lazo matrimonial es ley del Estado en muchas naciones más adelantadas que la nuestra, como Inglaterra, Austria, Alemania, Dinamarca, los Estados Unidos, etc.

Sumemos, pues, los matrimonios mártires, esos esclavos de lo que consideran su deber y que viven en era espantosa soledad de dos en compañía de que habla Campoamor; los matrimonios imposibles por los múltiples casos que están dentro de la órbita de la medicina legal; los malavenidos, pero que moran bajo el mismo techo dando á los hijos legítimos funesta enseñanza, con un amante la mujer, con una querida el marido, con otros hijos cada uno, frutos de sus adulterios, y siendo ella y él elementos disolventes de otras familias; los que viv en separados por mútuo convenio, campando cada cual por su respeto; las mujeres que medrosas y sin confianza en la defensa que pueda prestarles la ley, soportan que sus maridos las maltraten, y dilapiden sus fortunas, y las obliguen, quizá puñal en mano, á que les firmen tales ó cuales poderes haciendo, en pago, ante sus ojos, en las horas que les deja libres la ruleta, fastuosa ostentación de sus barraganas; los matrimonios divorciados; los pendientes de divorcio; los amantes que viven juntos, fuera ellas del concierto social, buscando en vano las infelices, la amistad, la tolerancia siquiera, de gentes que son de juro más dañosas á la moral, y dígame Vd. Amelia, sino es ya tiempo, en vista de tan aterradora estadística matrimonial, de poner enérgico remedio á una gangrena que va minando los cimientos sociales, y que lleva ya su obra demoleadora con un adelanto que asusta. Esto no es nuevo; yo no hago más que repetir la protesta seria y festiva, que contra el lazo indisoluble, viene formulando la humanidad desde Cristo, que admitía su ruptura, por motivo de adulterio, pasando por Napoleón que la consignó en su Código, y siguiendo por las naciones, que, como expresé antes, lo tienen promulgado como ley.

Quevedo dijo:

*Antes para mi entierro venga el cura
que para desposarme.*

Cervantes cuenta en su bellísima novela ejemplar *El Licenciado Vidriera*, que preguntando á éste, uno, qué consejo ó consuelo daría á un amigo suyo que estaba muy triste por que su mujer se le había ido con otro, le respondió:

—Díle que dé gracias á Dios por haber permitido le llaven de casa á su enemigo.

—Luego ¿no irá á buscarla? —dijo el otro.

—Ni por pienso,—replicó Vidriera, porque sería el hallarla hallar un peripeto y verdadero testigo de su deshonra. Ridiculiza el matrimonio Balzac; Voltaire, afirma que el divorcio se inventó ocho días despues del casamiento, y hombres de ciencia eminentes é innumerables literatos insignes modernos han mojado las plumas en la tinta de la sátira para condenar las condiciones actuales é insostenibles del matrimonio en España.

—La principal cuna de la prostitución,—replicó Amelia,—es la ignorancia y la falta de medios honrados de subsistir que la sociedad ofrece á la mujer.

—Están de tal modo enlazadas todas las cuestiones sociales, que no bien se ahonda un poco en cualquiera de ellas se tropieza con las demás. Indudablemente, las mejores condiciones de educación y de trabajo para la mujer disminuirían la estadística de la prostitución, lo cual sería un beneficio inmenso; pero por sí solo no crearía matrimonios más felices mientras subsistiera el lazo indisoluble, que por olvido no dije antes que entrañaba además el absurdo de poner el honor del hombre en la caprichosa voluntad de la mujer, dando así origen á cruentas catástrofes. La fórmula de la dicha matrimonial, dada la libertad en el contrato, la ofrece Víctor Hugo en su novela *Noventa y tres*, diciendo: «Modelar una estatua y darle la vida es bello; pero modelar una inteligencia y darle la verdad es más bello todavía». El hombre que, enamorado de una mujer, se consagrara á ser el Pigmalion de su inteligencia y de su alma quedaría indisolublemente unido á ella y sería eternamente idólatra de su obra, y aquella inteligencia y aquel espíritu por él modelados, quedarían también unidos á los suyos por lazos indisolubles, por los lazos de la luz y del sentimiento, y como la luz y el sentimiento tienen condiciones de progreso se reapretarían esos lazos más cada vez: esto es matemático; esto es indiscutible y aún materialmente considerados como vasos contenedores de aquellas inteligencias y de aquellas almas se juntarían también con el mayor arrobamiento, y cuando el fuego de la pasión material se enfriara en ellos en el invierno de la vida, siempre vivirían venturosos; siempre cambiarían sus palabras con ternura; siempre cada uno vería en la forma del otro un objeto de su adoración. Claro es que para modelar se necesita ser escultor, y tanto más bella será la estatua cuanto

sea mayor el genio del artista que maneje el cincel y el martillo, y mejor el material sobre que trabaje. ¿Quién duda que la educación de los pueblos concluirá con todas las ignorancias, con todos los egoísmos, con todos los desórdenes, y por tanto que mejorará la condición de la familia por la ciencia y por el arte? Pero es posible, sin embargo, hacer hoy más de lo que se hace. Pues qué, ¿Carlos no podía haber realizado algo de esto con Vd. como yo he procurado hacerlo con mi Sofía, de cuya educación á la de Vd. hay tan grande distancia?

—Con un marido como Carlos, la vida es insostenible. Parece que yo no debería expresarme así; pero si Vd. lo sabe, ¿por qué se lo he de ocultar hipócritamente, máxime cuando hallo en sus palabras consuelo y esperanza? Y cuenta, que al decir un marido como Carlos, no me refiero á su conducta, que, en homenaje á la verdad dicho sea, no tiene tacha; no le conozco vicio alguno; ni en las comidas bebe vino; tiene aversión al juego; si ha puesto los ojos en otra mujer, con tal misterio lo ha hecho, que ni yo he podido vislumbrar nada que me haga concebir de ello la más leve sospecha, ni los vientos de la maledicencia me han traído jamás el rumor de que me sea infiel; nada falta en mi casa de cuanto necesitamos para vivir bien, si modestamente, y sin embargo, soy desgraciada, muy desgraciada; tanto, que no concibo poder serlo más.

—Su casa de Vd. es un magnífico panteón de dos almas; y como antes dije á Vd., el propio mal corroe las entrañas de una gran parte de los matrimonios: no es preciso examinarlos uno por uno para saberlo; de bastantes se sabe; pero, en general, la vida de la familia es el reflejo de la vida del pueblo, y la vida del pueblo es el reflejo de la vida de la nación.

—La mayor parte del día estoy sola; durante ese tiempo, mi marido se ocupa de sus múltiples negocios, de política, de compras, de ventas y de otras cosas de que yo no entiendo; y yo de los asuntos domésticos, en los que, como usted comprenderá, no intervienen gran cosa la ciencia ni el arte. Cuando está en casa, tiene, por punto general, que leer ó que escribir; agregue Vd. á las dichas las horas de tocar y de dormir y dígame cuantas quedan para que nos veamos, para que hablemos; son pocas, muy pocas; bastantes días ninguna y los que tal sucede, Dios me perdone, ya no me pesa.

Las veces que hablamos no podemos hacerlo de política, ni de negocios; de nada de eso entiendo yo; ni de cocina, ni de ropa limpia, ni de labores de aguja; de nada de esto entiendo él; de modo que si no es de algún suceso extraordinario que nos refieran las visitas, ó los criados, ó las gacetas de los periódicos, ó sobre el estreno de una obra, ó el debut de un artista, ó murmurando de ajenas vidas y esto los días contados en que por causas que siempre omite está de regular humor, no tenemos encuentro de conversación posible, y así nuestras relaciones están reducidas á una serie de pequeños incidentes, no muy amenos, que forman un todo bastante desagradable. Su carácter ha variado completamente; era dulce y es áspero, más áspero cada día, al menos en casa, pues las gentes dicen que fuera de ella es alegre, y decididor y chancero: así era en los tiempos que me pretendía, y en las primeras lunas conyugales; pero poco á poco se fué despojando de todas esas habilidades, de igual modo que de los amorosos extremos: me desvío por que la comida no tenga pero y jamás lo consigo; siempre halla un por qué para gruñir; la mesa de cualquier bodegón le parece superior á la nuestra y el olvido de cualquier pormenor por él prevenido, la pérdida de una llave, que no le abran pronto la puerta, un cuello más ó menos almidonado, el agua que no está bien caliente, la pérdida de un periódico, la rotura de un objeto, la necesidad de comprar tal ó cual cosa, el ruido de una puerta, la falta de un criado, cualquier insignificancia, la más menuda contrariedad, es margen de un monólogo tempestuoso, con exhalaciones de malos modos, ó de un diálogo severo, acre, que se parece mucho á la antipatía y que puede ser germen del odio. No hay entre nosotros nunca dulces y carinosas expansiones, pues en los momentos que podía mejor haberlas, en esas horas de la noche, las más felices para los que se aman en las horas que preceden al sueño, en el retiro de la alcoba, siempre halla un pretexto para no hablar: ó le duele la cabeza, ó el estómago, ó está cansado, ó tiene que levantarse muy temprano y... Vd. comprenderá, amigo mío, que así la vida de la mujer no es vida, sino muerte, y la disyuntiva de muerte ó deshonra, la más negra de las injusticias.

—¡Oh, y Vd. es feliz, sin embargo! En ese cuadro falta algo de suegra, algo de que á la mujer le duela que su marido haga mangas y capirotes de sus intereses, ó siquiera que los maneje; algo de vicios, algo de mala educación, algo de desaseo, algo de enfermedades, algo de celos, algo de manceba, algo de amante, algo de miseria; haga Vd. combinaciones binarias, ternarias etc., de todo esto, y se pueden escribir unos infernos del matrimonio con más y más terroríficos cuadros que los del inmortal poeta florentino.

—Yo encuentro, amigo mío, un gran fondo de verdad en todo cuanto Vd. dice, pero de ello deduzco que mi mal no tiene remedio, y mi alma no puede vivir más tiempo atrofiada; necesita sentir, necesita amar, y el amor no se impone; yo no puedo imponerme el deber de amar á mi marido; es imposible; la estatua no brota espontáneamente de la piedra, sino por virtud del cincel, que separando las capas que le estorban, que educando el mármol, digámoslo así, descubre los perfiles y las formas. Cuando, como Vd. ha dicho antes, el encuentro de dos miradas señala el primer punto de simpatía entre un hombre y una mujer, cada uno de ellos labra cariño en el alma del otro; se buscan, se extasían mirándose, hablan con los ojos, y así el cariño toma vuelo; pero también, cesando las causas, pueden cesar los efectos; las plantas mueren cuando se las olvida; todo necesita un sol que lo fecunde. El amor que Carlos me profesaba, fué absorbido por el lecho nupcial; el mío á él, borrado por su indiferencia, y mi alma, repito, necesita amar; yo creo que no puedo diciendo esto; el amor es el más puro de los sentimientos; ¿por qué he de avergonzarme de decir que necesito amar? Y si otro hombre cultiva mi espíritu, si otro hombre pone sus halagos frente á frente del desprecio de Carlos, yo no respondo de mí, lo digo con la conciencia serena; que no puede existir ley divina ni humana que preceptúe la esclavitud del

alma; ¿es cierto, amigo mío? Contésteme Vd., déme algún consejo que me consuele, porque todo cuanto le digo, es fácil que suceda; puede haber empezado á suceder...

—No se exalte Vd., Amelia, y dígame: la mujer que se halla en la tristísima situación de Vd., y no hay de ellas pocas, se encamina por uno de estos senderos: si no tiene hijos, y es la finura de su alma escasa, y con ligero esfuerzo puede cumplir lo que juzga su deber de no amar á otro, aunque no ame á su marido, se hace egoísta, maldiciente y se lanza á toda vela por las aguas del más grosero fanatismo religioso: si, á pesar suyo, por estar su alma dispuesta á sentir, otro hombre despierta en su pecho una pasión amorosa, ó comete la felonía de engañar al marido, dándole hijos pegadizos y engendrando ejemplos deplorables y conflictos más ó menos graves, ó bien conociendo lo imposible de su ventura conyugal, pero sin ser capaz de falacia, concierta con su esposo una separación amistosa, ó promueve la oficial, y, lejos de él, entrega su corazón á nuevo dueño, sujeta al estigma de la sociedad: si tiene hijos, acaso basten á satisfacer la necesidad de su alma las manifestaciones del sentimiento en las mil y mil formas que revisten los inmensos amores maternos; pero aún así puede no ser dichosa, porque la necesidad de amar para crear es ingénita en el alma, y no excluye á este amor el amor materno, antes bien lo aviva; y si, por último, se echa en brazos de un amante, entonces produce la más honda de las perturbaciones, y al decir esto, tenga Vd. en cuenta que igual criminalidad, ante la moral y por los resultados, hallo en la falta de la mujer que en la falta del hombre, cuando unidos se villipendian, y tan fatales, —quizá más,—las de la del hombre,—aprecio las consecuencias de una y otra estafa conyugal. Usted examine su alma, mida sus fuerzas, y si no acepta el martirio, elija con resolución y franqueza el camino más noble, pero nunca engañoso...

Aquí llegaba yo, cuando paró á la puerta de la casa una berlina.

—Ahí está... ese,—dijo Amelia interrumpiéndome visiblemente contrariada.

JOSÉ NAVARRETE.

EL ÚLTIMO REY DE LA DINASTÍA AUSTRIACA Y SU PRIMER MINISTERIO.

Aunque el desprestigio y la ruina de la dinastía de Hapsburg se consumaron en los días de Carlos II, no debe imputarse enteramente la culpa á aquel rey, por más que la historia y los políticos que asisten á toda decadencia, suelen, á veces con harta injusticia, achacar tales culpas á aquellos infelices en cuyas manos se rompen instituciones ó se pierden, causas sobre las cuales ha pronunciado sentencia de muerte el juicio de una sociedad.

Es forzoso, sin embargo, convenir en que la decadencia de la casa de Austria y de la monarquía española, era obra preparada durante los siglos XVI y XVII.

Los malos tiempos de Felipe III, repartidos entre las devociones estériles del rey y las inmoralidades devoradoras de sus validos, los dos Sandoval, y los malos tiempos de Felipe IV, repartidos entre los saraos y galanteos de la corte y los desaciertos y corrupciones de sus ministros, los dos duques de Olivares, produjeron fatalmente y como sucesión natural los malos tiempos de Carlos II, repartidos entre los errores político-económicos de los gobiernos y los conjuros eclesiásticos ejecutados en la persona del monarca.

El Gobierno de su madre había acabado con el decoro y la importancia de la nación. Si algo quedaba después del reinado de Felipe IV, eso poco había desaparecido entre las flaquezas de aquel Gobierno femenino. Y vergüenza en lo exterior, desventuras en el reino, desastres en la hacienda, impurezas en la administración, amaños en la política, intrigas en palacio, fueron los resultados únicos de aquella política y la obra de aquella reina manejada por frailes, favoritos y aventureros como Nithard y Valenzuela.

Peró también es verdad que Carlos II, pobre príncipe engañado por todos los políticos, y víctima de todos los errores, todas las supercherías y todos los fanatismos de su época, no era, por su parte, el llamado á restaurar el prestigio de una dinastía ya caída y moribunda, ni la grandeza de un Estado en descomposición.

La naturaleza no le había dotado de grandes ventajas espirituales ni físicas. Un cuerpo seco, enfermizo y mal conformado, un rostro sin gracia y sin nobleza, encerraban un alma sin pensamiento ni voluntad. A su complexión corporal, débil hasta la impotencia, correspondía una complexión moral defectuosa hasta la imbecilidad. Asentábanse en la una dolencias crónicas; en la otra no encontraban cabida sino las aberraciones y la superstición.

Todo en él anunciaba un sér de último orden colocado por burla de la suerte y misterio de la ley en la más alta gerarquía social, como demostración viviente de lo absurdo de las antiguas formas políticas.

Por otra parte la educación había completado antes que corregido aquellas faltas naturales. Su madre le había criado al calor asfixiante de sus faldas y en el mal ejemplo de sus corrupciones públicas y privadas. Irresoluto y asustadizo como colegial de convento, veía en cada negocio una dificultad insuperable, en cada acto un peligro para su conciencia católica, en cada sueño de su cabeza calenturienta una legión infernal.

«Crecido,—decía de él con razón Luis XIV,—entre melindrosas delicadezas de mujeres, doctrinado de un maestro que en las escuelas y los tribunales había estudiado sólo cues-

tiones cavilosas, ¿cómo podía en tal fragua forjarse aquella vigorosa fuerza de espíritu que pide, para ser bien sostenido, el peso de la gobernación?»

Así se vé cómo llenan su vida por un lado las influencias femeninas, porque se hermanaban con su carácter y educación, y por otro lado las influencias clericales que se conformaban con sus supersticiones.

La mano de la reina madre se deja ver en todos los sucesos de entonces. Ella salvó más de una vez al ministerio de Valenzuela, que, heredero de la política del padre Everardo, representaba las camarillas palaciegas, y ella impidió cuanto pudo el advenimiento del partido reformista simbolizado á la sazón en la persona de D. Juan de Austria.

En vano el rey, siguiendo después los consejos del Gobierno de Austria y llevado del clamor universal de la opinión pública, consintió en apartar de la corte durante algún tiempo á la reina madre. La egregia desterrada volvió á Madrid lisonjeada y recibida por los mismos que la desterraron, y con la nueva fuerza y auréola que le prestaba el triunfo alcanzado sobre la oposición y sobre los odios nacionales. Verdad es que el primer Ministerio del joven monarca había hecho muy poco para atraerse la benevolencia del país y mucho para rehabilitar á los ministros pasados; de tal suerte, que el Gobierno de la reina con sus camarillas, sus frailes y sus favoritos, llegó á parecer ménos malo todavía que el Gobierno del ex-popular Ministro de aquella rebelión que se consideraba como salvadora de altos intereses y de conveniencias nacionales.

Más soberbio que prudente y más presuntuoso que sabio, desvanecido en las alturas del poder y mareado por el humo de las adulaciones de sus devotos que le presentaban como el hombre necesario y el único capaz de recomponer la máquina de aquel Estado en disolución, D. Juan llegó á tenerse por una gloria eminente de la política, irremplazable en el gobierno y árbitro de la suerte del reino y de los partidos.

Peró su proceder no reveló la existencia de aquellas dotes que su vanidad igualaba á las de Cisneros y Richelieu, ni de aquella superioridad que le destinaba en sus sueños de ambición nada ménos que á la herencia del trono de España.

Ni una reforma de importancia, ni una medida que sacara al país de su abatimiento, á la administración de su inmoralidad, á la hacienda de sus rutinas y sus apuros, á la política de su inercia, al hombre nacional de su descrédito, nada, en fin, debió España al primer Ministerio y al decantado ministro de Carlos II.

Fallidas las esperanzas y vanas las pomposas ofertas de su programa, el ministro se aplicó solamente á resolver negocios pueriles, fórmulas de etiqueta y cuestiones de procedimiento que no valían ciertamente la pena de un cambio de gobierno, el riesgo del golpe de fuerza que lo trajo y el mal ejemplo de la rebelión que lo produjo.

Sólo para una cosa guardó su actividad aquel Gobierno: para los oficios policíacos. Sólo en una cosa supo distinguirse de sus antecesores: en la saña con que persiguió á sus enemigos y murmuradores.

Los cortesanos fieles á la reina madre en sus desventuras, eran perseguidos ó postergados; maltratada la magistratura, que no se doblaba á su voluntad; desterrados los que se oponían á su política, y mientras crecían impunes las corrupciones en la administración, el estrago en las costumbres y el bandolerismo en los campos, no hallaban piedad en él los desahogos inocentes que por entonces se permitía la opinión, y eran presos ó deportados los que, como el marqués de Agrópoli y el doctor Lopez, osaban atacar á la inviolable persona del mandarin en sátiras y papeles que eran el primer balbuceo de la voz pública que hoy habla potente en la prensa periódica. Y es que la soberbia de las medianías encumbradas pretende neciamente que otros sufran sus errores, pero no sabe sufrir por su parte que se los señale la crítica agena.

Esta total falta de habilidad de D. Juan, le enagenó bien pronto el apoyo de los mismos elementos que le habían levantado.

La aristocracia fué la primera en abandonar su parcialidad antes protegida con tanto ardor, que hasta las damas habían firmado con D. Juan el pacto revolucionario hecho en Madrid por la nobleza española.

Mirábase el clero con malos ojos, porque veía en él un enemigo del jesuitismo desde que D. Juan, con sus terribles cartas y sus abortos de Cataluña y Aragón, produjo el destierro del padre Everardo.

Quejábbase la diplomacia de la ceremoniosa altivez con que la recibía en el Ministerio.

«El pueblo por su parte,—dice un historiador moderno,—veía que ni se rebajaban los impuestos, ni el precio de los mantenimientos disminuía, ni la hacienda iba mejor administrada, ni la justicia se restablecía, ni experimentaba ninguno de aquellos bienes que del nuevo ministerio se había prometido, y que, por el contrario, iban las cosas en igual ó mayor desorden que antes, y, ocupado sólo en desterrar á los que tenía por desafectos, atento sólo á su interés y más cuidadoso de entretener con pasatiempos y bagatelas al joven soberano que de instruirle y guiarle en el arte de reinar, por esta vez la mudanza de señor nada le había aprovechado; y como el pueblo pasa fácilmente, cuando se vé burlado, del extremo del entusiasmo al del aborrecimiento, hubiera sido de temer alguna sublevación.»

Harto falaz en el cumplimiento de sus promesas para ser querido de los hombres de buena fé; muy fanático para los despreocupados y muy despreocupado para los fanáticos; muy popular para la aristocracia y muy aristócrata para los populares; demagogo por su origen y déspota por su conducta, aquel Gobierno no supo atraerse á sus enemigos ni conservar sus amigos, y cayó bajo el odio de unos y otros. Suerte forzosa de esos sistemas multicolores y de esas políticas ambíguas y negativas que queriendo satisfacer á todos, á todos descontentan.

Tal fué el carácter de Carlos II, tales las influencias que le rodearon, tal su primer Ministerio y también primera causa del desprestigio que, haciéndola objeto de la bafa de propios y extraños, llevó á la dinastía austriaca á su ruina y á su definitiva desaparición del trono de las Españas.

EUGENIO SELLES.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

COMO SE JUZGABA EN LOS PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII.

En una colección, la más completa que hasta ahora he visto, de documentos referentes al capitán Pedro Fernandez de Quirós, colección que posee el librero de esta capital D. Santiago Perez Junquera, y que estaría mejor, sin duda, y para provecho común en una biblioteca pública, se encuentra el manuscrito que motiva este trabajo. Ese precioso documento, que supongo inédito y sobre el cual presentaré luego mi juicio crítico, está encarpetaado con todos, ó con la mayor parte de los memoriales que Quirós imprimió en la corte, y con otros, escritos, literalmente hablando, por diferentes personas, y en un todo á usivos á sus viajes por las regiones australes; lleva once hojas, de las catorce en folio español que comprende el cuaderno, y dice así:

«El capitán Pedro Fernandez de Quirós: Este discurso ordené por haberse preguntado por muchas personas, si las gentes que descubrí habian de ser esclavos.

De Luca hacia Pistoya iba, caminando á buen paso, cuando alcanzado fui de un mozo negro, á quien dije:—¡Ah! mancozo, ¿adónde bueno es la venida? El me dijo:—Vine del Mundo Nuevo á Sevilla, á donde dejó á mi señor, de quien aprisa voy huyendo y buscando la libertad tan amable; porque el haber sido esclavo, ni le amo ni es bien que sea amado estado tan miserable.

Pregúntele:—¿Cómo va sin pasaporte en estas lejanas partes? Respondióme:—A mis aventuras vengo, y no he hallado ni hallo quien me pida cuenta estrecha ni larga; ni falta lo necesario, ni de noche buen albergue, ni siento pena, ni la temo, y ésta es para mí buena tierra, que las otras por donde hasta ahora he andado, sólo buenas para nada de lo que está bien á mí. Díjeme:—Parecerme ha cierto se volviese á su señor. Dijo á esto:—No, señor, que por señor sólo conozco, y quiero á aquel que lo es de todos, y el otro, que decía serlo con justicia mio, estese agora sin mí, como yo estaré sin él, ó si no, sírvame de esclavo los treinta y cincuenta años en cuanto yo le mandare á su pesar y repesar, y si dijere que no quiere, no quiero yo servir á él ni á otros; y alumbren todos con la razón natural los ciegos ojos, y verán la ley natural en todo igual para todos, y apéarse ha la fuerza que va subida á caballo, armada de todas armas bien ofensivas y venenosas, contra las cuales no quieren que valgan reparos, ni contra yerba, habiendo rodela de justicia y remedios corrales.

Su nombre le pregunté, y dijo ser Periquito. Yo le dije:—Mal contentadizo debes de ser. Y él á mí:—Antes de bueno me pierdo, y por lo que tengo de plática, no pienso ponerme á tiro de más oír á una señora que tuve, ni á otra, que en cualquiera ocasión, muy regañando, decía:—Vos, perro, ni habeis de alzar ojos del suelo, ni responder con voz alta, ni mostrar que vos tenéis voluntad, nacido para sermi esclavo. Y yo á ella, con voz muy baja le dije:—¿En qué Bartolo ó Baldo (1) lo hallásteis? porque en la ley evangélica no lo manda su autor, ni cabe en razón discreta. Y ella á mí, muy más airada, me dijo:—En que es usanza de éstos reinos y de los de España, y se permite en todos ellos como cosa ya aprobada. Yo le dije, á éstos encuentros sin álas:—También hay en muchos pueblos, con licencia, casas malas, y estancos públicos de naipes, y mesas francas de juego y jugadores de ventaja, y se usa ir al infierno por esto y semejantes, y no por eso es cosa buena.—Callad,—decía mi ama, ya con un leño en la mano dándole á su placer,—que aunque más aleguéis, no por eso excusareis cautiva la vida toda; y habeis de saber *don Negro*, que cuanto ganáredes, viviendo trabajando á la continua, es para mí, que para eso os compré por mi dinero. A esto dije:—No lo diéredes vos por mí; y es muy justo que entendais, que estimo en más mi libertad, que cuanto dinero se cuenta y que vuestra tema ruin y de todos los que siguen esta bandera.

A mi señora amargábanle verdades, como á otros muchos amargan, y por las que yo publicaba, con gran rabia, pateando, me decía:—¡Oh negro, perro, alárabe del África y criado siempre desnudo, que vos no sustentais honra, y yo por ella arrastro desde la seda al brocado y bordado. Y tenía razón doblada, que era así cuanto decía; y bien pudiera añadir, los afeites y los tocados, y los turbantes y volantes, y las medallas, sartales y gargantillas, y las cadenas de oro y perlas á vueltas de finos granates, y el cuando uno y otro vestido verde, amarillo y rojo y de otros colores, al propósito ó despropósito, que tal me parecía á mí un cuidado más guardado que precepto de la Iglesia romana.

Qué de veces decía yo, viendo cuanto me apuraba:—¿Qué cédula es la que tiene vuestra merced, ó qué sentencia sin remisión, en que Dios me condene á ser su perpétuo esclavo, ó á que le sustente yo con mi sudor sus vanidades, sus visitas y saraos, y lo demás que ella sabe y yo también?

¿Qué tiene que ver la libertad con que nací en Guinea con molinillos de Europa, torchados y rapacejos, mantos de soplillo ó de lustre, medias y ligas de seda, servillas de terciopelo morado, y en los chapines varillas de plata bruñida, y para librarse de ojos cargada de higas de azabache? que muchas encontraba en los míos cuando clamando decía:—¡Oh jueces! ¿qué moneda es esta que corre no conocida de mí? y bien, señores, ¿no ha de haber más justicia que pueda el que quisiere usar del absoluto poder, y medir con éste su gusto, y guiar á su provecho ó á su antojo las cosas que le parece, á costa de todo mi bien, y del de tantos, sin haber quien pida cuenta, haciendo aquellos castigos que merecen estos doblados delitos, estas fuerzas y agravios, y estos dolores de almas, viendo los cuerpos cautivos? Pregunto: ¿qué más derecho tiene esta señora á su libertad que yo á la mía? Por ventura, ¿no ha venido á su noticia que todos nacimos desnudos, sueltos y libres, y por Dios sentenciados á vivir de nuestro mismo trabajo? ¿ó no sabe que yo no sé, ni ménos consta, que ella fuese santificada en el vientre de su madre, como san Juan Bautista, que no por serlo tuvo á hombre por esclavo, ni se vistió más de un pellejo, cuyo pan siempre fueron hojas crudas, y la carne langostas ó cigarrones? ¿Es, á dicha, por más calidad lade la tierra su madre que la de mi madre la tierra? ¿ó bien sus huesos son de marfil, y su carne de oro ó plata, ó su sangre de alguna agua de ángeles? ¿ó cuando nació sacó en la mano escrito el título de *señora mia*, para que tanto se afirme que yo soy todo suyo y nada mio, ó por ventura es esto por diferir los colores, que solo es en las pellejas y todos unos los de las almas y de una misma nobleza, iguales en el derecho del cielo y tierra? Y pues que esta verdad lo es, que no se me puede negar, pregunten á Dios la causa por qué crió negro á mí y blanca á ella; que no por serlo es justo que se levante con mayor parte que deste mundo le cabe, y haya quien buena sela hace, sin yo saber en qué lo funda; y pregunto:—¿Qué parte es la que me cabe?—Responderán que la de esclavo: yo digo que no me cuadra, y que apelo para el tribunal de Dios.

—Aquí estoy, tan solo como se vé, en tierra agena, á donde vine no de grado, que por fuerza me trajeron, y fuerza es la que me hace asistir, servir y sufrir lo que sin ella no hiciera; y si todo cuanto alego no me descarga por negro, diré lo que sé de blancos. Mas callo, y digo de animales; pues hay de ellos elefantes, caballos y toros negros; cabras, carneros y galgos, y otros muchos que son negros, y no por serlo se da ventaja á otros blancos semejantes: en los peces hay cóngricos morenos y anguillas negras, los delfines y lampreas, y son mejores los tollos de manchas negras, y negras son las barbas de las ballenas: de las aves el tordo y la urraca hablan, y son negros, y la que más se empina es el águila, que tiene mucho de negro; negro es el faisán y el paugil, y la gallina que es negra se tiene por la mejor, y no por malo el cuervo y el gallinazo (2) por lo que limpian la tierra, y excusan al aire de corrupción: de las nubes, las negras riegan las tierras y las engrasan; de las tierras, las negras llanan las cubas y los silos; de los trigos es mejor el de las negras aristas, y negro, y bien negro es el carbon, que sazona bien los guisados: de las maderas, negra y la más fina es el ébano, y el corazón de guayacan con que se curan muchos males; de las contrayervas, el ámbar y la triaca son negras, y negra la uña de la gran bestia, que quita el mal de corazón (3); y de los casos de todos los animales los negros son los más récios; y son negras las sortijas de los búfalos, que valen contra desmayos: de las piedras, negras son las de los toques, á donde son conocidos los quilates del metal oro, y la plata de toda ley; y hay negros mármoles y jaspes, y la negra piedra iman es la de más beneficio á las gentes que todas las otras criadas, salvo á mí y á otros negros, pues con la aguja tocada en ella nos van á buscar á Guinea, y nos llevan por los mares á las partes que adelantan oireis; y no por negro se desprecia el azabache, ni el esmalte que es negro, ni el ámbar, almizcle, pimienta y clavo: de los metales, el hierro se cubre de velo negro, y muda color trabajando, que bastara para ejemplo á los que huyen del trabajo, y nos hacen trabajar, para que descansen ellos: de las gomas, la negra pez es la que acomoda en mar y tierra á muchas cosas bien necesarias en ellas: en las frutas hay guindas, cerezas, aceitunas, brevas, ciruelas y uvas negras, con moras de zarza y de árbol: negra es la pólvora, que defiende y asegura las gentes; es más honesto y honrado el negro vestido y calzado y con las plumas martinetes (4); de los ojos, los negros son los hermosos: de los cabellos, se aman los negros, que no los blancos, y muchos blancos se tiñen: la negra noche descansa los trabajos del día; y la tinta con que se escribe es negra, y bien negra la otra de la imprenta, que eterniza las cosas; y finalmente, de la dama más rubia y blanca, la sombra también es negra. Y negra fué la reina Saba que visitó á Salomón, y negra una sibila, y negro uno de los tres reyes que fueron á adorar á Jesucristo, y negro el valiente Panaseo, y negro Juan Latino y el que hizo milagros en la Florida, (5) y negros los beatos Buenaventura, Antonino Natali, Corras, y Mónaco, cuyas vidas en Sicilia son conocidas; y muchos buenos negros hubo; y es de negros más de un cuarto del mundo, y este mi negro color se me ha dado, sin darme á escoger en otros, y no por negro me falta querer ni gusto, sino que no me aprovecha, ni saber decir, en suma, que de casi todas las cosas criadas el color negro tiene parte, y que es de los dos el extremo en que no cabe mudanza, y que por esto, de ojo mis ojos y dientes y las uñas de piés y manos, no puedo, ni podré, ser blanco (6).

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará.)

NOTAS.

(1) BARTOLO y BALDO fueron dos famosísimos juriscónsultos del siglo XIV.

Bartolo nació en Sasso Ferrato, villa de la Umbria, hácia el año de 1313, y se le tuvo por hijo bastardo, aunque fué un error fundado en cierto pasaje mal interpretado de sus obras, pues su padre se llamó Francisco Bonnaccursi.

Aprendidas las primeras letras comenzó Bartolo el estudio del Derecho á los catorce años de edad; seis despues recibió el grado de doctor en la Universidad de Bolonia, la más famosa de aquel tiempo, y obtuvo luego una plaza de juez; pero la excesiva severidad que demostró en el ejercicio

de aquel cargo, le produjo tan general animadversión, que se vió obligado á abandonarlo á los veintiseis años para dedicarse exclusivamente á la enseñanza del Derecho. Al efecto abrió escuela en Pisa, donde lo enseñó once años; trasladóse luego á Perusa, y por la celebridad en uno y otro punto adquirida, obtuvo de los pisanos la honra de ser diputado cerca del emperador Carlos IV, para solicitar ciertas gracias, que el emperador, defiriendo á la reputación de Bartolo, concedió; accediendo además á otras solicitudes, distinguiéndole con particulares gracias, admitiéndole en el número de sus consejeros, colmándole de honores sólo á la nobleza destinados para limpiarle de aquella bastardía que se le imputaba, y redactando acaso para Bartolo la *Bula de oro*, que vino á ser la Carta ó Constitución fundamental de la antigua Germania.

Llegó Bartolo entre los jurisperitos á ser jefe de escuela, haciendo olvidar la de Acurse, como fué la suya á su vez condenada por las de Aleiato y Cujas; adquirió muy legítima y extendida reputación con sus lecciones públicas y por sus comentarios á las leyes romanas, explicando claramente lo que sus predecesores apenas habian mal glosado; y elevó á lo sumo su nombradía, manifestando lo levantado de sus ideas y la bizarría de su gusto, cuando para dar á conocer la marcha y el órden que debia guardarse en los procedimientos judiciales, imaginó un proceso entre la Virgen y el Diablo, en el que Jesús hacia de juez, que publicó con el título de *Processus Satanae contra Virginem coram iudice Jesu*, y fué impreso en el *Processus juris jocoserius*. (Hanan 1611—en 8.º). Consta en aquella peregrina invención, que las partes comparecieron en persona al juicio: el Diablo pedía que se colocara bajo su yugo el género humano, del cual decía ser el amo desde la caída de Adam; y para esto se apoyaba en las leyes que disponen, que todo aquel que sea despojado injustamente y disfrute la larga posesión de una cosa, sea en ella restablecido inmediatamente: la Virgen oponía, que no era sino un poseedor de mala fé, y que, por lo tanto, las leyes que citaba no le concernían.—Con argumentos de este género y con el mismo tono seguía el proceso, hasta agotar los infinitos recursos de la inventiva, y por fin, el género humano ó sea la Virgen, ganó el pleito, y, como era de suponer, no pudo el Diablo por esa vez, y dadas las condiciones de los tiempos, ponerse en posesión de aquél.

A pesar de sus defectos de carácter fué Bartolo uno de los hombres más extraordinarios de su época; algunos han llegado hasta querer concederle un génio inspirador como á Sócrates. La verdad es que tenía génio vivo y penetrante y juicio sólido y profundo. Era su amor al estudio inextinguible y su ardor infatigable y tal, que sin él no hubiera bastado su vida para ejecutar tantos trabajos literarios, pues murió en Perusa en 1356 á los cuarenta y cuatro ó cuarenta y seis años de edad, á pesar del severo régimen higiénico á que, por voluntad propia, se habia sometido; tan severo, que hacia pesar todos sus alimentos, por temor de llegar á ser ménos capaz de escribir ó de meditar si tomaba de ellos con exceso.

Bartolo, empero, tuvo muchos hijos, y aunque les dejó pocos medios de fortuna ocupó su familia en Perusa, durante largo tiempo, un rango muy distinguido.

Generalmente se conoció á este célebre juriscónsul con el nombre de *Bartolo*; y de este nombre procederá, acaso, la palabra del Diccionario de nuestra lengua que muchos consideran de origen desconocido.

BALDO.—Pedro Baldo de Ubaldis, juriscónsul no ménos célebre que Bartolo, nació, en Perusa, en 1334, fué hijo del reputado médico Francisco de Ubaldi, y manifestó precozmente sus aptitudes para el estudio del Derecho, que aprendió del famoso Bartolo, de quien pronto fué émulo y aventajado rival. Tuvo colegio en Perusa, y en él enseñó á Pedro de Beaufort que fué luego Papa, con el nombre de Gregorio XI; pasó despues á Pádua y á Pavia, en donde se encontró á Galeaso Visconti que buscaba profesores de nota para dar lustre á su Academia. La primera vez que trató éste al sábio, viéndole de presencia tan poco aventajada, díjole irónicamente: *Minuit presentia famam*, á lo cual Baldo respondió: *Augesit cetera virtus*. Y en efecto, su figura, poco escultural, haciale olvidar la grandiosidad de su talento, que le dió reputación tan justificada como merecida y superioridad marcadísima sobre sus émulos.

De estos tuvo no pocos; pero muy superiores á las rivalidades fueron las riquezas que alcanzó con sus consultas y decisiones legales, si bien más de una vez abundó en contradicciones y aún acomodó la interpretación de las leyes á circunstancias determinadas y á intereses personales.

Con todo, su celebridad fué mucha y aún más despues de su muerte ocurrida el día 28 de Abril del año 1400 á los sesenta y seis de edad; tuvo dos hermanos, sábios también en el Derecho, Pedro y Angel Ubaldi: (este murió el mismo día de 1423); dos hijos que adquirieron gran reputación en la misma carrera, y un nieto, llamado Zenobio, que fué obispo de Tifermo.

(2) Respecto del pájaro GALLINAZO ó AURA dije lo siguiente en la primera de las notas que puse á uno de los libros que tengo publicados: (1). «El AURA (*Cathartes aura*), llamada así en algunas Antillas y en ciertos puntos de América, como en la Guayana de donde procede este nombre á juicio del naturalista francés D'Orbigny, se conoce con el de SOPILOTE en México, JOTE en Chile y GALLINAZO (*Vultur aura*) en el Perú. Es ave carnívora, de negra y lustrosa pluma con visos verdes; tiene la cabeza desnuda y solo cubierta con una piel arrugada, por lo que la llaman en la isla de Cuba *Aura tinosa*; el pico enciniciento y enroscado en la punta, las patas rosadas ó pardas y las garras fuertes; pero no adquiere dichos colores desde que nace, sino por grados, pues cuando polluelo es totalmente blanco y no empieza á ennegrecer hasta algún tiempo despues de haber abandonado su nido, que entonces le aparece sobre la espalda la primera mancha negra, á modo de un lunar, que se vá extendiendo y dilatando por todo el cuerpo. El tamaño del AURA es el de una pequeña pava; la longitud, de una á otra punta de sus álas, de cuatro piés próximamente, y la hembra, á que dan el nombre de *Nonéca* en las provincias de Tierra-firme, es algo

(1) NOTICIAS HISTÓRICAS DE LA NUEVA ESPAÑA, publicadas con la protección del ministerio de Fomento por D. Justo Zaragoza.—Madrid, imprenta de Manuel G. Hernandez.—San Miguel, 23, bajo.—1878.—Tomo en 4.ª mayor de 392 páginas y XXIV de preliminares.

más pequeña, y su plumaje de color más claro que el del macho.

Alimentase el *Aura* de la carne muerta, de los reptiles que puede coger y de las inmundicias de las poblaciones, á las que presta un verdadero servicio como activo agente de la policía urbana; pero es animal tan estúpido y negligente, que lo llaman el *asno de los pájaros*, y así sule estarse inmóvil y mudo horas enteras en los árboles, las rocas ó los tejados de las casas, tomando el sol con las alas tendidas, y si se le espanta, huye chillando como una rata y arrojando á veces cuanto ha comido, con lo cual aumenta la fetidez que de ordinario exhala su cuerpo.

El CUERVO viene á ejercer en el Viejo Mundo las mismas funciones que el *Gallinazo* en el Nuevo, con la diferencia notable de no aproximarse tanto á las gentes como éste, sin duda por ser más terrible enemigo de los volátiles el hombre de nuestras civilizadas naciones que aquél admirador y adorador sincero de las grandezas de la creación.

(3) Entre los amuletos por la superstición, la simplicidad y la ignorancia inventados para curar ó preservar á las sencillas gentes de enfermedades, generalmente nerviosas, cuyo remedio propio desconocieron los antiguos y acaso no sepan de él mucho más los modernos, tóvose á la *negra uña de la gran bestia*, por eficaz específico para curar el mal de corazón. Llamóse la *gran bestia* al rumiante conocido hoy con el nombre de ALCE (*Cervus alces*) que es quien, entre los de su género, ostenta ornamento más monumental; y algunos nombraron así, y concedieron las mismas imaginarias virtudes á la hendidura de la DANTA ó ANTA de América, y á otros individuos del género *cervus*.

Esa preocupación, nacida acaso en el tiempo en que el CARNERO (*Aries*) adquirió tanta importancia, que hasta obtuvo un lugar distinguido entre los signos del Zodíaco, no fué solo coetánea de las más remotas edades y de aquel tiempo en que el preponderante Egipto comunicó á otros pueblos con su civilización y grandeza sus fanatismos y debilidades, sino que aun ayer, nuestro ilustre dramaturgo D. Agustín de Rojas Zorrilla, ó D. Lucas del Cigarral como se firmaba en su preciosa comedia titulada *Entre bobos anda el juego*, utilizó aquel recurso de la creencia popular.

En efecto; en la escena de la jornada segunda en que doña Alfonso, al saber que á D. Lucas se le encontró encerrado en una habitación, y sospechar que el secreto del encierro estuviese en los amores que presumía existir entre él y doña Isabel de Peralta, finje que le dá el mal de corazón, y al caer sobre un taburete exclama el gracioso:

CABELLERA. ¡Qué mal! ¡Pobre señoral!

Y añade el encerrado D. Lucas dirigiéndose á D. Pedro: DON LUCAS. ¿Veis, primo, lo que habeis hecho?

Tenedla esta mano vos, porque voy á mi aposento por la uña de la gran bestia.

Vase, y D. Pedro tomándola la mano, dice:

CABELLERA. Ponga su uña que es lo mismo.

Ignoro si en el día á la tal uña, y á las sortijas de los búfalos usadas contra desmayos se les reconocen aún virtudes por algun aficionado á lo tradicional de nuestra España; aunque el cambio de costumbres, y la invención de otros específicos más ó menos inverosímiles, puede muy bien hacer suponer que aquellos hayan sido relegados ya á los dominios de la leyenda.

(4) Con esta frase parece rendir Periquito culto á la civilización de sus dueños, aunque es más bien de despecho y harto epigramática; pues no de otra suerte se comprende la suposición de tener por más aceptable el color negro estampado por la industria en las telas y adornos, que aquel con que la naturaleza cubrió la superficie de los individuos de su raza.

(5) Cuenta Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, en sus naufragios y relación de la jornada que hizo á la Florida en 1527 con el adelantado Pánfilo de Narvaez, que deshecha aquella armada, así por desgraciadas circunstancias como por los desastrosos del jactancioso piloto Miruelo, sobrevivieron solamente á la serie de catástrofes que concurren á tan triste resultado, el comentarista del suceso, que iba con el cargo de tesoro y alguacil mayor de la expedición, ó sea Alvar Nuñez, natural de Jerez de la Frontera, hijo de doña Teresa Cabeza de Vaca y de Francisco de Vera, nieto de Pedro de Vera, el que ganó á Canarias; el salmantino Alonso Castillo Maldonado, hijo del doctor Castillo; Andrés Dorantes, y Estebanico, negro alárabe, natural de Azamor. Cuenta, además, que para librarse de la persecución de los indígenas de la isla de *Malhado*, del *Río de las Palmas* y de las naciones de *Apalache* y *Ante* y por huir de una muerte segura, al retirarse en 1536 á tierra de cristianos (y era la más cerca la de la Nueva Galicia, en la Nueva España ó México, distante de allí muchos cientos de leguas), decidieron dedicarse á la curación de enfermos, que verificaban con el sencillo procedimiento de soplarles la parte dolorida, santiguarles y recitar algun rezo; consiguiendo tan felices resultados que llegaron á creerse los naufragos en posesión de la divina gracia, favorecidos por Dios para salvar sus vidas.

Y cuenta, por fin, que tal llegó á ser en ocasiones el número de dolientes y tanta la necesidad de milagrar, que Dorantes y el negro, que en los principios no habian curado, «por la mucha importunidad que teníamos (dice Alvar), viéndonos de muchas partes á buscar, venimos todos á ser médicos, aunque en atrevimiento y osar acometer cualquier cura, era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano.»

No dice, empero, el comentarista, particularizando las habilidades del negro Estebanico, á quien Periquito alude, si fueron muchas sus curaciones, y cuántos muertos llegó á resucitar; ni dice tampoco si el que como cosa tan corriente hacia los más portentosos milagros era bozal ó ladino, porque á serlo, no resultaría sin duda de tanta gracia la que para hacerlos presumían poseer.

(6) Acaso el autor de este precioso diálogo, al poner en boca de Periquito tal afirmación, tendria presente lo que ocurrió en el Perú con el primer negro que desembarcó en aquella tierra. Refiere Herrera en sus *Décadas* (3.ª, pág. 284), que cuando Francisco Pizarro se dirigía á la conquista del imperio de los Incas, y al llegar á las costas de Tumbes en 1526, envió á tierra con obsequios para el cacique, á Alonso

de Molina y á un negro, que llamaron mucho la atención de los indios. «Pero todo era nada, dice, sino las maravillas que hacian los indígenas de ver al negro. No se cansaban de mirarle, hacíanle lavar, para ver si se le quitaba la tinta negra, y él lo hacia de buena gana, riéndose, y mostrando sus dientes blancos; y llegaban unos á verle, y luego otros, y eran tantos, que no le daban lugar para comer: miraban al castellano, cómo tenia barbas y era blanco: preguntábanle muchas cosas, mas no entendia ninguna. Fué bien servido de comida, y el negro andaba de unos á otros, como cosa nunca vista.»

EL CRISTO DE LA MISERICORDIA.

(TRADICION TOLEDANA.)

I

Hay en la historia de España una época de funesta recordación, anatematizada por las generaciones y marcada con anchos regueros de sangre en las crónicas de la Edad Media: el reinado de Enrique IV, aquel imbécil coronado que no retrocede ante ninguna baja y se hace declarar impotente, que sufre las humillaciones del simulacro de Avila, vendido por sus nobles y despreciado por sus pueblos, manchando con sus manos la corona al tratar de sujetarla en su cabeza.

Epoca es ésta de disturbios y disensiones. Un malestar general se deja sentir, y como en un cuerpo cuyo cerebro está desarreglado todas las funciones del organismo se trastornan, faltos de autoridad real á que someter sus diferencias luchan entre sí los señores divididos en bandos, que ensangrientan las ciudades con grave escándalo de la moral y en desacato de las leyes. Entonces es cuando naocen las rivalidades entre familias poderosas, rivalidades que sólo acaban con la destrucción de una de ellas; y el monarca y su monarquía, cuyo sostén ó derrocamiento sirven de pretexto á estas luchas diarias, corren vária fortuna, débil barquilla en medio de un mar alborotado, sacudida por las olas encontradas que se disputan sus despojos.

Este desasosiego que cunde en todas partes, este malestar que parece que vaga en los efúvios de la atmósfera formando parte de la luz que anima la mirada, y del aire que dá vida á los pulmones, se estiende tambien por Toledo y se apodera de todos los espíritus, que tal es el carácter de aquella época desastrosa, en que se mataban entre sí los señores y los pueblos de Castilla, olvidándose de que la parte más hermosa de la Península yacia aún en poder de los moros, merced solamente á la falta de union de los cristianos. Silvas y Ayalas venian disputándose de antiguo la influencia en la ciudad; y los primeros al frente de los conversos ó cristianos nuevos, y al frente de los cristianos viejos los segundos, buscaban diariamente pretextos para romper lanzas en honor de su odio, haciendo á los toledanos víctima de sus pasiones.

La ciudad, como es natural, andaba dividida en bandos tambien, y los vasallos de los Silvas y los vasallos de los Ayalas, se identificaban de tal suerte con las ideas de sus señores que puede decirse que sus odios eran más vivos, más encarnizados que los de aquellos. ¡Siempre sucede así! El pueblo, como dócil rebaño, toma parte activa en luchas en que solo se ventilan intereses que deberían ser indiferentes para él, y prodiga su sangre generosa para que otros, que no sus hijos, se aprovechen de los campos que este rocío fertiliza.

Hubo, sin embargo, un momento de trégua entre las dos familias rivales; momento de trégua en que contaron sus pérdidas y pasaron revista á las fuerzas de que aun podian disponer; pero con las pretensiones del infante D. Alfonso á la corona de Castilla, reaviváronse los odios no extinguidos, y nuevamente y con más fuerza empezaron los disturbios en la turbulenta Toledo, tomando unos partido por el infante y alzándose otros para defender la monarquía legítima, por más que anatematizasen la torpeza del monarca.

Y la sangre corria á torrentes por las calles; la autoridad de Enrique IV era desconocida por los rebeldes, y no muy bien mirada por los que se preciaban de leales, y no se daban reposo los contendientes, á quienes ningun respeto detenía. El cuerpo de algunos partidarios de los Silvas ondeaba en las almenas del alcázar, y la sangre de los secuaces de Ayala, vertida en el mismo recinto de la catedral, humeaba al pié de los altares y subia en rojo vapor como pidiendo á Dios justicia contra los hombres.

La noche del día 24 de Julio de 1467 parecia haber tendido sus nieblas en el aire para dar algun descanso á los espíritus rendidos por las luchas encarnizadas sostenidas desde las primeras horas de la mañana. Las cercanías á la catedral estaban ocupadas por el pueblo amotinado; la lucha habia quedado indecisa, y rebeldes y leales dormían sobre el lugar de la acción sin retroceder un paso, esperando el nuevo día para proseguir el empeñado combate. Vibraba aún en el aire el eco agudo de las campanas tocando á rebato para llamar al pueblo á la lucha; los combatientes recogían sus heridos y retiraban sus muertos para dejar espeditas las calles que, pocas horas despues, debian servirles nuevamente de campo de batalla. El silencio era grande, y solo de cuando en cuando venia á turbarle el ¡ay! de algun moribundo, abandonado en un callejon desierto, y la voz de alerta que, partiendo del alcázar ocupado por D. Pedro Lopez de Ayala, alcaide de la ciudad, era repetida por los hombres de armas de guarnición en San Servando, y caminaba llevado por el viento de un extremo á otro de la población, pasando por los lábios de los centinelas que ocupaban las calles céntricas en poder de los rebeldes.

Todo era soledad y silencio en el barrio de San Justo. Alejado del centro de la población, no habia llegado allí más que el rumor confuso de la lucha, amedrentando á los habitantes que en ella no habian tomado parte, y llevando á las familias de los que combatian nubes de presentimientos. Desde que este ruido cesó, todo eran conjeturas; retirados á la pieza más escondida de las casas, lamentaban los ancianos los disturbios presentes causados por bastardas ambiciones de unos cuantos magnates poderosos, en tanto que las mujeres esperaban con ansia la vuelta de un esposo ó de un hermano arrullando á los niños, quizá huérfanos á aquella hora, para llamar el sueño sobre su cabeza.

Nadie transitaba por la calle. La oscuridad era profunda, y los escasos farolillos que ardían pálidamente, encendidos por mano devota ante alguna imagen incrustada en las pa-

redes ó las esquinas, solo servian para hacer más palpables las tinieblas.

Hacia mucho tiempo que las campanas de la nueva iglesia de San Justo, reedificada en el reinado de Don Sancho IV por el noble D. Gonzalo Ruiz de Toledo, habian dejado oír el toque de ánimas, que sonó en medio de los horrores de aquella noche como una sorda plegaria elevada al cielo por las almas sobrecoigidas de las familias toledanas. Aquel tañido melancólico, estendiéndose en ondas sonoras por el espacio, impresionaba tristemente al espíritu, y puede asegurarse que cuando los religiosos habitadores del barrio se arrodillaron para rezar sus oraciones, todos los ojos estaban llenos de lágrimas. Y es que muchos de aquellos séres pensaban que sus plegarias podrian alcanzar ya á alguna persona querida.

La oscuridad que reinaba en Toledo era mayor, si cabe, en un revuelto callejon, situado á espaldas de la iglesia, en el cual se alzaba una gran casa, propiedad entónces de un anciano que en ella vivia con su hija Isabel, hermosa jóven de diez y siete años, cuyo corazón empezaba á abrirse á los halagos del amor. No habia allí luz alguna que dispase las tinieblas, ni el más ligero ruido turbaba el silencio. Y, sin embargo, un oído ejercitado hubiese podido escuchar de cuando en cuando un ligero suspiro exhalado entre sollozos reprimidos.

Pasaban las horas; cerrábase más y más el cielo surcado de negras nubes. Seguian los suspiros y los sollozos, como significando que allí un alma torturada por el dolor aguardaba á algun sér amado. Pero nadie venia, y la pobre Isabel, cansada de esperar, murmuraba entre quejidos y oraciones el nombre de su amante, á quien no habia visto desde la noche anterior.

—¿Habrá muerto?—decia.—Parece que el combate ha sido largo, y aseguran que ha corrido la sangre en abundancia. Ya es hora de que estuviera aquí. ¿Por qué no viene? ¿Puede estar tranquilo sin pensar en mi impaciencia?... ¡Ah! —repetia tras una breve pausa—¿por qué soy mujer? ¿Por qué no puedo correr á su lado y estar junto á él mientras dure el peligro, para cojerle entre mis brazos si por desgracia llegase á caer herido, ó hacerle un lecho en ellos si á traicion me lo arrebatara la muerte?...—

Y aterrada por tales pensamientos ocultaba la cabeza entre sus manos.

—Herido... muerto... ¿qué ideas tengo esta noche! Es que la oscuridad ejerce en mi ánimo extraña influencia. Este silencio, esta soledad que me son tan queridos otras veces, me espantan hoy y me dan miedo. Parece que oigo en derredor voces que me anuncian una desgracia. Y luego, esta tardanza... hoy precisamente... Dios mio, madre bendita del Sagrario, protégeme contra sus enemigos. Es bueno, defiende vuestra causa... y yo le amo.—

Y como si esta fuese la razon suprema, y no encontrase otra más fuerte en su corazón, bajó la cabeza y se puso á rezar silenciosamente.

Porque Isabel amaba á Diego con todas las fuerzas de su alma, Diego era el primer hombre que habia hecho latir su corazón, el primero que habia desplegado las galas de un mundo desconocido hasta entónces para ella, el mundo del amor, colocado como sobre una nube y suspendido entre la tierra y el cielo; precioso jardín tapizado de rosas que se entreabrían para recibir en su seno las primeras miradas de la luz, y rodeado de una atmósfera en que suenan como besos que chocan en el viento los cantos de los pájaros, y en el cual mezclan las flores sus capullos, y los arbustos sus troncos, y las ramas sus hojas, y su curso las fuentes y los arroyos, y el espacio sus nubes, y sus colores el iris, y en que todo cuanto tiene una voz, una nota, un suspiro, modula la dulce palabra que parece eco perdido del himno de la naturaleza á Dios.

Y Diego, por su parte, olvidando el orgullo natural de los Ayalas, á cuya familia pertenecia, amaba tambien mucho á aquella pobre niña, hija de un viejo hidalgo que no tenia el lustre de las riquezas para cubrir lo oscuro de su apellido. La amaba, y con esa ciega confianza de la juventud, más y más aumentada por el amor, abandonábase sin tratar de poner freno á sus deseos á aquella pasión que juzgó elemento necesario para su existencia. Y todos los días, á las primeras horas de la noche, acudia siempre rendido, siempre enamorado á recibir los juramentos de su amada en aquella reja de entrelazados hierros, abierta en una calle retirada y oscura donde nadie escuchaba sus palabras, ni venia á interrumpir sus amorosas conversaciones.

Aquella noche ya habia pasado la hora acostumbrada, y muchas despues de ella, y Diego no venia, causando gran inquietud esta tardanza en el ánimo de Isabel que no ignoraba que su amante, con sus nobles parientes, habia tomado una parte muy activa al frente del pueblo defendiendo la catedral contra los partidarios de los Silvas. Nada más sabia, nada más le habian dicho, y la pobre niña, aterrada, veia pasar ante sus ojos fantasmas sangrientos en medio de las sombras de la noche. Si Diego no podia venir, ¿cómo no mandaba para tranquilizarla al viejo escudero confidente de sus amores?

En vano se decia á sí misma que quizá estuviese cercado y le fuera imposible romper el cerco para llegar hasta ella; que tal vez hubiese sido uno de los que, al primer síntoma de ataque, partieron á escape á los pueblos cercanos en busca de socorro á la causa legítima; tenia sobrada confianza en el valor de Diego, y no podia, por lo tanto, acoger la idea de que se resignase voluntariamente á dejarla de ver aquella noche.

En esto, un rumor, como de pasos que se acercaban cuidadosamente, llegó hasta ella, y su corazón empezó á latir á compás de aquellos pasos, en los cuales creyó reconocer á su amante. Era imposible que el deseo la engañase; libre de heridas, libre de los peligros del día, en vez de entregarse al descanso que de seguro necesitaba, venia por sí mismo á tranquilizar á Isabel, que ya desesperaba de verle, y que presa de mortal angustia, comprendia por los que pasaba los más duros suplicios del infierno. Y fué tal su alegría, tal su emoción, tal su gratitud á aquel Dios tan poderoso, á aquella vírgen tan buena que habian oido sus súplicas y velado por su amante, que trémula de gozo y agradecimiento llamó á sus lábios oraciones más puras.

Pero, de repente, levantó la cabeza, y el gozo que espere-

saba su semblante, desapareció como desaparece en el espacio la claridad de la luna cuando pasa una nube por el cielo. El rumor que se oía no procedía de la calle, sino del jardín. Alguien andaba en la casa acercándose á aquel aposento, tomando grandes precauciones para hacer menor el eco de sus pasos. Oíanse voces confusas que murmuraban bajo, muy bajo, palabras secas y entrecortadas, que caían, como gotas de plomo derretido, sobre el corazón de Isabel, que no sabía qué partido tomar.

¿Eran ciertos sus temores, ó eran sólo una ilusión producida por los vapores del miedo que, pensando en lo que podía haber sucedido á su amante, invadían su cerebro? En aquella casa en que vivía con su padre, una dueña que la había visto nacer y un viejo criado, antiguo escudero del hidalgo, no había nada que, á su juicio, pudiera despertar la avaricia de nadie. Eran pobres, se mantenían alejados de la vida de la ciudad y las luchas que la agitaban, y no tenían enemigos.

Pero, si era verdad lo que temía, si había gente dentro de la casa, gente que entró saltando las tapias del jardín que daba á una oscura calleja sin salida, ¿qué debía hacer ella? ¿Gritar? ¿Pedir socorro? ¿Despertar á su padre enfermo, á su viejo servidor dormido, y tratar de hacer llegar su voz angustiada á las casas inmediatas? En semejante día de trastornos, ¿quién osaría salir á la calle sin pensar en el número de sus enemigos, que tal vez pudieran ser de los rebeldes y tener simpatías en el barrio?

Tales eran los pensamientos de la pobre niña, que no sabía qué partido tomar. El ruido continuaba dejándose oír cada vez más próximo, ora debilitado, ora más fuerte, pero siempre apagado, sordo, como pisadas de ladrones. Por fin, el pavor sobrecojió su espíritu, y se levantó decidida á gritar, á pedir auxilio con todas las fuerzas de su alma; pero en el mismo instante en que se dirigía á la puerta, giró ésta sobre sus goznes, empujada violentamente desde fuera; unos hombres empujados, á cuyo frente iba otro de semblante repulivo, que había arrojado al suelo la careta, se precipitaron sobre ella, y antes de que pudiera hacer un movimiento ni exhalar una queja, una mano oprimió su boca impidiéndola gritar, y tomándola otro de los raptores en sus brazos, se dirigieron nuevamente al jardín, cuya puerta estaba entornada, y se perdieron en el confuso dédalo de las calles próximas.

El barrio seguía triste y silencioso. Sólo la voz de alerta de los centinelas se dejaba oír con períodos regulares, interrumpiendo con un grito prolongado la calma misteriosa de la noche.

II

Casi al mismo tiempo que esta escena tenía lugar en una de las calles situadas á la espalda de la antigua casa de los Pantoja, iglesia de San Juan de la Penitencia desde principios del siglo XVI, un hombre de esbelto talle y aire marcial, subía apresuradamente por la calle de la Tripería en dirección á aquellos mismos sitios. Sólo, sin que escudero ninguno le siguiese para protegerle contra un ataque que en semejante noche nada tendría de extraño, ni paje que le alumbrase para evitarle un tropezón, caminaba meditabundo y pensativo, como si los afanes del día hubieran dejado huella profunda en su semblante. Aquel hombre era Diego, el amante favorecido de Isabel, el hombre con tanta ansia aguardado por la doncella, á quien ya no encontraría en su sitio de costumbre, porque la traición se la había arrebatado. Durante el día, combatiendo con su noble familia al frente de los hombres de armas, por defender, en unión de los cristianos viejos, los fueros santos de la catedral contra los partidarios de los Silvas, le fué imposible abandonar ni un sólo instante el lugar de cuya defensa estaba encargado; pero después que pasaron las primeras horas de la noche, después que el sueño empezó á batir sus alas sobre los párpados de los rendidos combatientes, había logrado sustraerse á sus atenciones, y venía á la elegida de su corazón. Y se adelantaba con lentitud, porque la oscuridad no le permitía adelantarse tan rápidamente como su alma hubiera deseado. No sentía ya la fatiga ni el cansancio; su brazo, harto de matar conversos, que innumerables veces se había levantado, sosteniendo la cortante tizona para caer por un brusco movimiento sobre la cabeza de un enemigo, volvía á hallar su agilidad acostumbrada. Era el mismo Diego de siempre, sin las fatigas de la lucha, joven, atrevido, dispuesto á todo, arrojando mil y mil peligros al separarse de su gente para recorrer una parte alejada de Toledo sólo por hallar las palmas de amor á los ojos de Isabel.

—¡Fobrecilla!— murmuraba.— ¡Cuánto habrá llorado! Es tarde y me habrá juzgado herido, muerto tal vez... Pero la alegría de verme sano y salvo ahuyentará los dolores de la ausencia y las penas de la incertidumbre.

Pasó por la plazuela de San Justo, débilmente iluminada por un tosco farolillo que ardía con luz escasa á los pies de la imagen del Cristo de la Misericordia, ante la cual se descubrió, y atravesando un tortuoso callejón se dirigía al en que se alzaba la casa de Isabel, cuando allí, en el fondo, moviéndose como una gran masa en medio de la oscuridad, vió un grupo confuso que se aproximaba aceleradamente: detúvose enseguida, y extraña idea, atravesando su cerebro, vino á oprimir su corazón, pero la rechazó enseguida. Sin embargo, por una precaución que el estado de la ciudad explicaba sobradamente, echó mano á la empuñadura de su espada y se rebujó en la sombra, para tratar de reconocer lo que significaba aquel grupo formado á tales horas en sitio tan solitario.

El grupo, en tanto, se acercaba, y conforme llegaba hasta Diego, creía este oír sollozos comprimidos y suspiros ahogados. Sin saber por qué, aquellos débiles ayes impresionaron al joven, porque resonaban en sus oídos como el eco de una voz querida. A medida que el rumor se hacía más distinto tomaba forma su sospecha, y sus ojos, acostumbrados ya á la oscuridad, creyeron distinguir en aquel grupo una forma confusa de mujer, llevada en brazos por un hombre. Entonces no se pudo contener. Vió que se trataba de un rapto, de un acto de violencia, y sus sentimientos honrados y virtuosos estallaron en un grito de suprema indignación, y dando un salto prodigioso se puso delante de aquellos hombres, con la espada desnuda, los ojos centelleantes y los dientes rechinando con furor.

—¡Cobardes!— exclamó,— soltad á esa mujer y proseguid vuestro camino, ó, ¡vive Dios! que trabareis conocimiento con la espada de un caballero.—

Dos gritos simultáneos respondieron á esta intimación: uno sordo y seco, prorumpiendo en una maldición que el eco aterrado, no se atrevió á repetir, y otro de alegría inmensa, de alegría indefinible, y la voz de Isabel, pura y argentina, murmuró:

—¡Diego!...
—¡Tú!...— exclamó éste, y lanzándose sobre su amada por un movimiento brusco que los raptores no pudieron prevenir se la arrebató al hombre que en sus brazos la sujetaba, dándole tan fuerte golpe en la cabeza con la empuñadura de su espada, que le hizo caer al suelo sin darle tiempo á pronunciar una sola palabra.

Pero sus enemigos no le dieron tiempo á alejarse. Repuestos de su primera sorpresa y excitados por la voz del que parecía su jefe y se ocultaba tras ellos, haciéndose una barrera con su cuerpo, los bandidos se dirigieron sobre el joven que apenas tuvo tiempo para hacerse algunos pasos atrás y apoyarse en la pared de la iglesia de San Justo, debajo de la imagen del Cristo, que parecía desde el viejo retable presidir la lucha desigual, como juez de los combatientes.

Diego lo sabía ya todo; al resplandor del farolillo del Cristo de la Misericordia, única luz que alumbraba la plaza, dando con su moribundo fulgor tinte fantástico á la escena, había reconocido las facciones del hombre que se ocultaba en la sombra, y enseguida comprendió lo que había pasado, porque D. Lope de Silva era su enemigo, amante desgraciado de Isabel, tan malvado como cobarde, traidor como la traición y astuto como la serpiente. Falto de valor para disputarle frente á frente el cariño de la mujer que había despertado en él sentimientos indefinibles y estraños, más de una vez había tendido á Diego, su rival afortunado, lazos y emboscadas de que éste había salido airoso merced á su valor y su destreza. Y no pudiendo vencer la fortaleza de Isabel ni la fortuna de su amante, sin duda había elegido aquella noche en que juzgó á éste harto ocupado, para vengarse de los dos, arrojando á los pies de él, como los rotos pedazos de su acero, el honor hecho girones de su amada.

Todo esto lo pensó Diego mientras, estrechando convulsivamente el cuerpo de Isabel, medio muerta de terror, y cubriéndola con su cuerpo, se defendía desesperadamente de los infames sicarios de D. Lope. Diez eran estos, y ya dos habían mordido el polvo. La espada del noble caballero, deslizando como una serpiente que se volvía y se revolvió, y ora se enroscaba, ora se dilataba en toda su longitud, buscaba el pecho de D. Lope para herirle; pero éste seguía manteniéndose á respetable distancia.

—Ven, D. Lope,— decía indignado el mancebo,— ven á cruzar tu acero con el mio. Dios nos vé y decidirá entre los dos.—

Y á cada golpe de su espada rodaba un hombre por el suelo; pero el hueco que se abría en las filas se cerraba, y don Lope quedaba oculto nuevamente á sus ataques.

—¡Cobarde!— proseguía.— ¿Por qué te escondes en la sombra cuando estoy delante de tí y te busco? ¿Por qué lanzas contra mí á tus bandidos, cuando sólo y sin ventaja te desafío? Hazlos retirar algunos pasos; ténelos como reserva para que se arrojen sobre mí si consigo vengerte, pero dame antes de morir el placer de amenazar tu pecho con mi espada.—

Pero D. Lope no contestaba á estas palabras. La lucha, en tanto, continuaba cada vez más encarnizada. Los asaltantes eran muchos, y las fuerzas empezaban á abandonar á Diego que, no sólo tenía que atender á su defensa, sino también á la defensa de Isabel que, asida violentamente á su cuello, paralizaba todos sus movimientos. Ya el acero asesino había abierto algunos desgarrones en la fina piel del mancebo, cuya sangre teñía sus vestidos y manchaba de rojos lunares la flotante túnica blanca de la aterrada doncella que, apenas repuesta de su desmayo, no acababa de comprender lo que pasaba á su alrededor. Los enemigos redoblaban sus ataques, tratando de cojer desprevenido á don Diego para terminar de una vez aquella lucha que ya se prolongaba demasiado, y el cansancio empezaba á apoderarse del joven amante de Isabel que veía ya el momento en que, perdidas totalmente las fuerzas, había de sucumbir á los golpes de sus enemigos.

Y al pensar en esto una idea más triste le mordía el corazón y atravesaba como hierro candente su cerebro. En aquellos momentos, la muerte no era para él la cesación de la vida, un adiós dado á los gozos de la existencia, á las esperanzas de la juventud, á sus sueños del porvenir; no era dejar de ver para siempre las facciones hermosas de su Isabel adorada, alma de su alma, gloria y encanto de sus días; sino declararse impotente para defenderla, dejarla en manos de sus enemigos, entregarla sin apoyo á aquel miserable que, ocultándose en la sombra, acechaba la ocasión en que cayese vencido su rival afortunado para aumentar con su sarcasmo la amargura de su agonía.

Estos pensamientos le daban fuerza, una fuerza ficticia que volvía á abandonarle rápidamente. Tres cadáveres tendidos á sus pies y la sangre que corría por las heridas de algunos de sus enemigos, proclamaban el valor del joven; pero los contrarios eran muchos, y él estaba solo. La lucha de uno contra diez es harto desigual para ser sostenida mucho tiempo. Y sin embargo, el joven no podía acostumbrarse á la idea de que Dios, aquel Dios cuya imagen presenciaba el combate, pudiera permitir el triunfo de la iniquidad. Solo el imaginarlo le parecía una ofensa á la divinidad; una idea inspirada por el demonio.

Hubo un momento, sin embargo, en que se creyó perdido. Una espada, más ligera que la suya, se había hundido en su pecho cual si buscase el corazón para detener el movimiento desigual de sus latidos; sintió el frío del acero en sus carnes fatigadas, rendidas por tan supremo esfuerzo, y creyó morir. Y pensando en su Isabel que exhalaba ahogados suspiros, y le empapaba con sus lágrimas, alzó los ojos hacia la imagen del Cristo, en cuyos ojos entreabiertos le pareció distinguir un resplandor, más brillante que los rayos del sol en Oriente, y murmuró con voz entrecortada:

—¡Dios mío! no por mí, sino por ella, haz patente tu misericordia. Muera yo, si tal es tu voluntad, pero salva su honor y su existencia.—

Aún herían el aire estas palabras, pronunciadas con todo el fervor de un alma que sufre, cuando de pronto se separa.

ron los sillares de piedra que formaban la pared en que se apoyaba Diego, y una fuerza invisible le arrojó, á él y á su amada, dentro de aquel hueco, que se volvió á cerrar enseguida, dejando á los dos amantes presos en su centro, antes de que D. Lope y los suyos pudieran aperebirse del hecho maravilloso. Cuando notaron que se les había escapado su presa, al sentir resbalar sus espadas sobre las piedras del muro, prorrumpieron en un grito espantoso, grito de venganza y de furor que resonó en el silencio de la noche como imprecación de Satanás.

—Están en la iglesia,— aulló D. Lope;— echemos abajo las puertas, y aunque sea al pie de los altares, muchachos, es preciso vengar á los camaradas muertos á manos de ese mozalvete.—

Y se dirigió, seguido de su gente, á golpear con furia la puerta del santo templo, débil valla para los que aquella mañana habían vertido sangre de sus hermanos en el recinto de la Catedral. Pero en el mismo instante, y como volteadas por una mano invisible, las campanas del templo dejaron oír el toque de rebato con tanta fuerza, que parecía una voz poderosa convocando á la ciudad á aquel sitio. Despertados por aquel acento gigantesto que semejaba el rumor del trueno y el estallido del huracán, asomáronse á ventanas y balcones todos los vecinos del barrio, y al ver el sacrilego atentado de que su iglesia iba á ser objeto, salieron á la calle armados de todas armas y dispuestos á oponerse á él. Don Lope y los suyos huyeron aceleradamente, salvándose entre el laberinto confuso de las calles inmediatas. Las campanas seguían tañendo fuertes y amenazadoras.

Cuando la multitud entró en el templo para enterarse del motivo de aquel toque de alarma, hallaron á Diego tendido casi exánime á los pies de un pequeño altar que sustentaba otra imagen de Cristo crucificado. Isabel, arrodillada junto á él, vendaba sus heridas derramando abundantes lágrimas de gratitud.

Las campanas habían sonado por sí solas.

Dos meses después de esto, Isabel y Diego se unían ante Dios en aquella misma capilla, y diariamente, durante toda su vida, acudieron á rezar sus oraciones ante el Cristo de la Misericordia. En uno de los combates sostenidos por los Ayalas á nombre del rey legítimo contra los Silvas partidarios del infante Don Alfonso, cayó D. Lope prisionero y el mismo día ondeó su cuerpo pendiente de las almenas del Alcázar para escarmiento de traidores.

III

Si alguna vez pasais por la plazuela de San Justo aún podéis ver en un pequeño nicho abierto en la pared la imagen del Cristo de la Misericordia, y distinguireis en el muro la señal de las cuchilladas de los sicarios de D. Lope que quedaron impresas en él cuando se entreabrió arrancando á D. Diego de Ayala á los ataques de sus enemigos. Allí están marcadas como eterna memoria del suceso.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

CRÓNICA.

Hemos descrito el telón que cubre los sucesos no políticos de los últimos veinte días, y al mirar al fondo de la escena, pesar profundísimo se ha apoderado de nosotros, porque allí donde creímos ver la animación, solo hemos encontrado el aburrimiento y el cansancio.

Se trata de representar una obra de circunstancias que podría titularse *La Monotonía*, y en los tres actos de ese pasillo, difícil de pasar, que duran tanto como los meses del estío, no varía para nada la decoración. Una alegoría completa de ella necesitaria tener; establecimientos balnearios, giras campestres, trenes cargados de gente, choques de recreo, mujercitas con bastones y sombreros de paja, pescadores de caña, cazadores de pajaritos, las plazas de la Constitución en los pueblos convertidas en plazas de toros, fiestas á destajo y calor y cogidas de toreros en toda España.

Si en el fondo del cuadro no se alzase imponente y sombría la horrible silueta de un cadalso, vulgar y todo, sería tolerable. Así, sólo merece nuestro olvido.

Unid al rezo de los peregrinos á los santuarios de toda España, el de la salve que cantan los presos al reo que está en la capilla; la campana de estación y la campana de la Paz y Caridad, la monotonía y el horror, y tendreis hacinadas las dádivas del mes de Agosto y las de los Gobiernos conservadores.

Se ha discutido una vez más, con el calor de siempre, la eterna cuestión de la legitimidad filosófica de la pena de muerte, que se niega, dudando que la sociedad tenga derecho para matar á un hombre: la intervención del arzobispo de Toledo ha suspendido las escandalosas polémicas de los periódicos tradicionalistas que tantas historias vergonzosas discutían; el hueco que antes llenaban estos periódicos con las injurias, le ocuparán con suscripciones para la letanía de San José, y para que San Antonio, abogado de las cosas perdidas, devuelva el toison del duque de Módena á Don Carlos; y los fusionistas llegaron al fin á celebrar su, de largo tiempo hacia, ansiada conferencia, en San Sebastian, al pie de su castillo y á orillas del mar, para que no se pudiera decir que estaban entre la espada y la pared, aunque sí entre Cánovas y sus propias debilidades.

Las conclusiones de esa conferencia demuestran su inutilidad y explican el desencanto que universalmente ha producido.

Había que juzgar al cisma de Levante colocándose enfrente de las declaraciones del Sr. Balaguer ó al lado de ellas, y los jefes fusionistas no se atrevieron á hacerlo; había que protestar del llamado

decreto del ceremonial, y han aplazado este asunto para cuando las Cortes estén reunidas; había que contestar con viril energía á la circular del Gobierno sobre elecciones provinciales, y huyeron de toda declaración atrevida y trascendental.

¿Qué han hecho, pues?
Ni nosotros podemos contestar, ni los jefes del comité fusionista tampoco.

El termómetro de la fusion no son los sucesos políticos de cada día: son las cruces de los jefes fusionistas. Mirándolas, nos exponemos á llamar al de la fusion, el partido de la *Dolorosa*.

Si la lógica y la justicia no protestáran juntamente contra la division de los partidos en legales é ilegales que el doctrinarismo inventó en mal hora y aún se defiende sin temor al absurdo, la conducta de los Gobiernos condenando el retraimiento demostraría lo infundado de esa division que condenamos. No se ha visto ni una sola vez á las oposiciones hacer del retraimiento un arma poderosa sin oír al mismo tiempo á los Gobiernos combatir ese retraimiento por inmoral y absurdo, temiendo encontrar en él muerte vergonzosa. No reparan sin duda en la inconsecuencia que incurren, manifestando gran temor al retraimiento voluntario que, despues de todo, bien puede no ser más que una habilidad del partido político que le adopta; y condenando á un retraimiento forzoso y perpétuo á otros partidos, cuyo único crimen es no pensar como el Gobierno piensa. no aplaudir lo que el Gobierno aplaude, y defender con energía y constancia sus ideas que hacen nobles las persecuciones y santas el martirio.

El Gobierno teme ahora, como nunca, al retraimiento, y le ha combatido en toda la línea. En los periódicos ministeriales pregonando que es la más grande de todas las inmoralidades políticas; en la *Gaceta* ofreciendo á los partidos una estricta imparcialidad para las próximas elecciones. ¿No hay que decir si para las próximas y para todas la necesitamos!

Necesitamos que desaparezca el peligro de que el Parlamento, no representando verdaderamente al país, deje de realizar su destino y sea adversario encubierto, pero decidido, de aquella voluntad soberana del pueblo cuyos deseos y aspiraciones aparenta realizar y cumplir. Porque este peligro existe. Es consecuencia del egoísmo y de la ambición de los Gobiernos, que para conservar el poder no reparan en desvirtuar el régimen representativo; nace allí donde la degradación del sufragio le convierte en voz de los amigos del Ministerio; se emplea con éxito para lograr numerosas y obedientes mayorías, y se propaga rápidamente amenazando acabar muy pronto con todas las ventajas del sistema parlamentario.

Las sociedades le sienten en ese desasosiego incasante que las conmueve como el presentimiento de una gran desgracia, en ese retroceso que parece llevar á la civilización moderna al borde del abismo para derrumbarla en él como se derrumbaron con estrépito las civilizaciones griega y latina; los pueblos en la esclavitud voluntaria á que se ven sometidos y de la cual no protestan como si lo esperaran todo de una suprema catástrofe; los ciudadanos, en el indiferentismo, ese veneno de la voluntad que ha viciado la atmósfera política y cuyas consecuencias son fatales para el engrandecimiento de los partidos y la respetabilidad de las prácticas constitucionales.

El sufragio, enaltecido como una virtud y considerado como una magistratura nobilísima, libre de amenazas y de seducciones, y de influencias, y de caudillajes por parte de los Gobiernos, estimado por los electores como merece y nunca en el olvido, ni tenido por ellos en tan poco como Esau tuvo el derecho de primogenitura, puede convertir lo que hoy es campo árido y yermo en vergel frondosísimo.

Que realizar esta empresa parece difícil, es una razon más para que se acometa con energía y constancia por todos los que militan en el campo de la democracia. El triunfo es más glorioso cuanto más difícil; y si el que es preciso conseguir del egoísmo de los Gobiernos y de las absurdas preocupaciones de la reaccion no es nada fácil, se impone sin embargo como una necesidad indiscutible. Sin una gran constancia, este deseo sería inútil de todo punto.

La constancia es el primer talento y la mayor de las virtudes de todos los hombres y de todos los pueblos. A ella debió Thales haber inventado la filosofía que sus discípulos Anaximandro y Pitágoras engrandecieron tanto con aquellas sábias doctrinas, donde aparecían confundidos el misticismo oriental y la belleza con que los griegos sabían adornar todas sus creaciones; á ella, Roma el hacerse señora del mundo al influjo de aquella idea de la asociación humana, que nace el primer día de la ciudad de los consules y sobrevive al desplomamiento del gran imperio, série confusa de crímenes y grandezas; á ella, Arquímedes su famoso principio y el ver con la imaginación rodar el mundo por la fuerza de una palanca, como Galileo le sintió moverse bajo sus pies; á ella, en fin, España su independencia, conquistada despues de una guerra titánica de ocho siglos, más grande y heroica que la de Troya, aunque no tuvo un Homero que la cantase.

Ni en los buenos propósitos de que el Gobierno ha hecho ahora alarde, ni en su constancia pode-

mos confiar gran cosa. Necesitado de elementos que en holocausto á la pureza del régimen representativo se sacrifiquen, prestándose á hacer el papel de víctimas en la comedia electoral, no ha omitido palabra ni promesa alguna para lograrlo. Conseguido su propósito, si lo consigue, bien pronto se olvidará de palabras y de promesas. La ingratitud no es nueva en él. A los comparsas, una vez terminada la representación teatral, sólo tiene interés la empresa en desnudarlos.

La proximidad de una lucha electoral, siquiera no se trate más que de renovar por mitad las Diputaciones provinciales, ha dado motivo para que los partidos expongan sus teorías acerca del sufragio y ratifiquen las declaraciones que en la prensa ó en el Parlamento tienen hechas. No recordamos la circular de los fusionistas, ya vieja y borrada por las paellas valencianas y las contestaciones de los comités y las conferencias á orillas del Cantábrico; ni comentaremos las arengas de los tradicionalistas que, más partidarios de las trincheras que de los colegios electorales, y más de las voletas de alojamiento que de las papeletas de votación, no por eso dejan de gritar ¡las urnas! con el mismo entusiasmo que pudieran decir ¡las armas! y con las mismas probabilidades de triunfo que cuando lo decían.

Para la opinión pública, interesada en seguir paso á paso el movimiento de la política, tienen importancia mayor las declaraciones de los partidos democráticos. En otro país ó con otro Gobierno, esto de que apropiado de unas elecciones provinciales los partidos discutan si deben ó no concurrir á los comicios causaría no poca sorpresa. Aquí donde los gobernadores niegan cuando se les antoja el derecho de organizar y constituir comités, donde las listas de electores parecen copiadas muchas veces de las lápidas de los cementerios, donde se da en una ley representación á las minorías para quitársela con una orden telegráfica que siempre llega á tiempo, no es raro que al anuncio de unas elecciones cualesquiera, sigan largos debates en los directorios de cada partido; manifestos; recuerdos de ciertas insistencias, sino olvidadas, por lo ménos muy oscurecidas; animación extraordinaria en la vida política.

Esta vez, como todas, las circulares no han faltado; lo que falta en ellas es el interés y la trascendencia de las declaraciones. El autonomismo ha roto una lanza en favor del retraimiento; el posibilismo y el partido progresista-democrático han defendido con la necesidad de ejercer siempre el sufragio, la pureza del régimen representativo. Pero no han olvidado ni un momento la situación en que se encuentran colocados. La circular de la Junta del partido democrático-progresista deja al arbitrio de los elementos de cada provincia que decidan, en vista de las circunstancias, acudir en el próximo Setiembre á las urnas ó permanecer alejados de ellas; guarda una prudente reserva acerca de determinadas cuestiones que afectan mucho á la situación que atraviesan los partidos lejos del amparo de la legalidad, y es, más que un manifiesto, un reglamento para la organización y propaganda de las fuerzas y de las doctrinas de la democracia progresiva. La reciente publicación del Manifiesto de este partido no permitía otra cosa.

Más que el modesto título de carta, las reglas generales de conducta de que ha hablado el señor Castelar á sus compañeros del directorio posibilista, merecen el de Manifiesto. Siquiera no se haga en él más que recordar los principios y las prácticas de Gobierno que el jefe del posibilismo ha defendido en sus últimas campañas parlamentarias, ese documento merece ser atentamente estudiado. Escrita de admirable manera, como todas las obras del famoso orador, la carta del Sr. Castelar es todo lo explícita que podía esperarse, dados los antecedentes de su autor y la aptitud en que desde hace algun tiempo se encuentra colocado. Quiero, ha dicho, un Estado fuerte con todos sus atributos esenciales; un Gobierno cumplidamente obedecido siempre que mande en nombre y por ministerio de las leyes; unos cuerpos municipales y provinciales encerrados en círculo de atribuciones que no puedan quebrantar la unidad de España; un clero independiente de la política y libre por completo en su ministerio religioso; un ejército reclutado en la universalidad de los ciudadanos, los cuales nacen con el deber de servir á la patria, sumiso por virtud de rigurosa disciplina; unas reformas progresivas, sí, pero que naciendo de la libre expresión del pensamiento individual, no lleguen á la realidad y á la práctica por medio de la fuerza ó por improvisación de las revoluciones, sino despues que las haya aceptado la conciencia general y querido la voluntad pública, á fin de conjurar los efímeros y tempestuosos triunfos á cuyo fugaz centelleo sucede el eterno hielo de nuestras perdurables reacciones.

En medio de estas declaraciones, como en medio de flores llenas de aroma punzante ortiga, hay alusiones á la conducta de otras fracciones de la democracia que debieran no haberse escrito ó estar borradas. Querer que desaparezcan los antagonismos y adular al ángel de la discordia para lograrlo, es, cuando ménos, tiempo perdido.

Hay otras elecciones, de las que ahora se habla más que de las de diputados provinciales; las de la

Academia de la lengua, para proveer dos plazas que en aquella sábia corporación resultan vacantes. Los periódicos católicos, órganos, en cierto modo, de D. Carlos, del ordinario de la diócesis correspondiente y de la Academia española, han hecho una baraja de nombres de candidatos, y los llevan y los traen, esperando que, por cualquiera parte que se miren las cartas, han de ser triunfos, no los oros, sino los neos. No lo dudamos nosotros. Si la historia es maestra de la vida, la experiencia no se queda atrás en humos pedagógicos, y no conviene olvidar que ella nos ha enseñado que, de poco tiempo á esta parte, aún la gente ménos curiosa, se vé obligada á preguntar á algunos académicos, por qué lo son.

Quando se trata de una corporación que tiene tradiciones gloriosísimas y ha visto pasar por ella á todas las grandes celebridades de nuestro país; cuando en ella se ven, hoy mismo, reunidos Tamayo, el autor dramático eminente; Campoamor, el poeta más original y leído de nuestra época; Canalejas, crítico admirable; Valera, un prosista con el cual ninguno de nuestros escritores tiene semejanza; Núñez de Arce, el heredero del Dante y de Byron y tantos otros hombres ilustres; cuando en esta época de extraordinario movimiento en la vida de las letras se vé un sitio de la Academia como un lugar en el Parnaso, es triste, tristísimo, que siempre que de una elección se trata, triunfen la adulación de la modestia y las opiniones políticas de los merecimientos. Porque no somos de los que censuran injustamente á la Academia; porque la respetamos, es por lo que queremos que sepa mostrarse siempre digna de su historia y de las grandezas literarias á que ha dado asilo.

Lo que no nos parece bien, es que los candidatos tengan que solicitar las plazas. Y la razon es sencillísima. Ahora se trata de llenar las vacantes de Harzenbusch y de Ayala. Pues bien. Despues que hemos convenido en que los dos merecen la inmortalidad, quien solicite sustituirlos es por que se cree inmortal también. Y esta falta de modestia bien merece un castigo. Que nieguen la plaza de académico á quien la cometa, ó que le lleven á la Academia de Medicina para ver si en efecto ha descubierto la vida perdurable.

Ni el doctor Tanner ha descubierto, segun parece, el medio de no desayunarse en cuarenta días, ni tendremos corridas de toros por la noche. Lo primero hará reventar de indigestion y de orgullo á los gastrónomos; lo segundo tiene inconsolables á los madrileños. Pero acabarán por resignarse. La culpa no es de la autoridad, ni de la empresa, ni siquiera de la luz eléctrica: es de la luna. Es la reina de la noche y no ha querido que en ausencia del sol se vean más cuernos que los suyos.

Del doctor Tanner nos han dicho que no es esta la vez primera que ha querido cosas extraordinarias. Se le antojó una vez decir que las judías producían en él que las come ira y arrebatos; quiso hacer el experimento con su mujer, y la tuvo una semana entera atracándola de judías; ¡no hay que decir si la mujer se pondría furiosa! Tan furiosa que pidió el divorcio. Afortunadamente para Tanner, ensayó el sistema con su mujer. Si es su suegra, le mata.

Ya que no con el de las corridas nocturnas, la tauromaquia acaba de enriquecerse con un nuevo invento. En Orihuela, el Gordito ha matado un toro con revolver.

Pronto veremos los banderilleros sustituidos por los guardias civiles y ametralladoras en vez de estoques.

En el teatro del Príncipe Alfonso los acomodadores se han cambiado por acomodadoras.

La reforma nos parece ventajosa para los que se equivocan de localidad; pero perjudicial para las mujeres.

Ellas no deben aprender á acomodarse, sino á acomodarse.

A un poeta muy pobre, domiciliado en la puerta del café Suizo, le preguntan:

—¿Ha salido usted de Madrid?

—No tiene usted ojos!—contesta.

—¿Por qué?

—Porque si los tuviera sería inútil esa pregunta. ¡No ve usted que estoy en la Bohemia!

MIGUEL MOYA.

PERÚ.—Varios telegramas han dicho estos días que la República de Bolivia solicita celebrar un tratado de paz con la de Chile. No debe ser exacto. Piérola, el dictador del Perú, ha dirigido al Consejo de Estado de aquel país un Mensaje sobre el proyecto de union federal del Perú y de Bolivia.

Los párrafos más salientes del Mensaje dicen:

«El Perú y Bolivia no deberán formar en adelante sino una sola entidad nacional. O lo que es lo mismo, las dos fracciones del pueblo que el acto puramente político de 1824 dividió, debilitándolas, volverán á reunirse, pero no por la absorcion de la una en la otra, sino por el hermoso abrazo de la libertad, duplicando así una y otra su personalidad y su poder por el hecho sólo de su union.»

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.
NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos via de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Patitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vértigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
— Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Perdidas, Debilidad, Emenacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas están debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sañudo, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Glúten, no fatigan el estómago y están recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Perdidas antiguas ó recientes, la Honorrea, la Hemorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos génito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stibode cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcool de Achicoria, para la boca.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.

de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las Hernias mas ó menos caracterizadas.—Hasta el día, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GAMBRE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 fr.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

BANCO DE ESPAÑA.

Los sorteos correspondientes al trimestre vencido en 1.º de Octubre próximo de las obligaciones del Banco y Tesoro, series exterior é interior, y de las del Tesoro sobre productos de aduanas, creadas por las leyes de 8 de Junio de 1876 y 11 de Julio de 1877, y de los bonos del Tesoro emitidos en 1.º de Abril de 1879, conforme á la ley de 1.º de Enero del mismo año, se verificarán con las formalidades y en los dias del mes de Setiembre inmediato, que á continuacion se expresan:

Obligaciones del Banco y Tesoro, serie exterior.—Sorteo 17 que se verificará el día 1.º

Ha de aplicarse la suma de 2.742.750 pesetas para los intereses de las 182 millones 850.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para éstas 4.757.250, que junto hacen el total de pesetas 7.500.080, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 365.700 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 3.657 lotes de 100 obligaciones cada mes, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas, se extraerán del globo 95 en representacion de 9.500 obligaciones por valor de 4.750.00 pesetas, aplicándose al fondo de amortizacion 7.250 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

Obligaciones del Tesoro sobre el producto de Aduanas.—Sorteo 11 que se verificará el día 3.

Ha de aplicarse la suma de 2.016.000 pesetas para los intereses de los 134 millones 400.000 pesetas, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para ésta 2.784.000, que en junto hacen el total de pesetas 4.800.000, que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 268.800 obligaciones pendientes de amortizacion se dividirán para el acto del sorteo en 2.688 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas estas, se extraerán del globo 56 en representacion de 5.600 obligaciones por valor de 2.800.000 pesetas, tomándose del fondo de amortizacion 160.00 para completar el importe de una centena de obligaciones.

Obligaciones del Banco y Tesoro, serie interior.—Sorteo 17 que se verificará el día 6.

Ha de aplicarse la suma de 3.593.250 pesetas para los intereses de las pesetas 239.550.000, importe de las obligaciones á que aún no ha tocado la amortizacion, quedando para estas 6.406.750 que en junto hacen el total de 10.000.000 de pesetas que se destinan para cada trimestre por ambos conceptos.

Las 479.100 obligaciones pendientes de amortizacion, se dividirán para el acto del sorteo en 4.191 lotes de 100 obligaciones cada uno, representados por otras tantas bolas.

Encantaradas éstas se extraerán del

globo 128 en representacion de 12.800 obligaciones por valor de 6.400.000, aplicándose al fondo de amortizacion 6.750 por no completar el importe de una centena de obligaciones.

Bonos del Tesoro, 6.º sorteo que se verificará el día 10.

Los 710.389 bonos que quedaron pendientes de amortizacion en virtud del sorteo celebrado en 10 de Junio último, se dividirán para dicho acto en 7.104 lotes de 100 bonos cada uno, representados por otras tantas bolas, excepto la última que solo puede amortizar 89.

Encantaradas las 7.104 bolas antes citadas, se extraerán del globo 95 representativas de 9.500 bonos, importantes pesetas 4.750.000 que corresponden á cada trimestre.

Los sorteos detallados se verificarán públicamente en el salon de juntas generales del Banco, sito en la casa calle de Atocha, núm. 32, en los dias que quedan expresados, á la una de la tarde, y los presidirá el Gobernador, asistiendo además una comision del Consejo, el secretario y el interventor.

Las bolas sorteables se expondrán al público para su examen antes de introducirse en el globo.

La administracion del Banco publicará en los periódicos oficiales los números de las obligaciones y bonos á que haya correspondido la amortizacion y dejará expuestas al público para su comprobacion las bolas que hayan salido en los sorteos.

Madrid 14 de Agosto de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de Paris y sus cercanías, por L. Taboada.

Si Paris no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecía que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de Paris y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de Paris y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta

novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olcura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al Drama social con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es immanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales..... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RICARDO Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una visita de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció intimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro de Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales.. 30

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Cafos, 1.